
LADY MACNOBLE
FIANNA MACKENDRICK
La furia de las Tierras Altas

FIANNA MACKENDRICK

La furia de las Tierras altas

LADY MACNOBLE

Copyright © 2025 LADY MACNOBLE

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en modo alguno sin el permiso previo y por escrito de la autora.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes. Los personajes

son ficticios, aunque haya usado nombres de antiguos clanes de Escocia y localizaciones de estos. Esta novela está escrita con el propósito de entretener y divertir al lector.

Que la furia de las Tierras altas arda en tu corazón, que cada batalla te haga más fuerte, y que nunca olvides que la verdadera guerra es la que libramos por nuestros sueños…

Prólogo

Escocia, 1503

El viento silbaba entre los árboles, arrancando a jirones el velo de Fianna MacKendrick mientras su caballo galopaba desenfrenado por el bosque. El vestido de novia, que horas antes había sido un símbolo de su condena, se había convertido en un estorbo.

Las faldas se enredaban en la montura, desgarrándose con cada salto debido a las ramas contra las que se enfrentaba a su paso, pero ella no se detuvo. No podía hacerlo.

Su pecho ardía con cada jadeo, su pulso golpeaba en sus sienes y el miedo le apretaba las entrañas con un nudo ahogado.

No podía permitirse ni un instante de duda. Detrás de ella, el estruendo de una veintena de cascos persiguiéndola entre la espesura del bosque, acercándose como una tormenta implacable. Su propio clan, sus hermanos, la perseguirían sin descanso, pues aquella ofrenda no se quedaría impune.

La cacería había comenzado en cuanto su ausencia se hizo evidente en el gran salón donde debía haber sellado su destino.

El *laird* Tormund MacKendrick, su padre, había decidido por ella un matrimonio con su propio tío, una alianza que aseguraría la prosperidad de su linaje. Pero a Fianna no le importaban las alianzas ni las riquezas. Su alma era libre como los vientos que barrían los valles, indómita como las aguas que descendían rugiendo de las montañas, y no pensaba encadenarse a un hombre al que no amaba, ni mucho menos con el hermano de su padre, el hombre con quien había crecido y había considerado como un segundo padre. ¡Para ella era antinatural!

La ira se mezclaba con el miedo, avivando su decisión. ¿Qué sabía su padre de lo que ella quería? ¿De lo que sentía?

La idea de entregarse a su tío le revolvía el estómago. Tal vez para él no fuera más que una simple pieza de ajedrez en su interminable juego de poder, pero Fianna no estaba dispuesta a ser sacrificada sin pelear, y eso lo había aprendido de su difunta madre.

El bosque se volvió más denso, más oscuro. Las ramas la arañaban al pasar, enredándose en su cabello tan rojo que parecía el interior del mismo sol. Cada árbol parecía esconder un peligro, cada sonido del bosque un enemigo. Pero nada era tan aterrador como la certeza de lo que le esperaba si la alcanzaban. Su padre no permitiría semejante deshonra. Volvería a la fortaleza MacKendrick maniatada y humillada, y seguramente la azotarían ante los ojos de todo su clan.

Espoleó al animal con furia, pero el terreno se hacía más traicionero, suerte que ella era una buena amazona, y aquello también se lo debía a su madre. En la distancia, el rugido del río le indicó que se acercaba al desfiladero. No tenía muchas opciones, si lograba cruzarlo antes de que sus perseguidores la acorralaran, tal vez encontraría refugio en los riscos, donde los caballos pesados de los hombres de su padre no podrían seguirla.

Pero el destino rara vez era piadoso. Un grito rasgó el viento, y su nombre rugido con la fuerza de un trueno llegó hasta sus oídos. El escalofrío le recorrió la espalda al completo, pues alguien se había acercado demasiado.

Su caballo resbaló levemente en una roca húmeda y ella sintió el corazón detenerse un segundo antes de obligarse a tirar de las riendas y detenerse justo a tiempo ante el desfiladero.

No podía dudar, no entonces.

—¡Fianna, detente!

La voz era grave, autoritaria, una orden que le heló la sangre. Sabía quién era sin necesidad de volverse. Fingir que no lo había escuchado era inútil. El sonido de su perseguidor estaba demasiado cerca. Sintió una punzada de pánico, pero también de rabia. Nadie iba a decirle lo que debía hacer, y mucho menos su tío.

Con un último susurro de plegaria, desmontó a su montura para lanzarse hacia la única posibilidad de escape que tenía: el abismo.

Capítulo 1

Magnus MacGregor, permanecía en la orilla del río observando cómo su caballo bebía del agua cristalina del río. Su humor era pésimo aquella tarde, y lo único que deseaba era llegar a su fortaleza en cuanto antes y aliviar las penas con una buena copa de *whisky* junto al fuego.

A su alrededor, sus guerreros descansaban tras una larga marcha. Si hubiese sido por él mismo no se hubiesen detenido, pero era su deber cuidar de su gente y darles un respiro a sus monturas.

La tranquilidad de aquel momento se rompió abruptamente cuando, al levantar la mirada, vio una figura femenina precipitarse desde el desfiladero.

Su cuerpo cayó al agua con un chapoteo violento, y el río —embravecido por las lluvias recientes—, la arrastró sin piedad ante sus ojos.

Magnus no lo dudó. Se despojó del manto de pieles que cubría sus hombros y se lanzó al agua helada.

La corriente golpeó su cuerpo con fuerza, pero él era un hombre curtido, acostumbrado a la lucha y la adversidad.

Batiendo los brazos con potencia, nadó hasta la mujer y la aferró antes de que desapareciera bajo las aguas. Su rostro estaba pálido, y su cabello rojo flotaba como una llamarada apagada en la superficie.

Rápidamente la sacó del río y la llevó hasta la orilla, donde su mano derecha, Ewan MacTavis, lo esperaba con la mano extendida. Magnus se sujetó a ella, y dejó que el guerrero lo ayudara a salir del agua con la mujer entre sus brazos.

—Está viva —gruñó Magnus, observando el rostro delicado de la mujer.

No tardó en reconocer el vestido de novia destrozado y el emblema de los MacKendrick.

Ewan resopló y sacudió la cabeza con una sonrisa irónica, pues él también había reconocido el emblema de sus ropas.

—¿Es que acaso no hemos tenido suficientes problemas por hoy?

Magnus frunció el ceño, mientras su mirada se oscureció.

—No hablemos de eso ahora —respondió con brusquedad.

La orden de Jacobo IV todavía le pesaba en el pecho como una cadena invisible que lo oprimía más que cualquier batalla.

—Como desees —Ewan torció el gesto—. ¿Qué hacemos con ella? —preguntó observando el rostro de la joven.

Magnus respiró profundamente.

—No podemos dejarla aquí, morirá. —El *laird* se tomó unos segundos para reflexionar—. Además, es una MacKendrick, su familia es rica y poderosa… puede que esto sea una buena solución a mis problemas con el rey.

Ewan sonrió con astucia, y tras pasarle unas pieles, se subió a su caballo.

—Bien, pues si lo has decidido debemos partir de inmediato hacia nuestras tierras, estoy seguro de los MacKendrick deben de estar al caer, y no disponemos de suficientes hombres para enfrentarlos.

Magnus envolvió el cuerpo de la joven y la levantó entre sus brazos para montar a su animal. Era tan liviana que apenas tuvo que esforzarse para poder hacerlo.

Con un último vistazo al río que casi se traga la oportunidad de librarse de las exigencias de su rey, Magnus espoleó a su montura y partió rumbo a su fortaleza en Glen Lyon.

Capítulo 2

Bruce MacKendrick se quedó de pie en el borde del desfiladero, con la vista clavada en el río embravecido que se extendía varios metros más abajo. Aún no podía creer lo que había visto. Si no fuera porque sus propios ojos habían presenciado la escena, jamás habría imaginado que su sobrina pudiera tener la insensatez de lanzarse al agua para escapar.

Respiró hondo y apretó los puños antes de girarse hacia sus hombres.

—Regresamos al castillo. Debo informar al *laird* MacKendrick de lo ocurrido —ordenó con voz firme y sintiendo como la rabia lo consumía por dentro.



Al llegar a la fortaleza, Bruce irrumpió en el gran salón, donde su hermano —el *laird*—, bebía de una jarra de hidromiel con gesto preocupado.

El *laird* MacKendrick era un hombre imponente, de cabello cano y una barba blanca que le daba una apariencia severa. Sus ojos fríos y calculadores no reflejaban emoción alguna, como si todo en su vida fuera una transacción.

Siempre había deseado un hijo varón, un heredero digno de su linaje, pero el destino le había dado dos hijas sanas y hermosas, y con eso se tuvo que conformar.

Fianna era la mayor, y por eso había decidido casarla con su hermano Bruce, asegurando así que la línea MacKendrick continuara con un hombre fuerte al mando, y además en manos de su familia.

—Fianna ha escapado —anunció Bruce sin rodeos.

El *laird* MacKendrick alzó la vista de inmediato y clavó sus ojos azules como el hielo sobre los de su hermano.

—¿Cómo es posible? —rugió, golpeando la mesa con el puño.

—Se lanzó al río desde el desfiladero, es igual de temeraria como lo fue su madre en su día —escupió Bruce con rabia—. Pensé que estaba muerta hasta que vi algo más…

—¡Habla y déjate de florituras! —El *laird* era un hombre impaciente, y su forma de ser lo ratificaba.

—Magnus MacGregor estaba allí. Él la sacó del agua y se la llevó.

—¡Magnus El Cruel! —exclamó con desprecio—. ¿Se la llevó a Glen Lyon? —El rostro del *laird* se endureció aún más.

Bruce asintió.

—Eso creo. No podemos ignorar esto. Tú sabes tan bien como yo que él no hace nada sin una razón. Nuestra última contienda dejó una herida abierta entre nosotros. Tal vez esto sea su venganza.

El *laird* apretó los dientes y se puso de pie de un salto.

—No podemos permitirlo —¡Reunid a los hombres! Partiremos a Glen Lyon cuanto antes.

Bruce cruzó los brazos y asintió con gravedad.

Capítulo 3

Fianna despertó con un leve quejido. Su cabeza latía con fuerza, su cuerpo estaba entumecido y una sensación de extrañeza la envolvía por completo. Parpadeó varias veces antes de darse cuenta de que se encontraba en una cama, arropada con gruesas mantas de lana. La estancia era amplia, de paredes de piedra y con un fuego chisporroteando en una chimenea cercana. «¿Cómo he llegado hasta aquí?». Se preguntó.

Movió lentamente la cabeza y fue entonces cuando vio a una joven sentada a su lado. La muchacha, que parecía no haber notado que había despertado, hilaba con delicadeza un pedazo de tela entre sus dedos.

Fianna la observó con detenimiento. Tenía un rostro dulce y sereno, enmarcado por una cabellera rubia que caía en ondas sobre sus hombros. Sus ojos eran de un tono castaño profundo, cálidos y expresivos, en contraste con la palidez de su piel. Cuando finalmente alzó la mirada y vio que Fianna estaba despierta, una sonrisa amable iluminó su rostro.

—Oh, has despertado —exclamó con alivio, dejando la tela a un lado y acercándose a la cama—. Mi nombre es Aila. No temas, estás a salvo.

Fianna se incorporó de golpe, ignorando la punzada de dolor en sus extremidades.

—¿Dónde estoy? —preguntó con voz firme.

—En la fortaleza de mi *laird* —respondió Aila, acomodando con suavidad las mantas sobre su cuerpo—. Él te encontró en el río y te salvó la vida. No tienes de qué preocuparte.

Fianna frunció el ceño, sintiendo su piel arder de indignación.

—¿Y quién es tu *laird*? —exigió saber.

Aila desvió la mirada y se mordió el labio, como si dudara en contestar, y antes de que pudiera hacerlo, el sonido de la puerta abriéndose de golpe interrumpió la conversación.

La figura que irrumpió en la estancia hizo que el aire en los pulmones de Fianna se tensara, pero no por miedo, sino por la curiosidad que creció de pronto en su interior.

Era un hombre alto e imponente, de hombros anchos y porte majestuoso. Su cabello oscuro caía de forma desordenada sobre sus hombros, enmarcando un rostro de rasgos cincelados con frialdad. Sus ojos, de un azul gélido, la escudriñaron con intensidad, como si pudieran atravesarla y descifrar hasta sus pensamientos más ocultos. Su expresión era severa, y su presencia aplastante, pero no para ella, ella no se acobardaba ante nadie.

Aila se inclinó en una sutil reverencia hacia la figura masculina, y se retiró de inmediato de la estancia dejándolos a solas.

Fianna sintió la mirada de aquel hombre recorrerla, pero en lugar de apartarse o ceder al instinto de esconderse, alzó el mentón con un gesto desafiante, y se cruzó de brazos, como si estuviese retándolo en silencio.

—Eres una MacKendrick —afirmó él con voz grave.

—¿Y tú eres...? —preguntó usando el mismo tono domínate.

—Magnus MacGregor.

—Dirás Magnus «El Cruel» —replicó ella con una sonrisa ladeada.

—Veo que has oído hablar de mí.

—¿Esperabas que me desmayara de terror al verte?

Un destello indescifrable cruzó los ojos del *laird* antes de que su semblante volviera a su inquebrantable frialdad. Aquella muchacha insolente despertaba en él una curiosidad que creía dormida ya hacía mucho tiempo. Su insolencia y su valentía lo hacían.

—¿De quién huías? —preguntó el *laird* sin emoción.

Fianna sostuvo su mirada sin pestañear. Sabía lo que se decía de Magnus MacGregor. Su clan era uno de los más poderosos y temidos de las Tierras Altas. Las disputas entre su familia y la de él se

remontaban a generaciones, y los rumores sobre su brutalidad no eran pocos. Pero ella no era una doncella indefensa. Era una MacKendrick, y había pasado gran parte de su vida entrenando con la espada y el arco, algo que su padre nunca aprobó, pero que la convirtió en la guerrera que era.

—Eso no es asunto tuyo. —Ella lo miró retadora, pero él se mantuvo frío e impasible.

—Está claro que tu huida ha causado un gran revuelo, tu prometido debía de ser alguien muy importante, porque de otro modo no tendría a todo un ejército a las puertas de mi fortaleza.

—Deduces que el importante era él, ¡cuando la que de verdad importa soy yo! Los hombres sois tan egocéntricos…

Magnus no pudo aguantar soltar una risotada que resonó con fuerza entre aquellas paredes de piedra.

—Fianna MacKendrick. Yo también he oído hablar mucho de ti. Dicen las malas lenguas que eres indomable. Que conoces el arte de la espada al igual que si fueses un hombre, y que eres deslenguada como el mismo demonio.

—¿Eso has oído? Me siento halagada.

—También he oído que hoy era el día de tu boda. Gracias a ti tu clan seguiría en manos de los MacKendrick, tu tío debía de estar muy contento con ello.

—¡Mi tío se puede ir al infierno, porque prefiero morir a tener que casarme con él.

—Me alivia escuchar eso.

—¿Y eso por qué?

—Porque mañana al alba tú y yo contraeremos matrimonio.

Fianna alzó una ceja y soltó una carcajada seca.

—¿Casarme contigo? ¿Crees que puedes imponerme tu voluntad tan fácilmente? —Ladeó la cabeza, con sus ojos chispeando en rebeldía—. Si mi familia no me ha doblegado, ¿por qué crees que tú podrías hacerlo?

Magnus la observó con una mezcla de interés y paciencia limitada.

—No tienes opción —replicó con serenidad glacial—. ¿Qué crees que te hará tu familia si te devuelvo con ellos?

—Quizá me den unos azotes ante mi clan como castigo, y me casen de inmediato, pero me las arreglaré para escaparme de nuevo —espetó ella, con la chispa del desafío en su voz.

—¿Sabes que te haría yo si decidieras no casarte conmigo? —Magnus caminó hacia ella con soberbia tratando de que la joven se sintiera intimidada.

Fianna, por el contrario, sintió una ira atravesar su cuerpo. «¿Por qué todo el mundo se creía con derecho respecto a su vida?». Ella era dueña de su destino y nadie decidiría en su lugar.

Apartó las sábanas de su cuerpo y se levantó con ímpetu para plantarse ante aquella figura que era enorme en comparación con su cuerpo.

Magnus sostuvo su mirada, pero no paso por alto que aquella mujer insolente tan solo llevaba un fino camisón que dejaba entrever las curvas delicadas y sugerentes de su figura, y lo que provocó entre sus piernas.

Entonces sí tuvo claro que se casaría con ella, pues estaba deseoso por domar a aquella fiera salvaje que acababa de despertar en él, su instinto más primario.

—No te tengo miedo, Magnus El Cruel. —Ella alzó la barbilla y estiró su cuerpo todo lo que pudo, pero ni con un cajón de madera bajo sus pies hubiese conseguido igualar la altura de aquel *highlander*.

—Bien, no me gustan las mujeres que se asustan con facilidad. —El rostro de Magnus no pudo evitar dibujar una sonrisa ladina—. Pero te diré algo Fianna. Tu padre ha pedido una audiencia conmigo, imagino que quiere negociar los términos de tu rescate. Lo haré pasar y en cuanto lo haga, acabaré con su vida y con la de todos los miembros de tu familia. Después asaltaré tus tierras y conquistaré la fortaleza de Invernur.

Fianna abrió mucho los ojos y sintió una punzada directa al corazón. Ella jamás había temido por su vida, pero sí por la de su hermana pequeña, que en aquellos momentos se encontraba en la fortaleza de Invernur.

—¿No serías capaz de hacer algo así? —preguntó apretando los dientes.

—No me he ganado el apodo de Magnus El Cruel, por nada. Haría eso y cosas peores, mujer.

Ella sopeso todas sus posibilidades, y maldijo en su interior por no tener un cuchillo escondido en sus calzas, para poder clavarlo en el corazón de aquel hombre que carecía de honor y de escrúpulos.

—Me casaré contigo, Magnus El Cruel —escupió con una ira incontrolable que la recorría por dentro—. Pero te juro que desearás que no lo hubiese hecho, porque convertiré tu vida en un verdadero infierno.

Magnus mantuvo su mirada en ella, y su rostro no cambió en ningún momento. Las palabras de Fianna lejos de intimidarlo, habían conseguido avivar el deseo por casarse con ella.

Aquella mujer le gustaba, y la simple idea de tener que doblegarla le atraía de una forma incontrolable.

—Bien, pues nos veremos al alba.

Sin más explicaciones, Magnus se giró hacia la puerta y salió de la habitación, cerrando tras él con un golpe seco.

El sonido del cerrojo asegurándose le dejó claro a Fianna que estaba prisionera. Pero ella no era el tipo de persona que aceptaba su destino sin pelear. Si Magnus El Cruel pensaba que iba a someterla tan fácilmente, se llevaría una gran sorpresa.

Capítulo 4

Magnus MacGregor estaba sentado en la gran sala de su fortaleza, con la mirada fija en la puerta mientras esperaba a sus visitantes. Su paciencia era limitada y no tenía intención de desperdiciarla en conversaciones inútiles. Había mandado traer al *laird* MacKendrick y a su hermano Bruce para negociar el futuro de Fianna, pero en su mente la decisión ya estaba tomada.

Cuando la puerta se abrió, dos figuras imponentes entraron en la sala: El *laird* Tormund MacKendrick, que con su cabello cano y su barba blanca, tenía el semblante severo y la mirada fría. A su lado, Bruce MacKendrick mantenía los brazos cruzados sobre su pecho, con una expresión que denotaba irritación.

Bruce era un hombre maduro, de constitución fuerte y con rasgos duros como la roca. Su cabello rubio, aunque salpicado de algunas hebras plateadas, aún conservaba su vigor. Sus ojos claros, de un azul acerado, reflejaban una frialdad calculadora, y su porte erguido y orgulloso, evidenciaba su autoridad dentro del clan MacKendrick.

—Magnus MacGregor —gruñó el *laird*, avanzando unos pasos—. Venimos por mi hija. Exijo que la liberes de inmediato.

Magnus entrecerró los ojos y apoyó los codos sobre el reposabrazos de su sillón con calma calculada.

—Exigir no es la mejor manera de empezar una negociación —respondió con voz gélida—. Fianna MacKendrick ahora me pertenece. No tengo intención de dejarla marchar.

Bruce resopló con desdén.

—¡Esto es un secuestro! Si no la liberas, significará la guerra entre nuestros clanes. Ahora mismo tenemos apostados ante tus puertas a más de trescientos hombres.

Magnus sonrió con diversión.

—Oh, Bruce, no provoques cuando no tienes la ventaja. —Se inclinó ligeramente hacia adelante—. Sabes bien que, si hay guerra, no saldréis victoriosos. Tengo más de quinientos guerreros en el clan, y otros cien rodeando los bosques en estos momentos.

El *laird* MacKendrick apretó los puños con furia contenida.

—¿Qué quieres a cambio de su libertad? —preguntó finalmente.

Magnus se tomó su tiempo antes de responder.

—Voy a casarme con ella al alba —dijo con tranquilidad—. Con este matrimonio anularé cualquier intención del rey de forzarme a casarme con la hija del clan Fraser. Así que no, no la liberaré. Pero os haré una proposición que no podréis rechazar.

El *laird* MacKendrick frunció el ceño, detestaba tener que estar plantado ante él escuchando sus peticiones tan solo porque tenía la suerte de su lado.

—¿De qué hablas?

Magnus cruzó los brazos, y miró al *laird* MacKendrick con aire victorioso.

—Te haré una oferta justa. A cambio de Fianna, pagaré una generosa suma de dinero. Además, firmaremos un acuerdo en el que ella renunciará a su dote y a las tierras de los MacKendrick. Con eso, tu clan no perderá nada.

Bruce golpeó la mesa con el puño.

—¡Eso es un insulto!

Magnus no se inmutó.

—O lo tomas, o habrá guerra. Y créeme, MacKendrick, no saldrás bien parado. Pero si aceptas, ganarás algo más valioso: mi apoyo contra el rey. Sabemos que Jacobo IV solo quiere dividirnos y debilitarnos. Pero si nuestros clanes se unen, podemos resistir su influencia.

El *laird* MacKendrick intercambió una mirada con su hermano. No había duda de que la oferta era una humillación para ellos, pero

también era cierto que enfrentarse a Magnus significaría perder mucho más.

El silencio se extendió en la sala hasta que el *laird* habló con voz grave.

—Necesito tiempo para pensarlo.

Magnus sonrió con frialdad.

—Creo que no me has entendido. La boda será al alba con o sin tu aprobación. Y el acuerdo lo firmaremos de inmediato. Si no, salid ahora mismo de esta sala y preparaos para la guerra.

El *laird* MacKendrick gruñó con rabia sintiéndose vencido, pero no le quedó más remedio que aceptar su propuesta. Asintió a regañadientes mientras lo miró con verdadero odio.

—Bien, pues ahora si no os importa firmaremos los papeles en mi despacho —dijo Magnus, poniéndose de pie y dirigiéndose hacia una puerta lateral.

El *laird* y Bruce intercambiaron una última mirada antes de seguirlo por un pasillo de piedra iluminado por antorchas, hasta que llegaron a una sala más pequeña pero igual de imponente.

Allí un escritorio de roble oscuro dominaba la estancia, con pergaminos y un tintero ya dispuesto.

Magnus tomó asiento y extendió los documentos frente a ellos.

—Aquí está el acuerdo. Fianna renunciará a su dote y a sus tierras. A cambio, recibiréis cien libras como compensación económica y mi apoyo contra el rey.

El *laird* MacKendrick tomó asiento frente a él, tomó el pergamino entre sus manos, y lo leyó en silencio, con el ceño fruncido. Bruce, de brazos cruzados, observaba con el rostro endurecido.

Finalmente, el *laird* tomó la pluma, sumergió la punta en tinta y firmó con un movimiento decidido.

Magnus recuperó el pergamino, lo enrolló con calma y los miró con satisfacción.

—Podréis asistir a la boda si os place. Mis hombres os dejaran pasar, sin escolta por supuesto. —dijo con firmeza.

El *laird* MacKendrick se puso de pie sin decir una palabra. Bruce lo siguió, pero antes de salir, dirigió una última mirada de advertencia a Magnus.

—Esto aún no ha terminado —murmuró.

Magnus esbozó una sonrisa helada.

—No, aún no. Pero ten por seguro que yo siempre obtengo lo que quiero.

Capítulo 5

Aila ayudó a Fianna a vestirse para la boda. La prenda, hecha de lino fino y adornada con bordados plateados, caía con elegancia sobre su figura. El modesto escote dejaba entrever su delicado cuello, y las mangas largas se ajustaban a sus brazos como una segunda piel. Su cabello, un torrente de fuego, fue trenzado con delicadas hebras de hilo dorado.

—Te ves hermosa —dijo Aila, ajustando los últimos detalles con delicadeza.

Fianna resopló con ironía.

—Como me veo es lo último que me importa en este momento. Ahora no soy más que una simple transacción.

Aila le sostuvo la mirada con dulzura.

—Eres más que eso, mi señora.

Fianna no respondió. No tenía sentido quejarse de algo que ella misma había provocado. Aceptaría su destino sin flaquear.

Con la cabeza en alto, siguió a Aila hasta la pequeña capilla, donde la ceremonia se llevaría a cabo. La fortaleza estaba en silencio, pero dentro de la capilla, el murmullo de los asistentes le recordó que su destino estaba a punto de sellarse.

Cuando sus ojos se posaron en Magnus, una sensación inesperada la atravesó. Estaba vestido con su atuendo de gala, y con un tartán negro y rojo que cruzaba su torso ancho y robusto. En aquel momento Fianna pensó que Magnus parecía más un rey que un *laird*.

Su porte imponente junto con la manera en que su cabello oscuro caía sobre sus hombros con una desordenada perfección, la

mirada gélida y calculadora que escondía algo más en lo profundo de su azul implacable. Todo en él delataba la superioridad con la que se creía sobre los demás.

Fianna sintió que aire de pronto no llenaba sus pulmones al completo. No por miedo, sino por la inquietante conciencia de que ese hombre tenía el poder de doblegar a cualquiera, y solo había que ver en la forma que se había salido con la suya para casarse con ella. Pero ella no era cualquiera, no. No se dejaría doblegar al igual que lo habían hecho los demás.

Magnus la observó en silencio cuando la vio entrar. La luz de las velas se reflejaba en su cabello cobrizo, dándole un halo casi etéreo. Su vestido resaltaba su figura con una elegancia feroz, y sus ojos desafiantes se clavaron en los suyos sin titubear. No se veía como una mujer derrotada. Se veía como una guerrera que llegaba para presentar batalla.

Entre los asistentes, Fianna reconoció a su padre y a Bruce, pero su mirada se detuvo en una joven de cabellos dorados y ojos claros. Moira, su hermana. Su pequeño refugio en un mundo hostil.

Sintió un nudo en el estómago al verla allí, su rostro reflejaba tristeza, pero también admiración.

La ceremonia transcurrió con solemnidad. Magnus pronunció sus votos con voz firme, sin titubeos. Fianna lo hizo con la barbilla en alto, con la rigidez de quien se niega a ceder. Cuando finalmente fueron declarados marido y mujer, Magnus tomó su mano con posesión, dejando en claro ante todos que ella era suya.

Tras la ceremonia, el *laird* MacKendrick se acercó. Fianna sintió la tensión en el aire antes de que hablara.

—Me has decepcionado —dijo con voz grave, y su mirada dura—. No volverás a poner un pie en mi castillo, ni tampoco volverás a ver a tu hermana. No eres una buena influencia para ella.

Fianna sintió un puñal atravesarle el pecho, pero no le daría el gusto de verla quebrarse.

—Hace esto por orgullo, no por ella —replicó con firmeza.

—Ya no eres una MacKendrick Fianna, por lo tanto, no serás bien recibida en mis tierras.

—Se arrepentirá de sus palabras padre, y cuando lo haga, yo ya no seré su hija.

El *laird* apretó los dientes, su furia era evidente en su rostro. Levantó la mano dispuesto a golpearla, pero antes de que pudiera tocarla, una mano de hierro sujetó su muñeca en el aire.

—Si osa tocar a mi esposa, no responderé de mis actos, Tormund —gruñó con voz helada—. Ella es ahora una MacGregor, la señora de las tierras que tus sucios pies están pisando en este mismo instante.

El *laird* MacKendrick fulminó a Magnus con la mirada, pero se vio obligado a bajar la mano. Observó con ira por última vez a su hija, y se volteó sin decir nada más para abandonar las inmediaciones de Glen Lyon.

Bruce lo siguió, pero no sin antes dirigirle una última mirada de advertencia a Magnus. Lo detestaba, y no pensaba quedarse de brazos cruzados tras haberle robado a su esposa. «Antes o después me cobraré esta ofensa», se juró a si mismo antes de abandonar la capilla.

Fianna observó cómo su padre se alejaba junto con su tío. Pero antes de que cruzaran la puerta, vio cómo el *laird* agarraba a su hermana Moira del brazo con fuerza, dispuesto a llevársela con él.

El miedo por no volverla a ver le nubló la vista por un instante, pero antes de que pudiera reaccionar, Moira se zafó del agarre de su padre y corrió hacia ella.

—¡Fianna! —sollozó, rodeándola con sus delgados brazos.

Fianna la sujetó con fuerza, como si pudiera retenerla a su lado para siempre.

—Escúchame, Moira. Pase lo que pase, aguanta. No dejaré que te pase nada, te lo juro —susurró en su oído.

Moira tembló y escondió el rostro en el cuello de su hermana.

—Escuché a padre hablar con nuestro tío —su voz se quebró—. Dijo que ahora yo me casaré con él. Solo esperarán a que cumpla los dieciséis.

Fianna sintió una ira ciega apoderarse de ella.

—No. ¡No lo permitiré! —le prometió con fiereza—. Iré a buscarte Moira. Lo juro por nuestra madre.

Moira asintió con lágrimas en los ojos, pero antes de que pudieran decir algo más, el *laird* MacKendrick volvió a sujetarla y la apartó de un tirón.

Fianna vio su pánico reflejado en sus ojos claros mientras su padre la arrastraba fuera de la capilla, y sintió que se desquebrajaba por dentro.

—¡No lo olvides, Moira! ¡Te quiero! —gritó Fianna mientras la veía desaparecer por la puerta.

Su corazón latía con rabia y desesperación, y cuando Magnus posó una mano firme en su hombro, no pudo hacer otra cosa que apartarla con brusquedad.

—¡No me toques! ¡Todo esto es culpa tuya!

Fianna agarró las faldas de su vestido, y sin importarle nada ni nadie, se dirigió a sus aposentos llena de rabia y desesperación.

Capítulo 6

Fianna se dirigió a sus aposentos con pasos furiosos. Su pecho latía con una fuerza incontrolable, y su respiración era agitada debido a la rabia y a la impotencia que la consumían por dentro. No podía sacarse de la cabeza la imagen de su hermana siendo arrastrada por su padre, la promesa de protegerla quemándole en el alma.

Cerró la puerta con brusquedad y se dejó caer en el borde de la cama. La habitación estaba tenuemente iluminada por la chimenea, cuyas llamas bailaban con suavidad. Pero la calidez no alcanzaba a su corazón. Estaba atrapada. Casada con un hombre al que no había elegido, y obligada a compartir un lecho con él.

Se tumbó en la cama boca arriba, mirando el dosel de madera oscura, y con su cuerpo rígido debido a los nervios. Sabía que Magnus llegaría pronto. Sabía que esperaría algo de ella.

Ahora era su esposo. El pensamiento la hizo apretar los dientes.

No se lo pondría fácil.

Cuando la puerta se abrió, no hizo el menor movimiento. Cerró los ojos con fuerza y reguló su respiración, fingiendo estar dormida.

—No intentes engañarme, Fianna. Sé que no duermes. —Su voz era grave y tranquila.

Ella no respondió. No quería hacerlo. Pero su cuerpo la traicionó cuando sintió que él avanzaba hacia la cama.

—Eres mi esposa —dijo él, con una calma peligrosa—. Y las esposas cumplen con sus deberes matrimoniales.

Fianna se incorporó de golpe, para ponerse a la defensiva.

—¿No me obligarás? —interpeló con furia.

Magnus soltó una carcajada baja y oscura. Se despojó del cinturón de cuero con un movimiento lento, y dejó caer su *claymore* al suelo. Después se deshizo de su *kilt*, y su tartán lo colocó sobre una silla cercana. Luego, con una paciencia exasperante, comenzó a quitarse la camisa.

Fianna tragó saliva. No quería mirarlo, pero sus ojos se posaron en él como si tuvieran voluntad propia.

Bajo la luz intermitente de la chimenea, su piel bronceada brillaba con calidez. Su torso estaba esculpido por años de batalla y entrenamiento, y sus músculos marcados con la fuerza de un guerrero nato. Las cicatrices que cruzaban su piel eran testigos de su vida en la lucha. Y, por más que lo odiara, tenía que admitir que era un hombre imponente.

Él lo sabía. Y lo usó en su favor.

—¿Te gusta lo que ves, Fianna? —Su tono fue burlón, divertido.

Ella apartó la mirada con rapidez, sintiendo como el calor le subía hasta el rostro.

—Eres un patán —dijo con rabia.

Magnus avanzó hasta la cama y apoyó una rodilla en el colchón, inclinándose levemente hacia ella.

—Y tú eres mi esposa. —Le recordó en un susurro ronco, con sus labios peligrosamente cerca de los suyos.

Fianna quiso apartarse, pero su cuerpo no respondía.

Su respiración se volvió errática cuando él deslizó una mano por su mejilla, con la misma firmeza con la que un guerrero sostiene su espada. Sus dedos rozaron su mandíbula con lentitud, como si midiera cada reacción de su piel.

Y entonces la besó.

Fue un beso lento, calculado, una trampa tejida con paciencia.

Fianna quiso resistirse, su mente le gritaba que lo hiciera, pero su cuerpo tenía otra voluntad. Su boca se abrió bajo la suya en un acto de traición, y sus manos se aferraron a sus brazos antes de que pudiera detenerse.

Magnus sonrió contra sus labios, con la seguridad de un cazador que sabe que su presa está a punto de rendirse. Pero en el instante

en que ella se dejó llevar, él se separó con una expresión de absoluta calma.

—No yaceré contigo a la fuerza, Fianna —le dijo con su mirada intensa perforándola—. Si me deseas, vas a tener que suplicarlo.

Fianna abrió los ojos de golpe, sintiendo la humillación y la furia hervir dentro de ella. Magnus se levantó con tranquilidad, tomándose su tiempo para terminar de quitarse las botas. Luego, sin más, se tumbó en la cama a su lado, con la seguridad de un hombre que no tenía nada que temer.

Ella se giró bruscamente, dándole la espalda, sintiendo su cuerpo aún vibrar por el beso que no debió haber correspondido.

«¡Maldito seas Magnus MacGregor!» Y estuvo repitiendo esa frase en su mente hasta que se quedó dormida.

Capítulo 7

Fianna despertó con la luz del amanecer filtrándose por la ventana y la sensación de un leve movimiento a su lado. Parpadeó, confundida, hasta que vio a Aila de pie junto a la cama con una sonrisa traviesa en los labios.

Magnus no estaba, y eso la relajó al instante.

—Buenos días, mi señora. Es hora de que baje a desayunar —dijo con dulzura.

Fianna se incorporó lentamente, sintiendo el peso de la noche anterior sobre sus hombros. Al hacerlo, su mirada se posó en las sábanas, y su respiración se detuvo. Había manchas de sangre.

Aila también las vio, y su sonrisa se ensanchó con complicidad.

—No se preocupe, las cambiaré de inmediato.

Fianna frunció el ceño.

No, eso no era posible. Ella sabía bien lo que había ocurrido, o más bien, lo que no había ocurrido. Entonces, la verdad la golpeó con fuerza. Magnus. Él había manipulado la situación para que todos creyeran que habían yacido juntos.

La furia se agitó dentro de ella, pero no dijo nada.

—¿Podrías darme mi ropa? —preguntó con firmeza.

Aila asintió y sacó un vestido de lana azul oscuro, adornado con bordados plateados.

—Este es perfecto para la señora de la fortaleza —dijo con entusiasmo.

Pero Fianna negó con la cabeza.

—Necesito pantalones que pueda llevar bajo las faldas, un corpiño que no me oprima, y unas botas resistentes.

Aila parpadeó sorprendida, pero obedeció.

Poco después, Fianna se vestía con un atuendo que la hacía sentir ella misma: una falda oscura con aberturas discretas para facilitar el movimiento, pantalones ceñidos debajo, un corpiño de cuero flexible y unas botas altas reforzadas. Sujetó su cabello con una trenza apretada y se miró al espejo con una sensación de poder renovado.

Tras un desayuno solitario, se dirigió al patio de entrenamiento.

Allí, bajo el sol matinal, Magnus entrenaba con la espada junto a Ewan.

Observó sus movimientos con atención: cada golpe era calculado, cada giro, una muestra de destreza brutal. Era más que un guerrero; era un depredador. Pero Fianna no se dejó intimidar, y avanzó con paso decidido y la cabeza bien alta.

—Quiero entrenar con vosotros —anunció sin rodeos una vez que se situó a su lado.

Magnus detuvo su ataque y se giró hacia ella con una ceja arqueada.

—Ahora eres una mujer casada, Fianna. Deberías ocuparte de cosas más apropiadas. —Su tono fue burlón.

Ella cruzó los brazos y lo miró con fiereza.

—Soy una guerrera, Magnus. Y lucharé junto a mi nuevo clan como una más.

Los hombres del patio, al escucharla, intercambiaron miradas con incredulidad, incluso se escuchó alguna carcajada en la lejanía.

Magnus la estudió en silencio, hasta que una lenta sonrisa apareció en su rostro.

—Muy bien —dijo con aparente desinterés—. Pelea con Bailey. Si lo vences, entrenarás con nosotros.

Ella asintió, y no pudo evitar esbozar una sonrisa, mientras los nervios se instalaban en la boca de su estómago.

Bailey, un guerrero de espaldas anchas y manos como garrotes, se adelantó con una sonrisa confiada. Los demás rieron por lo bajo, convencidos de que Fianna no duraría ni un minuto, pero eso a ella

no le importó, ya la habían subestimado en otras ocasiones y eso siempre jugaba a su favor.

Ella tomó una *claymore* y se posicionó con firmeza.

Magnus la observó con atención, curioso por ver si su esposa tenía la destreza de la que tanto había escuchado hablar.

El combate comenzó, y Bailey atacó con fuerza bruta, pero Fianna era veloz. Se deslizó con agilidad, esquivando su embestida, y golpeando en los puntos débiles cuando tenía la oportunidad. Sus músculos trabajaban coordinados, y cada uno de sus movimientos estaba lleno de precisión. No solo peleaba por entrenar, peleaba para demostrar su valía.

Bailey gruñó frustrado cuando su espada chocó contra el aire vacío. Fianna aprovechó su desbalance y con un giro ágil, golpeó su pierna con la parte plana de la espada, haciéndolo caer de rodillas.

Un silencio sepulcral se extendió por el patio.

Magnus cruzó los brazos, ocultando la sonrisa que amenazaba con dibujarse en su rostro. Sintió algo inesperado recorrer su pecho: orgullo. Su esposa no solo era hermosa y obstinada, era feroz. Fascinante. Peligrosa.

—Nada mal —dijo finalmente, con un destello de diversión en sus ojos—. Entrenarás con nosotros, pero hay una condición.

Fianna recuperó el aliento y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Cuál?

—Si quieres ser una guerrera, también serás la señora de esta fortaleza. Te ocuparás del orden de nuestra casa, y de que todo funcione correctamente.

Fianna sonrió, con el fuego del desafío brillando en sus ojos.

—Acepto.

Magnus asintió con satisfacción. Tal vez su esposa no fuera como las demás, y eso le gustaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Capítulo 8

El agua caliente envolvía a Fianna en un abrazo relajante mientras se sumergía en la bañera de su alcoba. El cuerpo le dolía tras el entrenamiento de la mañana, pero el calor aliviaba cada músculo de su cuerpo. Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro, disfrutando de un raro momento de paz.

Entonces, la puerta se abrió de golpe.

Magnus irrumpió en la estancia con su presencia arrolladora, y aunque Fianna permaneció inmóvil en la tina, como si su presencia no la afectara, su piel vibró con una sensación electrizante. Sentía su mirada recorrer cada centímetro de su cuerpo sumergido en el agua, y el aire pareció volverse más denso entre ellos.

Él se quedó en el umbral, con los ojos clavados en ella, desafiantes, dominantes. Pero Fianna no apartó la mirada. Decidió jugar su propio juego. Si él creía que podía intimidarla, estaba equivocado.

Con absoluta indiferencia, se incorporó lentamente, dejando que el agua resbalara por su piel desnuda, delineando cada curva. Caminó hacia la cama sin apresurarse, sintiendo cada centímetro de la mirada de Magnus recorriéndola como una caricia invisible. Tomó la bata de lino que reposaba sobre las mantas y se la colocó con deliberada lentitud antes de girarse para enfrentarlo.

—No juegues conmigo, mujer —gruñó él, con su voz ronca y peligrosa—. Bien sabes que podría doblegarte a mi voluntad.

Fianna arqueó una ceja con altivez y dejó que una sonrisa ladina se dibujara en sus labios.

—Pero no lo harás —respondió con calma, avanzando hacia él con la confianza de una guerrera—. Y tú serás el que acabe suplicando que te deje meterte en mi cama.

El fuego en los ojos de Magnus ardió con más intensidad. Su cuerpo se tensó y su respiración se volvió pesada. Antes de que pudiera reaccionar, Fianna cerró la distancia entre ellos y tomó su rostro entre sus manos, obligándolo a mirarla fijamente antes de capturar su boca en un beso intenso, salvaje.

Magnus soltó un gruñido varonil cargado de pasión y la apretó contra su cuerpo con fuerza, hundiendo sus dedos en su cintura como si quisiera fundirse con ella. La bata de lino no era barrera suficiente para el calor que se desataba entre ambos. Su mano se deslizó por su espalda, recorriendo cada centímetro de su piel con una mezcla de posesión y deseo.

El beso fue un enfrentamiento de voluntades, una batalla sin armas donde ninguno quería ceder. Fianna sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies cuando los labios de Magnus devoraron los suyos con una intensidad que la dejó sin aliento. Era fuego contra fuego, pasión contra orgullo.

Cuando se separaron, ambos respiraban con dificultad. Magnus la miró con una mezcla de deseo y frustración, sintiendo que su cuerpo entero ardía por ella. Fianna sonrió, sabiendo que había ganado aquella ronda.

Él pasó la lengua por sus labios, aun saboreándola, y deslizó un dedo por su mejilla con un gesto que parecía tanto una advertencia como una promesa.

Tuvo que respirar profundamente para sosegarse antes de hablar:

—Te espero en el comedor para cenar, no te retrases —dijo finalmente, con la mandíbula tensa.

Se giró y salió de la estancia sin mirar atrás. Necesitaba alejarse o no podría resistirse a suplicar que ella lo dejara entrar en su cama, y eso era algo que no se permitiría.

Fianna se quedó allí, con el pecho subiendo y bajando aceleradamente y el corazón galopando sin control. Sintió un deseo incontrolable, uno que jamás había experimentado y que había

estado a punto de hacerla perder el raciocinio. Apretó los labios, y después dejó escapar una risa baja.

Aquello estaba siendo más complicado de lo que ella había creído en un principio.

Capítulo 9

Para su sorpresa, la cena fue mucho mejor de lo que esperaba. Al principio, Fianna había estado a la defensiva, preparada para una batalla de puro ego como la que habían librado en su estancia, pero Magnus no parecía interesado en discutir. En cambio, conversaron con tranquilidad, compartiendo anécdotas sobre sus respectivas infancias y sus experiencias en batalla. Descubrieron que, a pesar de sus diferencias, tenían más en común de lo que imaginaban.

Mientras hablaban, Fianna se sorprendió observándolo con atención. Nunca había reparado en cómo la dureza de su rostro se suavizaba cuando sonreía con sinceridad. Cuando no estaba en guardia, cuando no era el Magnus MacGregor que todos temían, su expresión era completamente distinta. Había una calidez escondida en esos ojos fríos, una pasión que no tenía nada que ver con la guerra. Hubiera sido tan fácil enamorarse de él si todo hubiese sido distinto. Si no hubiera sido su captor, si no la hubiera obligado a casarse. Pero la realidad era otra.

Magnus notó que se había quedado callada y ladeó la cabeza, estudiándola con la misma intensidad que lo hacía ella.

—¿En qué piensas? —preguntó con voz ronca.

Fianna parpadeó y apartó la mirada, con su corazón latiendo con fuerza.

—Pensaba en lo diferente que eres cuando no estás intentando imponer tu voluntad —dijo, con un deje pensativo en la voz.

—Tú también eres muy diferente cuando te relajas Fianna. Cuando no estás a la defensiva.

—Puede que sea el vino. —Ella sonrió y levantó su copa vacía.

Magnus le sirvió un poco más, y después rellenó la suya. Ella bebió un sorbo, y automáticamente su rostro se ensombreció.

—¿Y ahora en que piensas? Algo te preocupa.

—Es por mi hermana. No puedo sacármela de la cabeza, Magnus. No sé qué le estarán haciendo ahora mismo. —El *laird* dejó escapar un suspiro y se recostó en su silla, observándola con la misma intensidad con la que analizaba el campo de batalla.

—No puedes hacer nada, Fianna —dijo con frialdad—. No ahora.

Ella sintió una oleada de rabia recorrerle el cuerpo. «¿Cómo podía decirle eso? ¿Cómo podía esperar que se quedara de brazos cruzados mientras Moira sufría el mismo destino que ella había logrado esquivar?».

—¿No esperarás que me quede aquí sin hacer nada? ¡Es mi hermana, Magnus! —Su voz subió un poco más de lo que pretendía, pero no le importó.

Él sostuvo su mirada con firmeza, y su expresión inescrutable.

—Espero que te comportes como la señora de este clan. No puedo hacer nada por ella Fianna.

Fianna apretó los puños con frustración, sintiendo que la ira la ahogaba. No podía aceptar esa respuesta. No podía permitir que Moira quedara atrapada en un destino que la destruiría.

Se puso de pie bruscamente, con sus ojos llameando en la más absoluta ira.

—Entonces lo haré sola —espetó.

Magnus se levantó también, con una calma peligrosa.

—No. No lo harás.

Las palabras colgaron en el aire entre ellos, cargadas de desafío. Pero Fianna no era una mujer que aceptara órdenes sin más.

Y Magnus estaba empezando a comprenderlo.

—¿Cómo lo impedirás Magnus El Cruel? ¿Me mantendrás encerrada en este castillo?

—No me tientes Fianna, todavía no conoces lo peor de mí.

—Tú tampoco conoces lo peor de mí. —Ella lo enfrentó con chulería.

Magnus no pudo evitar fijarse en sus labios, tan apetecibles como las fresas maduras, y en su rostro enfurecido, el cual se

acababa de dar cuenta lo mucho que le gustaba.

Sintió un calor que le recorrió el cuerpo y que se anidaba en su entrepierna, aquella mujer lo estaba volviendo loco, y era capaz de anular sus pensamientos tan solo con su presencia.

La deseaba, la deseaba con todo su ser.

Con un gruñido cargado de pasión, Magnus cerró la distancia entre ellos y atrapó sus labios con fuerza, besándola con una necesidad primitiva. Fianna se tensó al principio, pero luego respondió con igual ferocidad, hundiendo sus manos en su cabello y tirando de él con una brusquedad que arrancó un gruñido gutural del guerrero.

El aire pareció desaparecer de la estancia cuando Magnus, sin pensarlo dos veces, derribó con un manotazo todo lo que había sobre la mesa. Copas, platos y jarras cayeron al suelo con estrépito, y después, con un solo movimiento, la alzó y la sentó sobre la mesa vacía, situándose entre sus piernas. Fianna se enredó en su cintura, pegándolo más a ella, sintiendo el calor que emanaba de su cuerpo.

Magnus deslizó las manos por sus muslos, subiendo lentamente, sintiendo la suavidad de su piel.

Fianna jadeó cuando sus dedos fuertes tocaron la abertura de entre sus piernas, atrayéndola más a él. Su boca recorrió su cuello con ansias, dejando un rastro de fuego sobre su piel. El deseo los consumía, con cada roce, con cada caricia que los empujaba al borde de la rendición.

Fianna sintió el deseo apoderarse de cada fibra de su ser. Su cuerpo gritaba por él, por rendirse, por olvidar todo y dejarse llevar por el placer abrasador que Magnus le ofrecía.

Pero entonces, un destello de lucidez la golpeó con fuerza. No. No podía.

Con un esfuerzo sobrehumano, Fianna apartó su boca de la suya y apoyó las manos en su pecho para separarlo. Ambos respiraban con dificultad, con los cuerpos encendidos por una pasión feroz.

Magnus la miró, confundido, con sus ojos oscurecidos que la observaban con el mismo deseo que la devoraba a ella.

Sin darle tiempo a reaccionar, Fianna se soltó de su agarre, bajó de la mesa y salió corriendo de la estancia sin mirar atrás.

Magnus se quedó allí, con el pulso acelerado, los puños apretados y el cuerpo en llamas.

Aquella mujer estaba acabando con su paciencia, y solo Dios sabía lo que había tenido que controlarse para no seguirla hasta su alcoba y acabar lo que habían empezado.

Capítulo 10

Los días siguientes fueron un tormento silencioso. Magnus se dedicó a ignorarla y a evitarla por completo. Ni siquiera dormía en su alcoba. Durante las comidas, se ausentaba o llegaba tarde, asegurándose de que apenas tuvieran contacto.

Sin embargo, Fianna notó que dos de sus guerreros la seguían a todas partes. No podía moverse sin su vigilancia constante, lo que le confirmaba que, aunque la evitaba, Magnus aún intentaba controlarla.

Pasaron dos semanas y, aunque no lo admitiría ni bajo tortura, comenzó a sentir su ausencia. Extrañaba el sonido de su voz, la manera en que sus ojos brillaban cuando la desafiaba, incluso su arrogancia. Pero se negaba a ser ella quien rompiera el silencio.

Una noche, mientras cenaba sola en el gran salón, Magnus apareció de repente. Su expresión era seria, más grave de lo habitual.

—Hemos recibido carta del rey —anunció sin rodeos.

Fianna dejó su copa en la mesa y lo miró fijamente.

—¿Y qué quiere el rey? —preguntó con cautela.

Magnus inspiró hondo, como si aún estuviera procesando la noticia.

—Se ha enterado de nuestro matrimonio y no le ha agradado. —Su tono era duro—. Pasará por aquí para «felicitar a la feliz pareja».

Fianna frunció el ceño.

—¿Vendrá a comprobar que todo esté en orden?

—Exactamente —afirmó Magnus, cruzándose de brazos—. Y quiero que cuando llegue, vea a una esposa perfecta. No podemos permitirnos dudas.

—¿Dudas? —Fianna soltó una risa sarcástica—. ¿Dudas sobre qué, Magnus? ¿Sobre el hecho de que este matrimonio fue impuesto? ¿Sobre qué no nos soportamos?

Magnus se acercó, inclinándose ligeramente sobre la mesa.

—Sobre la legitimidad de nuestro matrimonio —espetó—. Si el rey cree que no es válido, podría anularlo. Y créeme, Fianna, eso no es algo que quieras.

Fianna se tensó.

—¿Y qué sugieres? ¿Qué sonría y juegue a ser tu dulce esposa? —preguntó con ironía.

—Sugiero que hagas lo necesario para asegurar nuestra posición. Y lo más seguro sería que quedaras en cinta lo antes posible. —Su voz era implacable.

Fianna sintió como si le hubieran arrojado un cubo de agua fría.

—¿Perdón? —dijo, incrédula.

—Si el rey sospecha, buscará pruebas de que este matrimonio es real —explicó Magnus, sin inmutarse—. Y si cree que no lo es, tendrá todo el derecho de romper nuestra unión. Un heredero lo ataría todo y evitaría problemas.

Fianna se puso de pie de golpe, fulminándolo con la mirada.

—¡Eso no va a suceder! —soltó con furia.

Magnus se mantuvo firme.

—Tarde o temprano, tendremos que consumar este matrimonio, Fianna.

El silencio entre ellos se cargó de tensión. Fianna sintió el impulso de arrojarle la copa, de gritarle, de desafiarlo… pero también sabía que, por una vez, Magnus tenía razón.

Apretó los dientes, intentando controlar su respiración.

—Haré lo que me pides —dijo con voz contenida.

—¿De verdad? —preguntó él intuyendo que no podía ser tan sencillo.

Con Fianna, nada lo era.

—Lo haré, Magnus. Te daré un heredero. Pero solo con una condición.

Magnus entrecerró los ojos.

—¿Cuál?

—Trae a mi hermana aquí. Ponla a salvo. Si lo haces, haré lo que sea necesario para convencer al rey.

Magnus la miró en silencio por un largo momento. Sus ojos recorrieron su rostro, como si intentara descifrarla. Finalmente, asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Trato hecho.

Capítulo 11

Fianna observó con el corazón en un puño cómo Magnus y sus hombres se preparaban para partir. Cada guerrero revisaba su armamento, ajustando las monturas, preparándose para lo que, sin duda, sería una misión peligrosa.

Cuando Magnus tomó las riendas de su caballo y se dispuso a montar, Fianna sintió una opresión en el pecho que no esperaba. Su instinto le gritaba que no lo dejara marchar sin decir algo, sin hacer algo. Se acercó a él con decisión y, antes de que pudiera impulsarse sobre la montura, le tomó la muñeca con fuerza.

Magnus la miró con sorpresa, y antes de que pudiera pronunciar palabra, Fianna tiró de él, acercándolo a su cuerpo y, sin pensarlo demasiado, lo besó con una pasión contenida durante demasiado tiempo.

El mundo a su alrededor pareció detenerse. Magnus reaccionó tras un instante de desconcierto y la atrapó con uno de sus brazos contra su pecho con fuerza, profundizando el beso con una intensidad que le robó el aliento. Su otra mano se aferró a la base de su cuello, como si no quisiera soltarla.

El fuego que ardía entre ellos amenazaba con consumirlos. Fianna sintió su propio cuerpo estremecerse ante la forma en que Magnus la sujetaba, como si fuera suya, como si siempre lo hubiera sido.

Con un último roce de sus labios, Fianna se separó con la respiración entrecortada. Apoyó la frente en su pecho durante un segundo, recuperando el aliento antes de susurrar:

—Vuelve con ella, pero hazlo sano y salvo.

Magnus la observó con seriedad, como si intentara grabar en su memoria cada detalle de su rostro en ese instante. Algo en su expresión cambió al notar la genuina preocupación en los ojos de Fianna, una emoción que jamás había creído ver en ella.

Sin decir nada más, giró y montó su caballo. Con una última mirada, espoleó su montura y partió junto a sus hombres.

Fianna se quedó allí, observando cómo las figuras de los guerreros desaparecían en el horizonte. Cuando ya no pudo verlos, sintió que su cuerpo se relajaba por completo. Entró en la fortaleza con pasos pesados, y con su mente aún atrapada en el beso que acababa de compartir con Magnus.

Se sentó en un sillón frente a la chimenea y trató de dejar su mente en blanco mientras observaba las llamas.

Aila, que la había estado observando en silencio, se fue a la cocina y le preparó un té caliente. Fianna lo bebió en pequeños sorbos y, agotada por la tensión, terminó quedándose dormida junto al calor del fuego.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando un bullicio en el patio la despertó. Se incorporó rápidamente y corrió afuera. Su corazón se aceleró al ver a Magnus desmontar de su caballo, y junto a él, a Moira.

Fianna sintió que el alma le volvía al cuerpo y corrió hacia su hermana, estrechándola en un abrazo desesperado. Moira sollozó contra su hombro, aferrándose a ella con la misma intensidad.

—Estás a salvo, pequeña —susurró Fianna con lágrimas en los ojos—. Te prometí que te sacaría de allí.

Magnus observó la escena con los brazos cruzados, dejando que el reencuentro se desarrollara. Y cuando vio que Fianna se separaba de su hermana, decidió que era hora de que ella cumpliera su parte del trato.

Sin previo aviso, la cargó sobre su hombro como si no pesara nada, ante la expectación de los presentes.

—¡Magnus! —protestó Fianna, golpeando su espalda—. ¡Suéltame!

Pero Magnus hizo caso omiso a sus plegarias, no podía demorar aquel momento ni un minuto más.

—Aila, encárgate de Moira —ordenó sin prestar atención a las protestas de su esposa.

Sin más, subió las escaleras con Fianna pataleando en su hombro, directo hacia su alcoba.

Capítulo 12

Magnus cruzó la puerta de su alcoba y, sin el menor esfuerzo, arrojó a Fianna sobre la cama con brusquedad. Ella se incorporó rápidamente, con el cabello cayendo desordenado sobre sus mejillas, y lo fulminó con la mirada.

—¡Eres un maldito bárbaro! —le gritó mientras su pecho subía y bajaba con furia.

Él la miró con una sonrisa canalla en sus labios antes de cruzar los brazos sobre su pecho.

—Has hecho un trato, Fianna. Y yo he cumplido mi parte. Es hora de que cumplas la tuya —declaró con voz grave.

Fianna apretó los dientes, negándose a ceder ante su actitud dominante. Se puso de pie con la barbilla en alto y, con una mirada provocadora, comenzó a desabrochar su vestido. Cada pequeño movimiento era intencionalmente lento, provocador. Si él esperaba verla temblar de vergüenza, estaba muy equivocado.

—Lo haré —dijo con altivez, dejando que su vestido resbalara de sus hombros hasta quedar a sus pies. Despues hizo lo mismo con el corsé y las enaguas y por último con su camisola.

Magnus observó cada centímetro de su piel desnuda con el aire de un depredador paciente, pero cuando comenzó a quitarse su propia ropa, su expresión cambió. No había prisa en sus movimientos, no había brutalidad. Había algo mucho peor: una calma peligrosa, una promesa silenciosa de que aquella noche la disfrutaría por horas.

Cuando ambos quedaron expuestos, Fianna sintió su respiración entrecortarse. Magnus se tumbó en la cama con lentitud y la atrajo

hacia él con una firmeza que no admitía discusión. Pero en lugar de tomarla con rudeza, como ella esperaba, sus labios encontraron su cuello con una ternura que la dejó sin aliento.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con voz temblorosa, sintiendo que el calor de su piel la envolvía.

—Cumpliendo mi parte del trato… —susurró él contra su piel antes de recorrer con su lengua el contorno de su clavícula.

Cada caricia, cada beso era una tortura deliciosa. Magnus descendió con lentitud, explorando su cuerpo con besos y caricias, haciéndola temblar bajo su tacto. Fianna sintió que la cordura la abandonaba con cada roce, cada susurro sobre su piel. Cuando sus labios se deslizaron entre sus muslos, un jadeo incontrolable escapó de su boca. Nunca había sentido algo así, nunca había imaginado que el placer pudiera consumirla de esa manera.

Su espalda se arqueó, y su cuerpo respondió sin que ella pudiera evitarlo. Y entonces, cuando creyó que no podía soportar más, cuando su mundo estalló en mil pedazos, Magnus la tomó en sus brazos y la besó profundamente, como si quisiera absorber cada uno de sus jadeos.

Con extrema delicadeza, se posicionó sobre ella, acariciando su rostro con ternura inesperada.

—Mírame —ordenó suavemente.

Fianna abrió los ojos, atrapada en la profundidad de los suyos, en el deseo y la devoción que no esperaba ver reflejados en él. Sintió cuando la invadió con lentitud, y su cuerpo adaptándose al suyo en una unión que fue más allá del placer. Al principio, una punzada de dolor la hizo tensarse y contener el aliento. Magnus lo notó de inmediato y se quedó quieto, con su mandíbula apretada en un intento de controlarse.

—Respira, Fianna —dijo con voz ronca, acariciando su mejilla con ternura—. No quiero hacerte daño.

Fianna cerró los ojos y exhaló temblorosamente, aferrándose a sus hombros mientras su cuerpo se acostumbraba a la sensación. Magnus la besó con una dulzura desconocida para ella, moviéndose con paciencia, permitiéndole acomodarse a él.

El dolor inicial comenzó a desvanecerse, sustituido por algo más profundo, más embriagador. Magnus deslizó sus labios por su cuello, su hombro, su pecho, y cada caricia, cada susurro, la sumergía más en aquella sensación nueva y desconocida. Lentamente, el placer se abrió paso, haciéndola gemir contra su piel.

Magnus gruñó contra su oído, como si el estar dentro de ella fuera la mejor sensación que jamás hubiera experimentado.

Ella lo sintió llenarla, completarla, y en ese instante supo que estaba perdida. Porque nunca había deseado nada tanto como deseaba a ese hombre en aquel momento.

Se aferró a su espalda, con sus uñas marcando su piel, y sus cuerpos se movieron juntos en un ritmo primitivo e incontrolable. Cada embestida la llevaba más lejos, cada beso la hundía más profundo en ese abismo del que nunca querría salir.

El placer la envolvió por completo, y cuando sintió que estallaba en un clímax arrollador y desconocido, su nombre escapó de sus labios como un suspiro entrecortado.

Magnus la siguió segundos después, y su cuerpo se estremeció junto al de ella, hundiendo su rostro en su cuello mientras la rodeaba con fuerza.

Por primera vez, no había guerra entre ellos. Solo deseo, solo entrega.

Fianna cerró los ojos, sintiendo su cuerpo saciado y su corazón latiendo desbocado. Pero mientras el calor de Magnus la envolvía, una verdad se abrió paso en su mente.

Había perdido más que su inocencia esa noche.

Había perdido la batalla contra su propio corazón, lo amaba. Ella amaba a Magnus MacGregor más de lo que hubiese podido imaginar jamás, y no sabía si estaba preparada para ello.

Capítulo 13

Fianna despertó entre los brazos de su esposo. Con la calidez de su cuerpo fuerte envolviéndola, y por primera vez en mucho tiempo, se sintió segura. Protegida. Amada.

Aún con los ojos cerrados, se permitió disfrutar de esa sensación, del ritmo pausado de su respiración, del modo en que sus dedos trazaban círculos perezosos sobre su espalda desnuda.

Cuando finalmente abrió los ojos, lo encontró observándola. No con la intensidad desafiante de siempre, sino con algo más profundo, más íntimo.

—Buenos días, esposa —dijo Magnus antes de inclinarse para besarla.

No fue un beso apasionado, sino lento y tierno, como si saborearla fuese un privilegio que no deseaba apresurar.

Fianna sintió un calor diferente extenderse por su pecho, un tipo de afecto que jamás había experimentado. Magnus MacGregor, el guerrero implacable, el hombre al que llamaban El Cruel, la miraba con una devoción impensable.

Se acurrucó contra su pecho y suspiró.

—Tengo que preguntarte algo —musitó contra su piel.

Él acarició su cabello con ternura, deslizando los dedos por los mechones sueltos de su trenza.

—¿Cómo has conseguido traer a mi hermana?

Magnus exhaló una leve risa, como si hubiese estado esperando aquella pregunta.

—Simplemente le pedí a tu padre amablemente que la dejara venir a pasar una temporada con nosotros —respondió con fingida

inocencia—. Le mencioné que el rey iba a visitarnos y que sería bueno que viera que había buena relación entre los clanes.

Fianna se incorporó levemente, apoyándose en su codo para poder mirarlo mejor.

—¿Qué significa para ti «amablemente»? —Arqueó una ceja, sabiendo perfectamente que Magnus no era un hombre de súplicas ni cortesías.

Él sonrió con diversión y se pasó una mano por la barbilla.

—Es mejor que no lo sepas —dijo, deslizando sus dedos por su mejilla con ternura—. Solo disfruta de tener a tu hermana aquí, el tiempo que esté en Glen Lyon.

El corazón de Fianna se encogió ante esas palabras.

—¿El tiempo que esté? —repitió en un susurro.

Magnus no respondió de inmediato. La miró con seriedad, y Fianna supo que no iba a gustarle la respuesta.

—Tu padre permitió que Moira viniera, pero no para quedarse —admitió finalmente—. Fue un acuerdo temporal. No podía quitarle a otra hija sin provocar un conflicto.

La ira brotó en su interior como un torrente incontenible.

—¡Me engañaste! —espetó, apartándose de él de golpe.

Magnus la sujetó por la muñeca antes de que pudiera alejarse más.

—No te engañé, Fianna. Cumplí mi promesa. Está aquí y está a salvo. —Su tono era firme, pero no frío—. Disfruta de su compañía mientras puedas.

Fianna lo fulminó con la mirada. Para ella no era suficiente. No lo sería nunca. Moira debía quedarse, debía estar a salvo para siempre.

Pero al mirar los ojos de Magnus, comprendió algo más.

Él había hecho lo que estaba en su mano. Había arriesgado más de lo que ella imaginaba. Y aunque quería odiarlo en ese instante, aunque quería gritarle y exigirle más, una parte de ella supo que debía agradecerle lo que había logrado.

Aun así, no se lo pondría fácil.

Fianna apartó su mano con brusquedad y se sentó en la cama, dándole la espalda.

—No pienso conformarme con tenerla aquí solo por un tiempo —dijo con convicción.

Magnus la observó en silencio, apoyándose sobre un codo. Su mirada ardía con algo más que simple deseo. Era admiración.

Y se maldijo por haberse convertido en un pelele, pues estaba seguro de que no sería capaz de negarse a cualquier petición que le hiciese su esposa, por estúpida que fuese.

Su mirada se deslizó por la piel desnuda de Fianna, su espalda recta, la curva de su cintura y la forma en que la luz de la mañana acariciaba su cuerpo. No pudo resistirlo. Se incorporó y, con un movimiento rápido pero suave, la atrapó entre sus brazos y la hizo girar para quedar bajo su cuerpo.

—No pienso desperdiciar la oportunidad de poseerte de nuevo, Fianna —dijo contra su cuello mientras recorría su piel con sus labios.

—Magnus… —quiso replicar, pero su voz se quebró cuando él atrapó su pezón entre sus labios y lo succionó con lentitud, encendiendo su piel al instante.

Sus manos la exploraron sin prisa, cada caricia era un reclamo silencioso, una tortura placentera que la hacía estremecerse bajo él.

Fianna sintió cómo la lujuria la consumía cuando Magnus descendió por su vientre con besos húmedos, recorriendo cada centímetro de su piel hasta situarse entre sus piernas.

—No… —apenas pudo decir sin convicción.

Y su cuerpo traicionó sus palabras cuando él la sujetó con firmeza y deslizó su lengua en su centro, provocando un grito ahogado de placer.

La dulzura de su tortura fue demasiado. Magnus la llevó al borde del abismo con sus caricias, con la forma en que devoraba cada centímetro de su sexo húmedo y palpitante.

Gemidos incontrolables escapaban de entre sus labios sin que ella pudiese hacer nada, y cuando sus muslos se contrajeron de una forma involuntaria, Magnus todavía se hundió más entre sus piernas para absorber todo lo que ella le ofrecía. Cuando finalmente la sintió rendirse, estremeciéndose bajo su boca, ascendió nuevamente por

su vientre plano, lamió sus pezones con verdadera devoción, y la besó de una forma profunda y posesiva.

—Eres mía, Fianna, al igual que yo soy tuyo. —Ella asintió sin poder emitir palabra—. Quiero escuchártelo decir.

—Soy tuya Magnus MacGregor, soy tuya.

Escuchar de sus labios aquellas palabras lo excitó de una forma desmedida. Su miembro se endureció tanto que pensó que debía de tener cuidado con ella para no lastimarla.

Magnus gruñó de una forma varonil, y después se colocó sobre ella.

Abrió sus piernas con la ayuda de su rodilla, y la penetró con lentitud, conteniéndose para no dañarla. Fianna arqueó la espalda y apretó los ojos al sentir el leve ardor de la invasión, mientras su cuerpo se adaptaba a él.

Magnus detuvo su movimiento y la besó con ternura, acariciando su rostro con dedos temblorosos.

—Relájate, amor… —le susurró con voz ronca—. Quiero que disfrutes con esto tanto como lo hago yo.

Fianna exhaló un suspiro tembloroso y se aferró a sus hombros.

Magnus esperó, y poco a poco, el dolor fue sustituido por una ola de placer arrolladora. Cuando ella comenzó a moverse bajo él, buscándolo con urgencia, supo que no podría contenerse más.

Sus cuerpos se encontraron en un ritmo apasionado, cada embestida era más profunda, cada jadeo más desesperado. Cuando el clímax alcanzó a Fianna de nuevo, gritó sin poder contenerse, sintiendo cómo Magnus la abrazaba con fuerza mientras se derramaba en su interior y se dejaba arrastrar a ese abismo de placer absoluto.



Fianna descendió las escaleras principales con paso firme, aunque su mente era un torbellino de pensamientos. Su piel aún ardía con el recuerdo de Magnus recorriendo cada centímetro de su cuerpo, de

su intensa y profunda voz pronunciando su nombre, de la manera en que la había tomado como si fuera suya y, lo más inquietante, de cómo ella lo había aceptado sin resistencia.

Sacudió la cabeza, tratando de apartar aquellas sensaciones.

Al llegar al comedor, sus ojos se iluminaron al ver a Moira sentada a la mesa, disfrutando del desayuno. La joven levantó la vista y, en cuanto vio a su hermana, dejó la hogaza de pan que tenía en la mano y corrió a su encuentro.

—¡Fianna! —exclamó Moira con emoción, lanzándose a sus brazos.

Fianna la estrechó con fuerza, cerrando los ojos mientras se aferraba a la calidez de su hermana menor. La angustia de los últimos días pareció disiparse por un instante.

—Estás aquí, a salvo —susurró, besando su sien.

—Sí, pero estoy preocupada por ti —respondió Moira, separándose para mirarla con el ceño fruncido—. Su manera de llevarte a rastras… No me gustó, Fianna. ¿Magnus te hace daño?

Fianna negó con la cabeza y sonrió con dulzura, queriendo tranquilizarla. Magnus era capaz de hacer muchas cosas, pero en el poco tiempo que llevaba junto a él se había dado cuenta que jamás sería capaz de dañarla.

—Estoy bien, Moira. No debes preocuparte por eso. Ahora lo más importante es que estamos juntas.

Moira la miró con escepticismo, pero no insistió. En su mirada aún había duda, pero Fianna no iba a permitir que su hermana cargara con más preocupaciones de las necesarias.

—Aila ha sido muy amable conmigo —dijo la joven, cambiando de tema—. Mi habitación es realmente acogedora. Me gusta.

Eso alivió un poco a Fianna. Saber que Moira estaba siendo bien tratada dentro de la fortaleza MacGregor le daba cierta paz.

Justo en ese momento, Aila apareció en el umbral de la puerta, e hizo una pequeña reverencia antes de hablar.

—Señora, el *laird* me ha pedido que le recuerde que la semana que viene llegará el rey. Debemos organizarlo todo.

Fianna asintió de inmediato, reprimiendo la punzada de nerviosismo que sintió al recordar que la visita del rey aún pendía

sobre ellos como una amenaza.

—Reúne al personal —ordenó con voz firme—. Quiero que todo esté impecable para su llegada. Se servirán los mejores manjares, debemos dejarle claro al monarca que los MacGregor son un clan poderoso.

Aila inclinó la cabeza y se retiró de inmediato para cumplir con sus órdenes.

Moira la observó con admiración.

—Sabes dar órdenes como una verdadera señora —comentó con una sonrisa.

Fianna le devolvió la sonrisa, pero en su interior, los nervios la carcomían. ¿Cuánto tiempo podría proteger a su hermana antes de que su padre la reclamara?

Moira tomó su mano y la miró con seriedad.

—Fianna, hay algo más que debes saber. Escuché a nuestro tío hablar con uno de sus hombres. Está furioso. Ha jurado vengarse de Magnus.

Fianna sintió una corriente recorrerle la espalda. Sabía que Bruce MacKendrick no era un hombre que olvidara las afrentas, y mucho menos las dejara sin castigo.

—¿Estás segura de lo que escuchaste? —preguntó preocupada.

Moira asintió con firmeza.

—Decía que Magnus humilló a nuestro padre frente a sus propios hombres. No te imaginas cómo le habló. Lo retó, lo provocó… y, cuando exigió que lo escuchara, le dejó claro que, si no permitía que yo viniera, haría que lamentara haber desafiado su autoridad. Padre no tuvo más remedio que ceder, pero tío Bruce no lo olvidará. Está decidido a tomar represalias.

Fianna apretó los labios, sintiendo una mezcla de orgullo y temor. Podía imaginar a Magnus enfrentando a su padre sin miedo, con su actitud provocadora y su mirada letal. Pero si Bruce realmente estaba planeando algo, eso significaba peligro, y no solo para Magnus, sino para todos en Glen Lyon.

Tomó aire y enderezó la espalda. No pensaría en eso por el momento, primero, debía encargarse de la llegada del rey.

Capítulo 14

Fianna recorrió la fortaleza con pasos decididos, sintiendo la mirada expectante de los empleados del castillo. A su lado, Moira la observaba en silencio, con una mezcla de admiración y asombro. Nunca antes la había visto asumir un papel de liderazgo con tanta naturalidad, aunque era cierto que ella ya estaba acostumbrada a dirigir un castillo, pues después de la muerte de su madre a una temprana edad, ella tuvo que ocupar su puesto como señora del clan MacKendrick.

—Quiero que todos los pasillos sean limpiados a fondo —ordenó Fianna—. Las habitaciones deben estar impecables, especialmente los aposentos que prepararemos para el rey. Quiero mantas nuevas, velas suficientes y un fuego encendido en su chimenea antes de su llegada.

Los sirvientes asintieron y se dispersaron de inmediato para cumplir sus órdenes.

Fianna se volvió hacia uno de los encargados de la cocina.

—Manda a varios hombres al mercado. Necesitamos llenar las despensas con lo mejor que haya disponible. Carne fresca, pan, frutas, todo lo necesario para una gran cena de bienvenida. Y que no falte la cerveza y el vino.

—Sí, mi señora —respondió el cocinero con una inclinación de cabeza.

Se giró entonces hacia el mozo de las caballerizas.

—Asegúrate de que los establos estén listos para la llegada del rey y su séquito. Quiero que haya grano y forraje suficiente para sus caballos.

—Así se hará, mi señora —respondió el hombre, apresurándose a cumplir con su tarea.

Moira la observó con una sonrisa.

—Es increíble cómo eres capaz de manejar todo esto —comentó—. No sé si yo algún día pueda ser una gran señora como tú.

Fianna le devolvió la sonrisa y le dio un suave codazo.

—No creas que esto es solo dar órdenes, Moira. Una buena líder no solo gobierna desde el interior del castillo, también debe ser capaz de protegerlo. Y tú, como MacKendrick, debes aprender a defenderte. Es preferible que seas una gran guerrera, antes que una señora. Ven conmigo.

Moira arqueó una ceja, pero la siguió sin protestar. Caminaron hasta el patio de armas, donde varios miembros del clan entrenaban con sus espadas. Cuando Fianna tomó una espada de madera, y le lanzó otra a Moira, la joven parpadeó sorprendida.

—¿Quieres que luchemos? —preguntó con incredulidad.

—Quiero que aprendas —corrigió Fianna—. No quiero que vuelvas a ser una víctima de los deseos de los hombres. Si alguna vez te encuentras en peligro, debes ser capaz de pelear por tu vida.

Moira tragó saliva, pero asintió, sujetando la espada con firmeza.

—Está bien. Enséñame.

Fianna adoptó una postura de combate y le indicó a su hermana cómo sostener la espada correctamente. Al principio, Moira fue torpe, y sus movimientos inseguros, pero con cada golpe, su confianza crecía. Fianna sonrió con orgullo al verla mejorar.

Poco a poco, varios miembros del clan se acercaron para observarlas. Algunos murmuraban entre ellos, sorprendidos por la habilidad de su señora con la espada y por el hecho de que estuviera entrenando a otra mujer. Pero nadie se atrevió a interrumpir.

Fue entonces cuando Magnus llegó al patio acompañado de Ewan, y se detuvieron a observar la escena con interés.

Ewan cruzó los brazos sobre el pecho y dejó escapar una carcajada.

—Vaya, Magnus, tu esposa no solo gobierna el castillo, sino que también se encarga de entrenar a sus propias guerreras. ¿Deberíamos preocuparnos?

Magnus sonrió, apoyando el peso en uno de sus pies mientras observaba a Fianna moverse con gracia y destreza.

—No. Deberíamos estar agradecidos —dijo con diversión—. Es un placer ver a una mujer que no teme ensuciarse las manos.

Ewan arqueó una ceja y rio entre dientes.

—O quizás solo disfrutas demasiado al verla moverse de esa manera.

—Cuidado Ewan, estás hablando de mi esposa.

Magnus entrecerró los ojos con fingida advertencia.

Sin apartar la mirada de Fianna, Magnus se acercó a ella y a Moira, saludándolas con un leve asentimiento. Luego, fijó su atención en su esposa.

—¿Crees que es buena idea que la entrenes? —preguntó, observando a Moira.

Fianna levantó la barbilla con seguridad.

—No veo qué mal podría ocasionarle con ello. Quiero que sepa defenderse.

Magnus pasó la mirada de una hermana a otra y luego asintió.

—Pues entonces enséñale a mover los pies más rápido —aconsejó con una sonrisa burlona.

Fianna ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿Ahora resulta que eres también un maestro de la espada? Me gustaría verlo —dijo con un destello de diversión en los ojos.

Magnus soltó una carcajada y tomó una espada de entrenamiento aceptando el desafío, y ambos adoptaron sus posiciones.

Desde el primer choque de espadas, quedó claro que Magnus tenía ventaja. Sus movimientos eran rápidos y certeros, pero Fianna no se lo puso fácil. Cada vez que parecía que él iba a superarla, ella encontraba la manera de evadirlo, obligándolo a esforzarse más.

Sin embargo, Magnus tenía su propia estrategia.

Cada vez que lograba inmovilizarla, le robaba un beso. Al principio, Fianna protestó, pero pronto se dio cuenta de que su cuerpo reaccionaba con más rapidez a los besos de su esposo que a sus embestidas con la espada. Cuando finalmente logró acorralarla, la atrapó por la cintura y la besó con intensidad.

Pero Fianna no era de las que se rendían fácilmente.

Aprovechando la distracción, le devolvió el beso con pasión y, en un movimiento astuto, logró desestabilizarlo, haciéndolo caer de espaldas

sobre la tierra. En un segundo, tenía la punta de su espada de madera apoyada en su cuello.

—Primera lección, MacGregor: no te fíes de nadie, y mucho menos de mí —susurró con una sonrisa victoriosa.

Magnus la miró con una mezcla de diversión y orgullo. Luego, con un movimiento brusco, la sujetó y la hizo girar, colocándola debajo de él sobre la tierra, con sus brazos atrapados por los suyos.

—Segunda lección, Fianna… nunca bajes la guardia con un enemigo que aún puede luchar. Y yo… —susurró, acercando su rostro al suyo—, siempre lucharé por tenerte bajo mi control.

Los guerreros aplaudieron por el espectáculo y vitorearon a su *laird* mientras Fianna sintió que un calor inmenso se apoderaba de su rostro. Aquello era muy poco apropiado, pero es que ella no era apropiada en sí.

Capítulo 15

Los días transcurrieron con una sensación de libertad que Fianna y Moira nunca antes habían experimentado. Por primera vez en sus vidas, podían ser ellas mismas, sin las restricciones impuestas por su padre o su tío, sin miradas reprobatorias que les recordaran que debían comportarse como damas sumisas.

Cada mañana entrenaban juntas en el patio del castillo. Fianna le enseñó a Moira a manejar la espada con mayor destreza, a moverse con agilidad en el combate, y a disparar con el arco. Moira, aunque al principio insegura, aprendió rápido y sorprendió a su hermana con su entrega y disposición para aprender. Cuando no estaban entrenando, cabalgaban por los vastos terrenos de Glen Lyon, explorando los bosques, disfrutando del viento fresco contra sus rostros y sintiéndose dueñas de su destino. Incluso se aventuraron en algunas salidas de caza, demostrando que podían valerse por sí mismas.

Pero el castillo no solo era un lugar de entrenamiento y aventuras. También era un refugio de conocimiento, y Fianna y Moira pasaron horas en la gran biblioteca de la fortaleza, descubriendo libros antiguos, mapas de batallas pasadas y relatos de guerreros legendarios. Cada rincón de la biblioteca era un tesoro, y cada página les ofrecía un nuevo mundo por explorar.

Sin embargo, cuando caía la noche, Fianna volvía a los brazos de Magnus.

La relación entre ellos había cambiado. Las disputas seguían siendo frecuentes, pues ninguno de los dos cedía fácilmente y

Fianna siempre tenía sus propias opiniones, pero esas batallas verbales solían resolverse de la manera más intensa posible en la cama.

Magnus la esperaba cada noche con la misma intensidad con la que la había deseado desde el primer día. Y Fianna, Fianna ya no podía negar que anhelaba su contacto, la forma en que él la reclamaba con susurros roncos contra su piel y la hacía temblar. En la penumbra de su alcoba, no existían títulos ni clanes enfrentados, solo el deseo abrasador que los unía una y otra vez, consumiéndolos hasta el último aliento.

Capítulo 16

La llegada del rey causó un gran revuelo en Glen Lyon. El sonido de los cascos de los caballos resonó en el patio principal mientras la comitiva real se detenía ante la entrada del castillo. Fianna y Moira, ataviadas con sus mejores vestidos, se mantuvieron erguidas junto a Magnus, quien vestía con la solemnidad que la ocasión requería.

Las puertas se abrieron y Jacobo IV descendió de su caballo con un porte imponente. Su mirada era severa y escrutadora mientras se acercaba con paso firme. Sus ojos se clavaron en Magnus antes de deslizarse lentamente hasta Fianna.

—Así que esta mujer es tu esposa —dijo el monarca con un tono de incredulidad apenas disimulado.

Magnus mantuvo la compostura, pero su rostro se endureció al percibir la desaprobación en la voz del rey.

—Sí, majestad. Le presento a Fianna MacGregor, mi esposa —respondió con respeto, pero sin servilismo.

El rey esbozó una sonrisa amarga y cruzó los brazos.

—Debes de quererla mucho si me has traicionado por ella. Aunque no recuerdo que la mencionaras la última vez que nos vimos.

Fianna sintió el peso de la mirada del monarca sobre ella, pero no apartó la vista. Sabía que el matrimonio con Magnus había sido un desafío directo a los planes del rey, y ahora estaban a su merced.

Magnus dio un paso adelante, con la misma seguridad de siempre.

—Majestad, hablemos en mi despacho. Sus hombres serán bien atendidos mientras tanto. Hemos preparado el gran salón para su

séquito.

El rey asintió, pero su expresión no cambió.

—Espero que tengas una excelente explicación para esto, Magnus —advirtió antes de girarse hacia sus hombres y darles la orden de acomodarse en la fortaleza.

Fianna observó cómo Magnus y el rey desaparecían en el interior del castillo. Sintió que su corazón comenzó a palpitar con un extraño nerviosismo. Sabía que aquella conversación determinaría su futuro.

Moira, que estaba situada a su lado fue consciente del estado de su hermana, así que agarró su mano con fuerza para que ella sintiera su apoyo incondicional. Fianna la miró, y esbozó una dulce sonrisa agradeciéndole el gesto.



Magnus cerró la puerta del despacho tras él y se volvió para enfrentar la mirada severa del rey. El ambiente estaba cargado de tensión, y el *laird* MacGregor sabía que la conversación que estaba a punto de tener decidiría el futuro de su matrimonio y de su clan.

El rey se acomodó en una de las sillas con la compostura de un hombre que no estaba acostumbrado a que lo desobedecieran. Entrecruzó las manos sobre la mesa de madera maciza y fijó sus ojos en Magnus.

—No sé si eres un hombre valiente o un completo insensato —comenzó con frialdad—. Sabías que esperaba que contrajeras matrimonio con la hija del clan Fraser, y aun así te atreviste a desafiarme.

Magnus se mantuvo impasible, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No fue un desafío, majestad. Fue una decisión estratégica.

El rey soltó una carcajada seca.

—¿Estratégica? —repitió con ironía—. Explícame en qué sentido desobedecerme fortalece tu posición.

Magnus sostuvo su mirada sin inmutarse.

—El matrimonio con Fianna MacKendrick no solo selló la paz con su clan, sino que también nos permite tener un frente más estable en las Highlands. La guerra interna entre clanes nos debilita, y usted lo sabe bien. Además, Fianna no es una mujer común. Es fuerte, inteligente y una líder natural. Se ha ganado el respeto de mi gente en un tiempo récord.

El rey apoyó los codos en la mesa, sin cambiar su expresión inescrutable.

—¿Quieres hacerme creer que te casaste por razones estratégicas y no porque la deseas?

Magnus apretó la mandíbula. Sabía que no tenía sentido mentirle al rey.

—No voy a negar que la deseo —admitió con voz firme—, pero mi lealtad hacia usted sigue intacta. Glen Lyon sigue bajo su reinado.

El monarca lo miró en silencio durante varios segundos antes de ponerse de pie.

—Si tu lealtad sigue intacta, quiero que me lo demuestres.

Magnus enarcó una ceja, expectante.

—¿Cómo desea que lo haga?

El rey caminó lentamente por la estancia, como si eligiera cuidadosamente sus palabras.

—El clan Cameron se ha negado a someterse a mi autoridad. Han estado causando disturbios en sus tierras y se han negado a pagar tributos. Si quieres que acepte este matrimonio sin consecuencias, partirás mañana al alba y harás que me juren lealtad.

Magnus no apartó la vista del rey. Conocía bien a los Cameron. Eran guerreros fieros y testarudos, y convencerlos de someterse sin una guerra no sería fácil.

—¿Y si se niegan? —preguntó con calma.

Jacobo IV esbozó una sonrisa gélida.

—Entonces, acabarás con su rebelión por la fuerza. Y me traerás la cabeza de su líder como prueba de que Glen Lyon sigue siendo leal a la corona.

Magnus sostuvo la mirada del monarca y asintió con lentitud.

—Partiré al alba, majestad.

El rey inclinó la cabeza con satisfacción, como si acabara de ganar una partida que solo él sabía que se estaba jugando.

—Eso esperaba oír. No me falles, Magnus. De lo contrario, podrías perder más que mi favor.

Magnus no respondió. No hacía falta. Salió del despacho con paso firme, con el peso de la misión recién encomendada sobre sus hombros. Sabía que Fianna no recibiría bien la noticia. Y sabía que esta prueba de lealtad podía costarle mucho más de lo que estaba dispuesto a perder.

Capítulo 17

El gran salón estaba iluminado con decenas de velas, el aroma a carne asada y especias impregnaba el entorno, y el sonido de copas chocando llenaba la estancia. La cena había comenzado en un ambiente tenso, pero conforme el vino fluía, el rey Jacobo pareció relajarse. Incluso levantó su copa y brindó por la pareja, algo que sorprendió a más de uno en la mesa.

—Por el matrimonio del *laird* MacGregor —dijo el monarca con una media sonrisa—. Espero que este enlace traiga estabilidad a las Highlands y que la nueva señora de los MacGregor sepa domar el temperamento de su esposo.

Algunas risas se escucharon entre los invitados, pero Fianna mantuvo la compostura y respondió con una leve inclinación de cabeza. Sabía que aquellas palabras eran una prueba más, y no iba a darle el gusto de titubear.

El rey dirigió entonces su atención a Moira.

—Señorita Moira, he escuchado que os habéis adaptado bien a Glen Lyon. Es inusual ver a una mujer entrenar con la espada, pero dicen que vuestra hermana os está enseñando.

Moira no bajó la mirada, sino que sonrió con orgullo.

—Así es, majestad. Si los hombres pueden defenderse, no veo por qué las mujeres no podamos hacerlo también.

Jacobo IV arqueó una ceja con interés, pero no hizo más comentarios. Solo bebió un sorbo de su copa antes de desviar la conversación a otros temas.

Cuando la cena llegó a su fin, Magnus tomó a Fianna de la mano y la llevó a sus aposentos. Una vez dentro, su rostro se tornó más

serio.

—Debo hablar contigo —dijo en voz baja.

Fianna notó su preocupación y cruzó los brazos.

—¿Qué sucede?

—El rey me ha dado una misión. Mañana al alba debo partir para enfrentarme al clan Cameron. Debo hacer que juren lealtad, y si no lo hacen, erradicarlos.

El corazón de Fianna se encogió, pero su espíritu combativo no tardó en manifestarse.

—Voy contigo —dijo sin dudarlo—. Puedo luchar a tu lado.

Magnus negó con la cabeza, acercándose a ella.

—No. Te necesito aquí. Confío en ti para manejar el castillo y… para manejar al rey.

Fianna apretó los labios, molesta por su respuesta.

—No soy una mujer que se quede esperando mientras su esposo va a la guerra.

Magnus deslizó una mano por su mejilla, con una intensidad que la hizo estremecer.

—Y yo no soy un hombre que dejaría a su esposa en peligro. Dejaré a Ewan, él es mi mano derecha y tiene toda mi confianza, te ayudará a manejar a los hombres que queden en el castillo. Confío en ti, Fianna. Haz lo mismo conmigo.

Fianna sintió un nudo en el pecho. No quería ceder, pero sabía que su deber era proteger su hogar. Finalmente, asintió.

—Vuelve a salvo, Magnus.

Él sonrió levemente antes de tomar su rostro y besarla con una pasión que hablaba de todo lo que no se atrevían a decir en voz alta.

Capítulo 18

Mientras la tensión crecía en Glen Lyon, en el castillo de Invernur, del clan MacKendrick, las cosas no estaban mejor. La gran sala retumbaba con las voces furiosas de Bruce y su hermano, el *laird* Tormund MacKendrick.

—¡Eres un cobarde! —bramó Bruce, golpeando la mesa con ambos puños—. ¡Magnus MacGregor ha robado a Fianna y la ha convertido en su esposa sin nuestro consentimiento! ¡Es una humillación para nuestro clan y tú sigues aquí, sentado, sin hacer nada!

Tormund, que estaba acomodado en su gran silla de roble, se pasó una mano por la barba blanca y dejó escapar un largo suspiro. Su hermano menor siempre había sido impulsivo, guiado más por el orgullo que por la razón.

—No es el momento de actuar, Bruce —dijo con calma, aunque sus ojos reflejaban advertencia—. Magnus tiene el favor del rey. Si vamos contra él sin una estrategia, seremos aniquilados.

Bruce bufó con desprecio, caminando de un lado a otro como una bestia enjaulada.

—¡Tenemos una oportunidad! La llegada del rey nos beneficia. Podemos ir a su castillo, contarle la verdad y exigir que anule ese matrimonio. ¡Fianna debe ser mi esposa, siempre ha sido el plan!

Los ojos del *laird* brillaron con un atisbo de cansancio. Conocía demasiado bien la ambición de Bruce.

—No, hermano. No arriesgaré la estabilidad del clan por una venganza personal. Ahora mismo es mejor mantenernos quietos y

esperar el momento adecuado. Hay más en juego de lo que puedes ver con tu necia obsesión por Fianna.

Bruce se inclinó sobre la mesa, con su rostro rojo de ira.

—¡Nos has debilitado con tu pasividad, Tormund! ¡Eres un viejo necio que ha olvidado lo que significa ser un MacKendrick!

El *laird* se puso de pie de golpe, con sus ojos fulgurando con una furia contenida.

—¡Cuidado con tus palabras, Bruce! No olvides quién es el *laird* de este clan.

Bruce respiró hondo, tratando de contenerse, pero el odio hervía dentro de él. No dijo nada más. Solo asintió con rigidez antes de dar media vuelta y salir del despacho, cerrando la puerta con un portazo.

Pero dentro de su cabeza, su mente ya trabajaba en otra dirección.



Esa noche, cuando el castillo dormía y la única luz provenía de las antorchas dispersas por los pasillos de piedra, Bruce se deslizó con sigilo por la fortaleza. Sus botas no hacían ruido mientras avanzaba hacia los aposentos del *laird*.

El guardia apostado en la puerta le lanzó una mirada cautelosa, pero no hizo ademán de detenerlo. Bruce se detuvo frente a él y con un leve asentimiento, el soldado se apartó, permitiéndole el paso sin oponerse. Era su aliado, su cómplice.

Bruce empujó la pesada puerta y entró en la habitación, donde su hermano dormía plácidamente, con el rostro sereno de un hombre que confiaba en la paz de su hogar.

Pero aquella paz no duraría mucho más.

Sin dudar, tomó una almohada de plumas y la presionó con fuerza contra el rostro de Tormund. El anciano despertó de inmediato, y sus manos se aferraron al brazo de su hermano con desesperación, pero Bruce era fuerte, implacable. Sostuvo la

presión, ignorando los espasmos del *laird*, ignorando el temblor de su cuerpo hasta que finalmente quedó inerte.

Cuando todo terminó, Bruce retrocedió y contempló el cuerpo sin vida de su hermano mayor.

—Ahora el clan tiene un líder que hará lo que es necesario —susurró para sí mismo.

Con calma, acomodó la cama, dejó la almohada en su sitio y salió de la habitación con el mismo sigilo con el que había entrado. Nadie sospecharía. Nadie imaginaría lo que realmente había sucedido.



A la mañana siguiente, el castillo despertó con el sonido de la alarma. Gritos de conmoción y dolor se extendieron por los pasillos cuando los sirvientes descubrieron el cuerpo sin vida de su *laird*.

—¡El *laird* ha muerto! —clamó uno de los guardias, llamando a los miembros más cercanos del clan.

Médicos y consejeros confirmaron lo que todos creyeron evidente: había fallecido mientras dormía. Una muerte natural, propia de un hombre de su edad y de las tantas batallas que había librado en su vida.

Pero Bruce, de pie en el centro del salón, con la expresión compungida de un hermano en duelo, sabía la verdad.

A partir de ese momento, él sería el nuevo *laird* de los MacKendrick.

Capítulo 19

El sol aún no había alcanzado su punto más alto cuando Magnus y sus hombres llegaron a las tierras del clan Cameron. El viento soplaba entre los bosques espesos que rodeaban la fortaleza, y el aroma a pino y a tierra húmeda se respiraba en el aire.

Desde lo alto de las murallas, los centinelas observaban su llegada con cautela, aunque no levantaron las armas. La relación entre los MacGregor y los Cameron siempre había sido fuerte, pero Magnus sabía que su llegada, acompañada por los hombres del rey, despertaba suspicacias.

Al cruzar las puertas, los guerreros de Cameron los recibieron con cortesía, aunque con cierta tirantez que era evidente en sus miradas.

Douglas Cameron, el *laird* del clan, salió a su encuentro, con la misma postura orgullosa de siempre, y con su capa ondeando levemente con el viento. Pero cuando sus ojos recorrieron al grupo y vio a los soldados reales junto a Magnus, su expresión se endureció.

—No esperaba verte acompañado de sabuesos de la corona, Magnus —dijo Douglas con una sonrisa tensa.

—No es por voluntad propia —respondió con en el mismo tono—. Necesito hablar contigo en privado.

Douglas asintió y lo condujo hasta su despacho. Magnus conocía bien aquella estancia, de niños habían jugado allí mientras sus padres discutían sobre batallas y alianzas. Ahora, ellos eran los que sostenían el peso de esos acuerdos.

Douglas apoyó las manos sobre el escritorio de roble macizo y lo miró con frialdad.

—Dime que esto no es lo que parece. Dime que no has venido a hacer el trabajo sucio del rey.

Magnus suspiró y tomó asiento.

—Sabes bien que nunca sería su perro de presa. Pero no me dejó opción. Quiere que le jures lealtad, Douglas. Si no lo haces, habrá guerra.

Douglas dejó escapar una carcajada amarga.

—¿Y desde cuándo Magnus MacGregor se ha convertido en un emisario del rey? —Lo fulminó con la mirada—. ¿Desde cuándo aceptas ser parte de este juego en el que no somos más que fichas de ajedrez?

Magnus golpeó la mesa con el puño.

—¡No soy ningún emisario! ¡Y tampoco quiero entrar en esta maldita guerra! —lo miró con fiereza—. Pero si te niegas, no habrá alternativa. Sé lo que está en juego, Douglas. Lo sé mejor que nadie. Y créeme, prefiero estar aquí intentando convencerte con palabras a tener que volver con un ejército.

Douglas lo observó en silencio por unos instantes, con su expresión aún endurecida.

—¿Alzarías tu puño contra mí? —preguntó sin dejar de mirarlo a los ojos.

Magnus respiro hondo.

—Sabes bien que no lo haría, hermano. Lo juro por Dios —confesó finalmente.

Los lazos que lo unían a aquel hombre eran más fuertes que las alianzas políticas, y si debía de situarse en un bando Magnus elegiría luchar junto a Douglas, no contra él.

Douglas Cameron finalmente, dejó escapar un suspiro y sacó un pergamino enrollado de su escritorio.

—¿Esto es lo que quiere el rey? —preguntó, desenrollándolo y leyendo las cláusulas de lealtad impuestas por la corona—. Quiere que ponga mi nombre en un papel y que me convierta en otro de sus perros falderos.

—No, quiere asegurarse de que sigues bajo su control —respondió Magnus con sinceridad—. Pero si firmas, podrás seguir gobernando como siempre. Sin guerras, sin derramamiento de sangre. Deja que se crea que tiene la ventaja Douglas. Después de asegurarse de que tiene sus tierras bajo control volverá a meter su culo feo y gordo en su gran fortaleza y no volveremos a verlo por un tiempo.

Douglas apretó la mandíbula, luego tomó una pluma y firmó con un trazo firme.

—Si lo hago, será por ti. No por él.

Magnus asintió con respeto.

—Y te lo agradezco.

Después de aquella charla, ambos hombres se dirigieron al gran salón, un espacio cálido con un techo alto de vigas de madera y una gran chimenea. La mesa estaba servida con pan recién horneado, carne asada y jarras de hidromiel.

La esposa de Douglas, Violet, lo saludó con una sonrisa cordial. Su cabello castaño estaba trenzado a los lados, dejando libres algunos mechones que enmarcaban su rostro todavía con un aire juvenil. A pesar de los años y de haber dado a luz varias veces, mantenía una expresión radiante y amable, como si fuera la representación misma de la calidez del hogar.

—Es un honor recibirte de nuevo en nuestra casa, Magnus. Han pasado años desde la última vez.

Las hijas pequeñas de Douglas se acercaron con curiosidad, mirándolo con los ojos brillantes. Una de ellas, se atrevió a hablar:

—¿Es cierto que has matado a un oso con tus propias manos?

Magnus soltó una carcajada y miró a Douglas, quien sonrió divertido.

—No con mis propias manos, pero sí con una lanza —les respondió, inclinándose hacia ellas como si les contara un secreto.

Las niñas rieron emocionadas antes de que su madre las mandara de regreso a sus asientos. Magnus observó a su amigo con su familia y, por primera vez en mucho tiempo, sintió un extraño anhelo. Una sensación desconocida se instaló en su pecho al pensar en Fianna.

¿Sería capaz de construir algo así con ella? ¿Llegaría el día en que su relación dejara de estar envuelta en lucha y fuego para convertirse en algo tan natural como lo que veía en esa mesa?

Douglas colocó una mano firme sobre el hombro de Magnus, y aquel gesto lo sacó de forma inmediata de sus pensamientos.

—Pasarás la noche aquí amigo, festejaremos nuestro encuentro y mañana partirás con las primeras luces del alba. No quiero que el rey crea que me he rendido tan fácilmente.

La risa de Magnus retumbó por toda la sala.

—Tienes razón, no sería creíble si no fuese así, el rey conoce de tu testarudez.

Ambos rieron por aquel comentario.



Gran parte de la tarde la pasaron cazando por los alrededores, olvidándose por unas horas de la presión que significaba ser un *laird*, y entrar en los juegos políticos de su rey, simplemente se dedicaron a ser dos camaradas que disfrutaron de su encuentro tras pasar varios años sin verse.

—Escuché rumores sobre tu matrimonio, pero no esperaba que fueran ciertos —dijo Douglas con una media sonrisa, mientras tiraba de las riendas de su animal para aminorar el paso—. Dime, ¿cómo demonios terminaste casado con una MacKendrick?

Magnus dejó escapar un resoplido y tiró también de las riendas para situarse en paralelo a su amigo.

—No fue planeado, eso seguro. Su padre intentó casarla con su tío, y ella huyó. Terminó cayendo por un desfiladero, la rescaté… y bueno, lo demás ya lo puedes imaginar. Estaba en mis tierras, su clan la buscaba, y el rey ya tenía planes de casarme con otra mujer. Vi una oportunidad y la tomé.

Douglas arqueó una ceja, divertido.

—Así que la obligaste a casarse contigo. No me digas que la pobre mujer estuvo encantada con la idea.

Magnus bufó.

—Encantada no es la palabra. Me odió desde el primer momento. Pelea conmigo a diario, me desafía en cada oportunidad…

Douglas se inclinó hacia él con una sonrisa maliciosa.

—Y, sin embargo, no puedes negarme que se te ilumina el rostro al nombrarla. ¿Te has enamorado, Magnus?

Magnus lo miró en silencio por un momento antes de soltar un suspiro.

—A ti no puedo mentirte, Douglas. La amo con todo mi maldito ser.

Douglas sonrió con satisfacción y le dio una palmada en el hombro.

—Eso explica muchas cosas.

Magnus se pasó una mano por el rostro y luego clavó la vista en su amigo.

—Quiero que la conozcas. Cuando el rey abandone mis tierras y todo vuelva a la calma, quiero que vengas con tu familia a Glen Lyon. Quiero que veas con tus propios ojos a la mujer que ha puesto mi mundo de cabeza.

Douglas rio entre dientes y asintió divertido

—Eso será un espectáculo digno de ver. Cuenta con ello, hermano.



Después de la cena, la familia se reunió junto al fuego. Violet y las niñas se acomodaron sobre unas gruesas pieles extendidas frente a la chimenea, disfrutando del calor que irradiaban las brasas. Douglas y Magnus se instalaron cada uno en uno de los tantos sillones de cuero que había en la estancia con sus copas de *whisky* en mano.

—Cuéntanos una historia, Magnus —pidió la hija mayor de los Cameron—. Nuestro padre nos ha hablado de muchas de vuestras hazañas.

Magnus sonrió con picardía y comenzó a relatar una historia. Contó cuando eran niños, él y Douglas, y habían querido demostrar su valentía encendiendo una antorcha para explorar el viejo granero del castillo. Un simple juego de niños que se convirtió en una catástrofe cuando la paja empezó a arder y ambos tuvieron que sofocar las llamas antes de que alguien los descubriera.

—Por supuesto, vuestro abuelo y mi padre nos descubrió —continuó Magnus, riendo—. Y nos persiguieron con el cinturón en la mano, decididos a darnos un castigo ejemplar.

Las niñas ahogaron risitas y Douglas negó con la cabeza, divertido.

—Pero éramos más rápidos por aquel entonces —añadió Douglas—. Corrimos como demonios y logramos escapar. Jamás nos alcanzaron.

Las carcajadas resonaron en la sala, envolviendo la noche en un aire de nostalgia y camaradería.

—Tuvimos que dormir en el bosque aquella noche en plena temporada de cría de los lobos. —Magnus se levantó para gesticular—. Todavía recuerdo como sollozabas subido a aquel roble.

—Es cierto que lloré desconsoladamente cuando vi a aquella manada de lobos, como también es cierto que tú también lo hiciste —corroboró Douglas.

—Padre, ¿es cierto que lloraste?

—Magnus exagera, solo fue un poquito —contestó a su pequeña mientras acariciaba su pequeño rostro.

—¿Y qué pasó después? —quiso saber la mayor.

—Pues que nuestra familia se preocupo tanto por no llegar a casa aquella noche, que cuando nos encontraron olvidaron lo sucedido en el granero —aclaro Magnus mientras observaba el rostro divertido de las niñas.

—¡Vaya, es una buena historia! —exclamó la menor.

—¡Una buenísima historia! —ratificó la mayor emocionada.

Violet observó la diversión en el rostro de las niñas, emocionadas por la historia, y no pudo evitar sonreír.

—Buena historia o no, no os quiero ver en el granero con una vela, ni mucho menos en el bosque de noche —les dijo a sus niñas.

—Por supuesto que no madre, no soy tan insensata como nuestro padre, soy toda una señorita —contestó la mayor con resolución.

Magnus se reclinó en su asiento, disfrutando del calor del fuego y de la risa que llenaba la sala. Por primera vez en mucho tiempo, se permitió bajar la guardia y simplemente disfrutar del momento. Pero en su mente, una imagen persistía con fuerza: Fianna. Su temperamento rebelde, su risa audaz, la forma en que lo hacía perder la paciencia y, al mismo tiempo, lo llenaba de un deseo incontrolable.

Capítulo 20

La mañana se presentaba fresca y despejada en la fortaleza MacGregor. A través de los ventanales del gran salón, el resplandor del sol iluminaba las largas mesas de madera pulida, donde el desayuno estaba dispuesto con esmero. El aroma del pan recién horneado se mezclaba con el dulzor de las bayas y la calidez del té especiado.

Fianna y Moira compartían la mesa con el rey, quien parecía más relajado que el día anterior. Con un ademán pausado, cortó un trozo de pan y lo untó con miel, observando con discreta curiosidad a la mujer que ahora ostentaba el título de esposa de Magnus MacGregor.

—Decidme, señora MacGregor —dijo finalmente, con una nota de diversión en la voz—, ¿cómo se entretienen en estas tierras? ¿O acaso vuestra vida aquí es tan monótona como la mía en la corte?

Fianna alzó la vista, sin inmutarse por su tono.

—Depende de lo que consideréis monótono, majestad. Yo disfruto entrenando con mi hermana, montando a caballo y saliendo de caza cuando el tiempo lo permite.

El rey arqueó una ceja con una sonrisa interesada.

—He oído que sois una cazadora excepcional.

—Me defiendo —respondió ella con sencillez, sin dejarse llevar por la adulación.

—Pues bien, me gustaría verlo con mis propios ojos. —El rey dejó su taza sobre la mesa y se reclinó en su asiento—. ¿Por qué no me acompañáis en una cacería? Un poco de emoción mientras que esperamos el regreso de su esposo me sentará bien.

Fianna sostuvo su sonrisa, aunque en su interior la propuesta le resultaba inesperada. Sin embargo, no vaciló al responder.

—Será un honor, majestad.

—Maravilloso, era lo que esperaba escuchar.



Horas más tarde, el grupo partió hacia el bosque. Fianna cabalgaba con destreza junto al rey, con Ewan y cuatro guardias reales protegiendo la retaguardia. Al llegar a la ribera del río, desmontaron y avanzaron a pie, así podrían camuflarse para dar caza a alguna de las aves que frecuentaban el bosque.

El monarca y Fianna se alejaron del grupo, avanzando con sigilo entre la maleza. Tras caminar unos metros, se detuvieron tras el tronco caído de un roble centenario, desde donde pudieron observar un grupo de codornices que picoteaba despreocupado entre las raíces expuestas de un árbol no muy lejano.

—Adelante, señora MacGregor. Quiero ver vuestra puntería —susurró el rey, con los ojos brillando de expectación.

Fianna, sin apartar la vista de su objetivo, deslizó una flecha de su carcaj y la montó en el arco. Sus dedos tensaron la cuerda con precisión, dejando escapar una exhalación pausada antes de soltarla. La flecha cruzó el aire con un silbido apenas inaudible, y se hundió limpiamente en el cuerpo de una de las aves, que cayó sin emitir un solo sonido.

El rey la observó con asombro.

—Vuestro esposo no exageró al hablar de vuestra destreza.

Fianna sonrió agradecida por el cumplido, y después avanzó junto a él para recoger la pieza, pero antes de que pudieran tocarla, un sonido gutural y amenazante retumbó entre los árboles. Un gruñido profundo, como si el mismo bosque respirara con furia.

De repente, un enorme jabalí emergió de la espesura, con sus ojos oscuros centelleando con fiereza.

En un parpadeo, la bestia cargó, y el rey apenas tuvo tiempo de reaccionar.

Trató de apartarse, pero la embestida lo arrojó al suelo con violencia, y un grito ahogado escapó de sus labios al sentir el filo de los colmillos rasgar su brazo. Con la respiración entrecortada, sacó su cuchillo y lo sostuvo con firmeza, preparándose para el ataque final.

Fianna levantó su arco de inmediato, con su mente analizando la situación a una velocidad vertiginosa. Sabía que un solo disparo podía matarlo, pero también sabía que el orgullo del rey no soportaría ser rescatado por una mujer. Si disparaba, lo humillaría. Si dudaba, podía costarle la vida.

El jabalí resopló, raspando la tierra con sus patas antes de lanzarse de nuevo sobre su presa.

Fianna inhaló con fuerza y soltó la cuerda.

La flecha voló con precisión y se hundió en el ojo de la bestia, que soltó un chillido agónico antes de desplomarse sin vida.

El silencio cayó como un manto sobre el bosque, hasta que el sonido de cascos apresurados rompió la calma.

Cuando Ewan y los demás hombres irrumpieron en la escena, con sus espadas desenvainadas, observaron a su alrededor con urgencia tratando de averiguar qué era lo que había sucedido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ewan, con la mirada alerta y el filo de su *claymore* aún en alto.

Fianna se giró lentamente. Miró al rey, al jabalí, y luego a su grupo de hombres. En su interior, aún sentía la adrenalina palpitando en sus venas, pero su voz se mantuvo serena cuando dijo:

—El rey ha matado al jabalí con un disparo perfecto, y nos ha salvado la vida.

Los soldados observaron la escena sorprendidos, hasta que estallaron en vítores. Aplaudieron el coraje del rey, celebrando su hazaña sin notar la discreta sonrisa que esbozó en respuesta.

El monarca, evadió a sus hombres y se acercó hasta Fianna con lentitud. Sus ojos la estudiaron con intensidad antes de inclinarse y susurrarle al oído:

—Ahora entiendo lo que Magnus ha visto en usted, Fianna.

Ella sostuvo su mirada con seriedad, y tras asentir con cortesía respondió de forma humilde:

—El clan MacGregor siempre estará aquí para usted, majestad.

El rey la observó por un momento más, con un gesto indescifrable. Había conocido a muchas mujeres en su vida, pero ninguna como ella. No solo era valiente y hábil, sino que tenía un espíritu noble y una inteligencia afilada. Magnus MacGregor no solo había encontrado una esposa, sino a una igual. Con un último asentimiento, el monarca se apartó, llevando consigo una nueva admiración por la mujer que acababa de salvarle la vida.

Capítulo 21

Bruce MacKendrick observaba la llanura desde la cima de una colina, con su semblante endurecido por la ira contenida. Uno de sus hombres se acercó con premura, inclinándose hacia él con urgencia.

—Mi señor, Magnus MacGregor partió esta mañana del territorio Cameron. Viene en camino a su fortaleza con un grupo reducido de hombres.

Una sonrisa cruel se dibujó en el rostro de Bruce. Era la oportunidad que había estado esperando. Apretó el puño sobre la empuñadura de su espada, y miró a su capitán.

—Reúne a los hombres. Nos adelantaremos y esperaremos en el paso de Blackride. Si Magnus muere hoy, su fortaleza también caerá.

El plan estaba trazado. Magnus no tenía posibilidad de escapar.



Magnus cabalgaba con firmeza al frente de su grupo, con la mirada fija en el horizonte. El viaje había sido pesado, y anhelaba el momento de cruzar las puertas de Glen Lyon y encontrar descanso en su hogar. Pero la sensación de inquietud que lo había acompañado desde que partió de las tierras Cameron se hacía más fuerte.

—Algo no me gusta —gruñó Bailey, acercándose a él con la mirada alerta—. Demasiada calma.

—Lo sé —respondió Magnus en voz baja—. Mantente atento.

Pero el ataque llegó antes de que pudieran reaccionar.

De entre los árboles, una lluvia de flechas silbó en el aire, y dos de los hombres de Magnus cayeron al suelo antes de que pudieran desenvainar sus espadas.

La emboscada se desató en cuestión de segundos. Desde la ladera surgieron hombres armados con espadas, lanzas, y sus estandartes marcados con el blasón de los MacKendrick.

—¡Formación! —rugió Magnus, girando su montura con rapidez mientras desenvainaba su *claymore*.

El choque fue brutal. El metal chirrió contra el metal, los gritos de guerra y el bramido de los caballos llenaron la espesura del bosque.

Magnus se lanzó contra el primer hombre que intentó atacarlo, y su *claymore* se clavó sin piedad hasta la carne y el hueso. Pero los enemigos eran demasiados.

Bailey luchaba con la fiereza de un lobo acorralado, a pesar de su juventud. Su filo sesgaba vidas con cada golpe, pero aun así estaban en minoría y en clara desventaja.

Uno a uno, los hombres de Magnus fueron cayendo, al igual que lo hicieron la posibilidad de salir de allí con vida.

Magnus sintió el impacto de una espada en su costado, pero se mantuvo en pie. Su visión se nubló un instante, pero no tenía tiempo para el dolor. Giró su arma y atravesó a su atacante sin dudar.

La sangre caliente corría por su costado, empapando su ropa. Y cuando se llevó la mano a la herida, fue consciente de que era grave. Su caballo relinchó con desesperación, sintiendo la angustia de su jinete.

Magnus sabía que la batalla estaba perdida. Sus hombres yacían en el suelo, y los pocos que quedaban apenas resistían.

Miró hacia lo alto de un ribazo, y allí estaba Bruce MacKendrick, que montado en su caballo negro, lo observaba todo con una sonrisa de satisfacción.

—No puedes ganar, MacGregor —espetó Bruce, con su *claymore* en alto—. Hoy es el día en que pagas por todo lo que me has arrebatado.

Magnus respiró con dificultad. Sus fuerzas menguaban. Pero si iba a morir, lo haría peleando.

Espoleó su caballo y se lanzó hacia Bruce con un grito de guerra.

Sus espadas chocaron con furia, y el acero vibro con cada golpe. Magnus sintió cómo su cuerpo se debilitaba, pero se negaba a ceder. Con un último esfuerzo, logró derribar a Bruce de su montura, pero su propia visión se tornó borrosa.

El sonido del combate se diluyó en un zumbido lejano. Sabía que no resistiría mucho más, y si caía en el bosque todo estaría perdido.

Pensó en Fianna, y aquello lo hizo reaccionar. Con lo último de su energía, giró su caballo y huyó al mismo tiempo que gritaba la retirada para los pocos hombres que habían quedado con vida.

Los guerreros de Bruce intentaron seguirlo, pero el semental de Magnus era veloz y conocía los caminos mejor que nadie.

Cada segundo sobre la silla era un tormento para el *laird.* Su costado ardía como el fuego del infierno, y la sangre seguía fluyendo.

No sabía cuánto tiempo llevaba galopando cuando las puertas de Glen Lyon se alzaron ante él como un espejismo.

Sus hombres en la muralla lo vieron aproximarse y se apresuraron en abrir las puertas para recibir a su señor.

Cuando finalmente Magnus cruzó el umbral, su cuerpo ya no pudo más, el mundo se tornó oscuro a su alrededor, y aunque trató de aferrarse a su montura, su cuerpo ya no le obedecía.

Capítulo 22

Fianna recorría las caballerizas con paso tranquilo tras la cacería, disfrutando del sonido de los caballos resoplando y del leve aroma a heno fresco. El rey, de buen humor después de su jornada en el bosque, conversaba con ella sobre la destreza de su disparo, cuando un grito desgarró la calma del castillo.

La sensación de que algo terrible acababa de suceder se instaló en su pecho como un peso insoportable. Sus ojos se encontraron fugazmente con los del rey, y sin esperar más, echó a correr.

Su respiración se tornó entrecortada mientras su falda ondeaba tras ella con cada zancada.

Cuando llegó a la puerta principal, encontró una multitud reunida en un círculo cerrado. El murmullo inquieto de los hombres, la pusieron aún más nerviosa.

—¡Apartaos! —exigió empujando con fuerza a quienes se interponían en su camino.

Su corazón se detuvo al verlo.

Magnus yacía en el suelo. Su gran cuerpo estaba desplomado sobre la piedra, con sus ropas manchadas de sangre oscura. Su piel, normalmente cálida, estaba pálida como la nieve recién caída, y su pecho apenas se movía.

Fianna cayó de rodillas a su lado, y con su mano temblorosa acarició su rostro cubierto de sudor y polvo.

—¡Magnus! —su voz se quebró al pronunciar su nombre.

Sus dedos presionaron suavemente su mejilla, intentando encontrar cualquier atisbo de respuesta. Pero él no reaccionó.

El temor la embargó de tal forma, que sintió que el oxígeno abandonaba sus pulmones. No podía perderlo. No, no así.

—¿Está vivo? —preguntó el rey a Fianna con alarma en su voz.

—Sí, pero su respiración es muy débil.

En ese momento, el sonido de unos cascos resonó a su alrededor, y justo cuando Fianna alzó la vista, pudo ver a Bailey y a dos guerreros más que llegaban tambaleándose a la fortaleza. Ellos también estaban heridos, sus rostros cubiertos de sudor, y sus ropas rasgadas.

Bailey tubo que sujetarse de uno de los soldados para no desplomarse mientras desmontaba.

—¿Qué ha sucedido? —La voz de Fianna salió más feroz de lo que pretendía.

Bailey intentó regular su respiración antes de responder, con su rostro endurecido por la culpa y la impotencia.

—Bruce… nos tendió una emboscada en el paso de Blackride. Nos superaban en número, no tuvimos oportunidad. —Su voz se quebró por la frustración—. Magnus luchó hasta el final, y a penas tuvimos tiempo para huir.

Fianna sintió el frío recorrerla al completo. Todo su cuerpo temblaba, pero no podía permitirse el lujo de quebrarse. No en aquel momento que debía ser fuerte ante su clan.

Se obligó a inhalar con profundidad y alzó la mirada con decisión.

—¡Llevad al *laird* a sus aposentos ahora mismo! —su orden resonó con una autoridad inquebrantable—. Y traed al médico de inmediato. ¡Rápido!

—Traigan a mi médico personal, siempre viaja conmigo —dijo el rey a los hombres.

Los guerreros se apresuraron a obedecer. Levantaron con cuidado a Magnus y lo llevaron hacia el interior del castillo.

Fianna y el rey los siguieron de cerca, mientras que ella sentía como su corazón latía a un ritmo desenfrenado.

Una vez dentro de la fortaleza, atravesaron la entrada y subieron las escaleras lo más rápido que pudieron.

—¡Fianna! —La voz angustiada de Moira la hizo detenerse un instante. Su hermana apareció en el pasillo, con su rostro desencajado por el terror al ver la escena—. ¿Qué ha sucedido?

Fianna mordió su labio, conteniendo las lágrimas que amenazaban con brotar.

—Bruce ha roto el trato. Nos tendieron una emboscada —dijo con la voz impregnada de furia—. Han querido matarlo… y casi lo logran.

Moira se llevó una mano al pecho, su mirada iba de su hermana al rey, y a los hombres que transportaban a Magnus.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó, con un hilo de voz.

Fianna no dudó.

—Vengarnos. —Su respuesta fue un susurro gélido, lleno de una promesa oscura—. Esto no quedará así.

—¡No puedes hacer nada, Fianna! —La voz del rey resonó con autoridad mientras subía los escalones tras ella. Sus ojos se clavaron en los suyos con una advertencia implícita—. No permitiré una guerra entre clanes. Este asunto lo resolveré yo mismo.

Fianna se volvió hacia él, con su mirada ardiendo con la misma fiereza de una tormenta en el mar. La rabia le quemaba la piel, el odio bullía en su interior como un veneno letal. Pero no era el momento de discutir, no cuando la vida de Magnus pendía de un hilo. Así que, en vez de responder, simplemente inclinó la cabeza en aparente aceptación y siguió su camino.

Pero en su mente, la decisión ya estaba tomada.

No permitiría que nadie decidiera por ella. Y menos aún, que su venganza le fuera arrebatada.

Con Moira a su lado, entró en la alcoba donde habían depositado a Magnus. Se acercó a la cama y tomó su mano con firmeza. Sus dedos estaban fríos, pero él aún estaba allí. Apretó su mano con suavidad, como si con ese gesto pudiera infundirle fuerzas.

—Vas a salvarte, Magnus —dijo con convicción—. Y después, haré que Bruce MacKendrick pague por cada gota de sangre que has derramado.

Moira se sentó a su lado, en silencio, compartiendo su dolor, y su rabia

El médico personal del rey llegó poco después, su semblante severo reflejaba la gravedad de la situación. Con un gesto firme, despejó la estancia, ordenando a todos que salieran de ella a excepción del rey y Fianna.

Se inclinó sobre Magnus, para examinarlo con rapidez, pero con precisión. Sus dedos recorrieron las heridas, evaluando el daño. Su rostro se mantenía impasible, aunque su ceño se frunció ligeramente. Actuó con destreza, limpiando las laceraciones y cosiendo los desgarros con manos expertas. Aplicó ungüentos sobre la piel herida y vendó con cuidado el torso de Magnus.

Fianna no apartó la vista ni un solo instante. Cada puntada que el médico daba, cada suspiro entrecortado de su esposo, la hacían sentir impotente y al mismo tiempo más enfadada. Se negaba a pensar en la posibilidad de perderlo.

Cuando el médico terminó, dejó escapar un leve suspiro y se enderezó.

—Está estable, pero ha perdido mucha sangre. Su cuerpo está frío, necesitaremos mantener la habitación caldeada y asegurarnos de que no sufra una fiebre fatal. Vigílenlo de día y de noche hasta que despierte, y si algo pasase avísenme en la mayor brevedad posible. Es lo único que podemos hacer ahora.

Fianna asintió, con sus manos apretadas sobre su regazo. Miró a Magnus, que permanecía inmóvil sobre la cama, pálido, y tan frágil… jamás lo había visto así.

—Siento mucho lo sucedido señora MacGregor. Créame cuando le digo que aclararé este asunto sin demora.

—Agradezco sus palabras, majestad. Pero le seré franca. No deseo su ayuda. —El rey abrió mucho los ojos al no dar crédito a lo que escuchaba—. Como señora de este clan, yo misma solucionaré mis contiendas. Además, la reyerta ha sido con mi familia.

—Entiendo su disgusto, pero no le permitiré que actúe de forma impulsiva, como su rey le prohíbo que haga nada. Su deber como mujer es quedarse junto al lecho de su esposo y esperar a que despierte. Y si no fuese así…

—¡Despertará, eso se lo aseguro! —exclamó al mismo tiempo que se acercaba al rey para mirarlo a los ojos por primera vez desde

que habían entrado en la estancia—. Magnus es fuerte, más fuerte que nadie que haya conocido hasta el momento, y saldrá de esta.

—Tiene que saber que, si Magnus fallece no hay descendiente que pueda ocupar su lugar, y estará a mi merced.

—¡Le he dicho que no fallecerá! Y mientras se recupera, yo me haré cargo del clan como su señora.

—Bien, pues como señora de este clan me debe obediencia y lealtad.

—Respetaré las palabras de mi esposo, pero actuaré a mi parecer.

—Señora MacGregor, le pido que recapacite sus palabras. Recuerde que está ante un rey.

Fianna se tensó y apretó los puños, le estaba costando demasiado contenerse ante aquella situación. Ningún rey la privaría de la venganza por lo sucedido.

En ese momento, alguien tocó a la puerta interrumpiendo la tensa conversación. Sin apartar los ojos del rey, Fianna dio una voz, invitando a entrar a la persona que estaba al otro lado de la puerta.

Bailey, apareció con el brazo vendado, y con un aspecto deplorable.

—¿Cómo está el *laird*, mi señora? —preguntó con preocupación en el rostro.

—Estable —fue lo único que pudo responder, pues ni ella misma sabía cómo estaba su esposo.

—Le traigo esto. —Bailey extendió un pergamino enrollado y Fianna lo cogió mientras que miraba a Bailey con curiosidad.

—Es el acuerdo con los Cameron.

Fianna apretó la mandíbula, y sintió la ira recorrerle el cuerpo. Por aquel insignificante pergamino, su esposo casi había perdido la vida.

—Gracias Bailey, puedes retirarte —le dijo sin levantar la vista del documento sobre su mano.

Bailey asintió y abandonó la estancia, y una vez a solas de nuevo con el monarca, Fianna se dirigió a él de nuevo:

—Aquí tiene lo que tanto ansiaba, y la prueba de la lealtad de mi marido con usted. —Fianna extendió el pergamino y el rey lo cogió

automáticamente.

Desanudó la cuerda de cuero que lo rodeaba, y lo desenrolló para leerlo en silencio, mientras una pequeña sonrisa casi imperceptible se dibujaba en su rostro.

—Ahora ya puede abandonar Glen Lyon sin demorar más su estancia. Ya tiene lo que había venido a buscar, y me gustaría poder atender a mi esposo como se merece.

El monarca sintió la frialdad de aquella mujer, la misma que horas antes le había salvado la vida, y que además no había permitido que fuese humillado ante sus hombres, y solo por eso decidió respetar sus palabras, aun a sabiendas de que no eran las adecuadas para dirigirse a un rey.

—Entiendo su dolor, señora, y partiré de inmediato. No quiero que por atenderme a mí o a mis hombres descuide a su esposo, y eso entorpezca su recuperación. Esperaré noticias suyas.

—Gracias señor. —Fianna hizo una forzada, pero elegante reverencia, y después sin darle más importancia al monarca, se arrodilló junto a la cama de su esposo para agarrar su mano.

El monarca se sintió ofendido. Jamás una mujer lo había tratado con tanta indiferencia, y fue entonces cuando entendió que Fianna podía ser peligrosa si no conseguía doblegarla de inmediato.

Abandonó la estancia con aire arrogante, y caminó erguido por el pasillo, hasta que se cruzó con Moira que se dirigía a los aposentos de *laird* para acompañar a su hermana.

Moira, al ver al monarca, le hizo una reverencia y se detuvo ante la mirada escrutadora de él.

Jacobo observó por primera vez a Moira con otros ojos, mientras en su mente comenzaba a urdirse un plan que lo beneficiaría en varios aspectos.

—Dígame, señorita MacKendrick, ¿cuántos años tiene? —preguntó directo sembrando el desconcierto en la joven.

—Dentro de un par de semanas cumpliré los dieciséis, majestad.

—Tengo entendido que pronto regresará con su padre.

—Así es majestad, solo espero que me permitan quedarme hasta que el *laird* se recupere. Me gustaría acompañar a mi hermana en estos momentos tan difíciles.

—Por supuesto, es lo que debe de hacer una hermana. Quizá nos veamos pronto, señorita MacKendrick, en las tierras de su familia, hace tiempo que no las visito.

—Estoy segura de que será un gran honor para mi padre.

—Yo también estoy seguro de ello.

Sin más el monarca se marchó dejando una sensación incómoda en Moira.

Que un monarca se interesase en la edad de una joven, no podría ser para otra cosa que averiguar si ella se encontraba en edad casadera, o al menos eso fue lo que sospechó Moira. Sintió los nervios recorrerle el cuerpo al pensar en aquello, y supo que debía decírselo a su hermana sin demora.

Capítulo 23

Moira avanzó con pasos silenciosos por la alcoba, conteniendo la respiración al ver la figura de su hermana encorvada junto a la cama. La tenue luz de las velas iluminaba el rostro de Fianna, marcando el rastro de sus lágrimas en sus mejillas pálidas. Era una imagen que Moira jamás olvidaría: la indómita guerrera que siempre había admirado ahora rota por el miedo y el dolor.

Se arrodilló junto a ella, envolviendo sus manos frías entre las suyas.

—Estoy aquí, Fianna —susurró con dulzura—. No voy a dejarte.

Fianna tembló y apartó la mirada, avergonzada de su propia debilidad. Pero al sentir el calor reconfortante de Moira, su coraza comenzó a resquebrajarse. Dejó escapar un suspiro entrecortado y apoyó la frente en el hombro de su hermana.

—No quiero que te vayas —expresó con voz ahogada—. No quiero quedarme sola.

Moira acarició su cabello con ternura.

—No lo harás. Me quedaré el tiempo que sea necesario. No me importa lo que opine padre.

El silencio se extendió entre ellas, roto solo por el crujido de las llamas en la chimenea. Moira tomó aire y decidió hablar.

—Fianna… hay algo que debo decirte. —Su tono vaciló por un instante—. Me he cruzado con el rey en el pasillo, y me ha hecho preguntas sobre mi edad y sobre mi regreso a casa. Tengo la impresión de que está considerando una alianza con nuestra familia.

Fianna alzó la cabeza de golpe. Su mirada, que momentos antes estaba nublada por la tristeza, ardió con una furia descontrolada.

—Pretende desposarte con alguno de sus clanes aliados, estoy segura. Quiere controlarnos, él sabe que tú eres mi debilidad, y hoy le he demostrado que, aunque sea mi rey, yo tengo mis propias opiniones. No volverás a esa casa. —Su voz fue firme y segura—. Si nuestro padre te quiere de regreso, tendrá que venir él mismo a buscarte. Y te juro que no lo permitiré.

Moira sintió que la preocupación la recorrió al completo, pero encontró seguridad en la fiereza de su hermana. Se abrazaron, y se quedaron así unos segundos en los que ambas se sintieron reconfortadas en el calor de la otra.

Pasaron la noche juntas velando a Magnus. Moira se acomodó en un sillón junto al fuego, y Fianna se tumbó a los pies de la cama de su esposo mientras sujetaba su mano. Trató de mantenerse despierta, pues no deseaba perderlo de vista, pero los ojos se le cerraron unos segundos, y no pudo evitar quedarse dormida.



La primera luz del amanecer filtró su resplandor a través de las gruesas cortinas cuando Aila entró en la estancia con pasos sigilosos, con un balde de agua caliente, y unas hierbas curativas. Pero al ver a Fianna en aquella posición, suspiró con ternura, y tras dejar las cosas sobre la mesita, se acercó con suavidad.

—Mi señora… —susurró, posando una mano sobre su hombro.

Fianna parpadeó, desorientada. Se irguió de inmediato y miró a Magnus, esperando encontrar algún cambio, pero él seguía inmóvil. Parecía tranquilo, y su respiración acompasada.

—Debe descansar, mi señora —sugirió Aila con dulzura—. No servirá de nada si cae enferma.

Fianna negó con la cabeza, antes de contestar.

—No tengo tiempo para descansar, ni tan siquiera para seguir velando a mi esposo. —Ella se levantó con energía de la cama—. Necesito que te quedes aquí Aila. Cuida de Magnus, Moira te ayudará, y si hubiese algún cambio ven a buscarme de inmediato.

Fianna se alisó el vestido lo mejor que pudo, retocó su peinado ante el espejo, y salió con paso firme de la estancia con la intención de encontrar a Ewan.

Lo encontró en la sala de reuniones que estaba junto a las caballerizas. Estaba junto a Bailey, y ambos se encontraban inclinados sobre un gran mapa de las tierras altas. La expresión de Ewan y Bailey se endureció al verla entrar, pero ambos se pusieron de pie con respeto.

—¿El rey ya ha partido? —preguntó ella sin demora.

—Sí, hace apenas unas horas —respondió Ewan, cruzándose de brazos—. Se llevó a sus hombres y dejó dicho que espera noticias de la recuperación del *laird*.

Fianna asintió.

—¿Con cuántos hombres contamos? —preguntó Fianna sin rodeos.

—Más de quinientos —contestó Ewan intuyendo los pensamientos de Fianna.

—Movilizaremos a los hombres de inmediato. Nos presentaremos ante las puertas del castillo de mi padre y exigiremos la cabeza de Bruce. Si se niega… asaltaremos la fortaleza —declaró con voz firme.

Bailey levantó una ceja, sorprendido por la ferocidad de su declaración, pero Ewan sonrió con aprobación.

—Deberíamos esperar a que el *laird* despierte —sugirió Bailey.

—No estoy de acuerdo. Si atacamos de inmediato, no lo esperaran.

—Sabía que dirías eso —Bailey observo a Ewan fijamente, y después se dirigió a Fianna—. Debe saber que una guerra así traerá consecuencias.

—Ya estamos en guerra Bailey, lo que pasa es que no te has dado cuenta —replicó Fianna—. No dejaré que piensen que pueden atacar a mi esposo y salir impunes.

Ewan asintió, y tras un momento de silencio, declaró:

—La apoyaré ante los hombres y ante la batalla, mi señora.

Bailey golpeó la mesa con decisión.

—Yo también la apoyaré. A muerte.

Fianna sintió que su pecho se hinchaba con una emoción indescriptible. Aquellos eran sus guerreros, eran su clan y su nueva familia, y las familias cuidaban los unos de los otros.

Capítulo 24

El sol se encontraba en su punto más alto cuando el ejército de los MacGregor llegó ante las imponentes puertas del castillo MacKendrick. La brisa de las Tierras Altas soplaba con fuerza, agitando los estandartes y revolviendo la tierra bajo los cascos de los caballos.

Fianna cabalgaba al frente de su ejército, vestida con una armadura ligera que realzaba su figura esbelta pero firme. Llevaba pantalones de cuero oscuro ajustados a sus piernas, y una túnica de tonos oscuros ceñida a la cintura con un cinturón de metal. Su cabello rojo flameaba al viento, sujeto únicamente por una delgada trenza que evitaba que cayese sobre su rostro. A su espalda, descansaba su carcaj lleno de flechas, y su arco, y amarrado a su cinturón de cuero: su *claymore* en su vaina, pero sus manos enguantadas se aferraban con fuerza a las riendas de su caballo, un tordo imponente que relinchó ansioso, como si sintiera la rabia contenida en su jinete.

Los hombres que la acompañaban la observaban con respeto. No solo porque era la esposa de su *laird*, sino porque era una guerrera, alguien que estaba dispuesta a liderar la batalla por su clan.

Cuando se detuvieron frente a la puerta levadiza, un silencio expectante se apoderó del lugar. Desde lo alto del muro de piedra, una figura apareció con una sonrisa ladina y burlona: Bruce MacKendrick.

—¡Vaya, vaya! —exclamó con fingida sorpresa—. Mirad lo que tenemos aquí. Si no es otra que la perra de los MacGregor. ¿Acaso tu

marido ha muerto ya y vienes a rendirte ante mí?

Fianna apenas parpadeó ante la provocación y sus labios se curvaron en una sonrisa fría, pero desafiante.

—No tengo nada que hablar contigo, querido tío —declaró con cierto tono de mofa—. Exijo hablar con el *laird* de los MacKendrick, mi padre.

Bruce rio, con un sonido grave y carente de humor.

—Ah, ¡qué despiste el mío! —exclamó llevándose una mano al pecho con fingida indignación—. Nadie te ha informado, ¿cierto? Tormund MacKendrick murió en su lecho, víctima de una extraña enfermedad. Ahora, soy yo quien lidera este clan.

El corazón de Fianna se contrajo con sorpresa y un dolor inesperado. No podía ser cierto.

¿Su padre muerto? Un vacío inesperado se instaló en su pecho. Era cierto que no había sido un buen padre cuando la prometió con su propio tío, pero al final, siempre había sido su sangre.

Pero la sospecha la atravesó al instante. Su padre había estado fuerte la última vez que lo vio. Así que una muerte repentina en el lecho no terminaba de cuadrar en su mente.

Observó a Bruce sobre lo alto del muro, y lo estudió con detenimiento. Sabía que era un hombre codicioso y hambriento de poder, y no le extrañó en absoluto que él mismo hubiese sido el causante de la muerte de su padre.

—Es curioso que nadie me lo haya informado —dijo con tono gélido.

Bruce inclinó la cabeza con una sonrisa socarrona.

—Los tiempos han sido difíciles, sobrina. No tuve tiempo de enviar mensajeros. Aunque te doy mis condolencias—. Sus ojos la recorrieron con burla—. Pero ya que has venido hasta aquí, ¿qué es lo que deseas? ¿Entregar tu espada y someterte a mi liderazgo?

Fianna se mordió el labio sintiendo como la furia recorría su cuerpo y se anidaba en sus entrañas.

—Quiero tu rendición —sentenció—. Que depongas las armas y entregues el castillo. Si lo haces, quizás te permita vivir.

Las carcajadas de Bruce resonaron en la muralla.

—¡Ah! ¡Esto es un espectáculo! —exclamó mientras sus hombres también reían—. ¿De verdad crees que voy a entregarte lo que ahora me pertenece? Tendrás que arrancarlo de mis manos muertas, perra MacGregor.

Fianna sostuvo su mirada, con su expresión inmutable.

—Está bien, después no dirás que no te lo he advertido —le dijo con una tranquilidad y un tono amable que para nada sentía en absoluto.

No le daría la satisfacción de que él se diera cuenta de lo mucho que le dolía toda aquella situación.

Se encontraba a los pies de la fortaleza que un día fue su hogar, y ante su tío, al que siempre había considerado un protector. El que le había enseñado a sujetar una espada y a cazar, y ahora se había convertido en un enemigo.

Con un movimiento de su mano, giró su caballo y se retiró junto a Ewan y Bailey.

Al alejarse unos metros, su respiración se volvió más pesada, pero mantuvo la compostura, no dejaría que su clan la viese flaquear.

Le dolía la muerte de su padre, y no podía evitarlo, y aunque siempre había sido duro con ella, y jamás le dio el amor que merecía, seguía siendo su padre.

Había momentos en los que lo había amado, en los que lo había admirado… y ahora se había ido para siempre.

Ewan la observó de reojo, notando la rigidez en su cuerpo.

—¿Está bien? —preguntó con cautela.

Fianna tragó saliva y asintió, recuperando su expresión de hielo.

—Sí. Pero Bruce pagará por lo que ha hecho. No solo por Magnus, sino por todo.

Ewan y Bailey asintieron con gravedad.

—¡Nos preparamos para el ataque! —ordenó Fianna con voz firme y alta para que la escuchasen sus guerreros—. ¡No nos iremos sin su cabeza!

Ewan sonrió con ferocidad, y los gritos de los hombres se escucharon por todo el valle.

—¡Así se habla, mi señora! —exclamó Bailey.

Fianna observó la fortaleza por última vez con la pena instada en su cuerpo. Era hora de demostrar que no solo era una guerrera, sino también una líder.

—Nos dividiremos en dos grupos —anunció con su mirada fija en la fortaleza que ahora era enemiga—. El grupo más grande atacará la puerta principal, mantendremos a Bruce distraído y concentrado en nosotros. Quiero que vea mi rostro y no sospeche lo que realmente estamos planeando.

Ewan asintió con aprobación, mientras Bailey cruzaba los brazos sobre su pecho, esperando más instrucciones.

—El segundo grupo, más reducido, se dirigirá al flanco derecho del castillo. Sabemos que hay una puerta más pequeña, más fácil de derribar. —Fianna giró su rostro hacia Bailey—. Tú liderarás ese grupo. Hemos traído caballos de trabajo y cadenas resistentes. Las ataréis a la puerta y la arrancaréis de su sitio. Cuando estéis dentro, abriréis la puerta principal para que entremos el resto.

Bailey asintió con seriedad.

—Me encargaré de ello, mi señora. No fallaremos. Pero me gustaría sugerirle que se mantenga en la retaguardia. Si usted cae, todo el clan caerá.

—Ninguno de nosotros caerá hoy Bailey, no lo dudes.

Fianna respiró hondo y recorrió con la mirada a sus hombres. Eran guerreros duros, leales, dispuestos a luchar y morir si era necesario, y la seguridad que tenía en si misma se fortaleció.

—Mientras atacáis la puerta lateral, los arqueros del frente lanzarán flechas encendidas hacia el interior de la fortaleza. Quiero el caos dentro de esos muros. —Fianna señaló su objetivo—. Bruce debe creer que el ataque viene de frente, sin imaginarse que la verdadera amenaza está tras sus espaldas.

Ewan sonrió de lado.

—Una estrategia inteligente, mi señora.

—Bien, eso es todo —dijo Fianna, ajustando las riendas de su caballo—. Es hora de tomar lo que nos pertenece.

Ewan y Bailey intercambiaron una última mirada antes de separarse para preparar a los hombres. Fianna observó la fortaleza

una vez más, con el viento agitando su pelo y la rabia encendida en su pecho.

Bruce no viviría para ver otro amanecer.

Capítulo 25

Magnus despertó con una sensación de vacío en el pecho, como si su propio cuerpo le pesara más de lo normal. El dolor lo atravesó con la fiereza de una hoja afilada en cuanto intentó moverse, arrancándole un gruñido ahogado. Sus músculos estaban rígidos, su torso ardía con una punzada insoportable, y su mente tardó unos segundos en aclararse.

Giró la cabeza con esfuerzo y vio a Moira sentada en una silla junto a la cama, con las manos entrelazadas en su regazo. Aila estaba de pie a un lado, con el ceño fruncido y una expresión de preocupación.

—¿Dónde está Fianna? —preguntó con la voz ronca, sintiendo cómo su pecho se tensaba de inmediato.

Moira bajó la mirada, mordiéndose el labio inferior. El silencio que se instaló en la habitación le hizo hervir la sangre. Intentó incorporarse, pero una oleada de dolor lo atravesó, obligándolo a soltar una maldición entre dientes. La habitación pareció girar a su alrededor.

—Moira… respóndeme —exigió con un tono más oscuro, y con su paciencia agotándose.

La joven tragó saliva y, con evidente nerviosismo, confesó:

—Se ha marchado con los hombres, piensa enfrentar a Bruce.

El aire pareció desaparecer de sus pulmones. Durante unos segundos, la habitación entera quedó en completo silencio, salvo por el violento latido de su propio corazón. Magnus sintió que la ira se mezclaba con el miedo en su interior. Su mandíbula se tensó con

tanta fuerza que sintió que le dolía, y sus manos se cerraron en puños sobre las sábanas.

—Esa maldita mujer… —gruñó con la mirada encendida de rabia—. ¿Es que no puede comportarse como una esposa normal?

Moira y Aila intercambiaron una mirada fugaz, pero ninguna se atrevió a decir nada.

Magnus sentía cómo la humillación le quemaba por dentro. Él era el *laird*, el líder del clan. Era él quien debía estar al frente de esa contienda, no su esposa. ¿Con qué derecho se había marchado sin él? ¿Cómo podía ser tan inconsciente? El pensamiento de que Fianna estuviera en peligro, que pudiera perderla… era una idea insoportable.

El miedo le oprimió el pecho como un puño de hierro, pero lo disfrazó de ira. Necesitaba salir de allí. Necesitaba alcanzarla antes de que fuera demasiado tarde.

Con brusquedad, se giró hacia Aila.

—¡Llama al médico, ahora! Iré tras ella.

—Señor, no es prudente —intentó advertir Aila, pero la mirada feroz de Magnus la hizo callar de inmediato.

Cuando el médico llegó, intentó disuadirlo, argumentando que su cuerpo no estaba en condiciones para cabalgar, que la herida aún era reciente y que arriesgarse en ese estado podía costarle la vida. Pero Magnus no estaba dispuesto a escuchar razones.

—Haz lo que te digo —ordenó con voz fría—. No pienso quedarme aquí mientras mi esposa enfrenta sola la guerra que me correspondía a mí.

El médico suspiró con resignación y sacó un frasco con un líquido espeso y oscuro. Magnus bebió la mezcla amarga sin rechistar, sintiendo el ardor recorrerle la garganta. Luego, vendó su torso con firmeza, lo suficientemente apretado como para permitirle moverse sin que la herida volviera a abrirse.

Cada movimiento era una tortura, pero la desesperación lo impulsaba más que el dolor. Se vistió con dificultad, sintiendo el sudor perlándole la frente. Cada prenda que se colocaba sobre su cuerpo herido era una carga más, pero no se detuvo.

Al llegar a los establos, los mozos lo miraron con incredulidad cuando lo vieron sujetar las riendas de su caballo.

—Señor, aún no está en condiciones…

—¿Acaso te he preguntado? —gruñó Magnus con los dientes apretados.

Sin más, se montó en su caballo, ignorando la punzada que recorrió su costado. El animal se removió con nerviosismo al sentir la inestabilidad de su jinete, pero Magnus no dudó. Tiró de las riendas y salió al galope, con el viento azotando su rostro y el dolor ardiendo en cada fibra de su ser.

Capítulo 26

El estruendo de la batalla resonaba en el aire cuando Fianna —con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho—, se mantuvo firme al frente de sus hombres.

La noche comenzaba a cubrir el castillo de los MacKendrick, y las llamas de las antorchas oscilaban con el viento, iluminando los rostros tensos de los guerreros. Desde lo alto de la muralla, los arqueros enemigos disparaban, pero la distracción en la puerta principal había funcionado. Bruce creía que el ataque era frontal, sin percatarse de que el verdadero peligro venía de su flanco derecho.

Bailey y su grupo, con los caballos de tiro y las gruesas cadenas, avanzaron bajo la oscuridad hasta la puerta lateral del castillo. Sigilosos, ataron las cadenas al portón reforzado y, con un grito de mando, hicieron que los caballos tiraran con toda su fuerza. La madera crujió, resistiéndose por unos instantes, pero con un último tirón, la puerta estalló.

—¡Adelante! —bramó Bailey, alzando su espada mientras sus hombres irrumpían en el castillo como una tormenta desatada.

Desde la entrada principal, Fianna escuchó el estruendo y supo que era su momento.

—¡Ahora! —gritó, alzando su espada al cielo.

Los arqueros MacGregor lanzaron una lluvia de flechas prendidas en fuego sobre las murallas, obligando a los defensores a cubrirse. Era el instante de actuar. Con un rugido de batalla, Fianna y sus hombres avanzaron, golpeando con furia la puerta principal mientras el sonido del combate resonaba desde el interior. Entonces, con un

chirrido ensordecedor, la gran puerta se abrió. Bailey lo había logrado.

—¡Adentro! —ordenó Fianna, guiando a los suyos en una carga feroz.

El caos se desató en el patio interior. El choque del acero, los gritos de guerra y el olor a pólvora de las flechas incendiarias llenaban el ambiente. Fianna luchaba con destreza, con su espada danzando como si fuese una extensión de su propio cuerpo, mientras sus enemigos caían a su paso. Pero pronto, algo inesperado ocurrió. Uno a uno, muchos de los guerreros del clan MacKendrick soltaron sus armas y se arrodillaron ante ella.

La sangre de Fianna hervía por la furia y la adrenalina, pero cuando sus ojos recorrieron a los hombres que, en lugar de enfrentarse a ella, la reconocían como la heredera legítima del clan, sintió un profundo nudo en la garganta.

—¡Deteneos! —ordenó con firmeza, alzando su voz por encima del estruendo de la lucha.

Los MacGregor, acostumbrados a la obediencia en el fragor de la batalla, detuvieron sus ataques y esperaron su siguiente instrucción.

—¡Aquel que deponga las armas tendrá mi protección! —continuó Fianna—. ¡Este sigue siendo mi hogar, y vosotros, mi gente!

Los guerreros MacKendrick, que minutos antes habían empuñado sus espadas con dudas, soltaron sus armas definitivamente. No querían luchar contra alguien que llevaba la sangre de su antiguo *laird*.

Sin embargo, no todos estaban dispuestos a rendirse. Desde lo alto de la escalinata que subía hasta la misma entrada del castillo, Bruce emergió con la espada en mano, y con los ojos chispeando de furia y resentimiento.

—¡No os arrodilléis ante ella, insensatos! —bramó—. ¡Ahora ella es una MacGregor! ¡Una enemiga, y no vuestra señora!

El silencio cayó sobre el patio mientras Bruce avanzaba con la desesperación de un hombre acorralado. Sus ojos se clavaron en Fianna, quien ya se preparaba para el enfrentamiento inevitable.

—¿Vas a esconderte detrás de tu nuevo clan, sobrina? —espetó con burla—. ¿O vas a demostrar que eres digna de esta tierra?

Fianna no respondió con palabras. Con la espada en alto, avanzó con paso seguro hasta situarse frente a él. Sus músculos estaban tensos y preparados para el ataque, y su mirada fija en el que una vez fue su tío, pues ya no lo consideraba familia.

Bruce embistió primero, descargando un golpe feroz que Fianna bloqueó con facilidad. El choque del acero contra el acero hizo eco en el patio, donde todos observaban el duelo sin intervenir.

Bruce era fuerte y tenía experiencia, pero Fianna era más rápida, más ágil. Esquivó sus embates con destreza, girando sobre sí misma y golpeando con precisión. Cada vez que Bruce intentaba ganar terreno, ella lo obligaba a retroceder.

La furia de Bruce se transformó en desesperación cuando se dio cuenta de que estaba perdiendo. Fianna vio el pánico en sus ojos cuando, con un tajo certero, logró hacerle un corte en el brazo, haciéndolo tambalearse.

—Ríndete, Bruce —espetó ella, respirando con fuerza.

Bruce apretó los dientes, con su orgullo herido más que su cuerpo. En un último intento de sobrevivir, miró alrededor con desesperación y, al ver una pila de barriles cerca de la entrada del establo, tuvo una idea.

Con un grito de rabia, lanzó su espada contra uno de los barriles, haciéndolo rodar en dirección a Fianna. Ella se apartó de un salto, bloqueando la trayectoria con su espada, pero en ese segundo de distracción, Bruce corrió hacia un pasadizo lateral, derribando a un par de sus propios hombres en el proceso.

—¡Detenedlo! —gritó Fianna, pero Bruce ya se escabullía por los pasillos del castillo con la desesperación de un animal salvaje.

Bailey y Ewan intentaron seguirlo, pero Bruce conocía cada rincón de la fortaleza. Saltó por un tramo de escaleras y, sin mirar atrás, se deslizó por una puerta lateral que daba al bosque, y desapareció en la espesura de la noche.

Fianna se quedó en el umbral, con la respiración agitada y la frustración ardiendo en sus venas. Había ganado la batalla, pero su enemigo aún estaba suelto.

A su alrededor, los guerreros MacKendrick que quedaban en pie la miraban con respeto. Uno de los más veteranos avanzó y se situó ante ella, y tras hacerle una cortés reverencia la reconoció ante todos como lo que era:

—Señora MacKendrick —dijo con solemnidad mientras se llevaba el puño al pecho en señal de respeto.

Uno a uno, los demás hicieron lo mismo, reconociéndola como su líder.

Fianna alzó la mirada y respiró hondo. Aquello era una victoria a medias, pues no había conseguido vengarse de su tío, y para ella aquello todavía no había terminado.

Los MacGregor y los MacKendrick alzaron sus armas al aire, vitoreando su nombre, mientras ello no podía evitar pensar en lo mucho que le hubiese gustado que Magnus estuviese junto a ella. Sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos, y las reprimió de forma abrupta mordiendo con fuerza su labio inferior.

Capítulo 27

La noche cubría la fortaleza de los MacKendrick con su manto oscuro, iluminada solo por la tenue luz de las antorchas y la luna alta en el cielo. Magnus llegó con el cuerpo tenso, sintiendo cada punzada de dolor en su costado con cada respiración. Pero nada podía compararse con la ira y la humillación que lo carcomían por dentro.

Cuando vio a Fianna en el centro del patio, rodeada por sus hombres, recibiendo vítores y alabanzas por la victoria obtenida, sintió que algo dentro de él se rompía. Su cabello rojo brillaba como el fuego bajo la luz de las llamas, y su expresión reflejaba la satisfacción de una batalla ganada. Pero lo que para ella era un triunfo, para él era una traición.

Fianna alzó la vista y lo vio. Su rostro pasó de la sorpresa al alivio en cuestión de segundos, y sin pensarlo dos veces, corrió hacia él con el corazón palpitante.

—¡Magnus! —exclamó con emoción.

Pero la calidez con la que lo miraba chocó contra la frialdad de su expresión. Magnus desmontó del caballo con movimientos rígidos, y su mirada afilada como una daga.

—Necesito hablar contigo en privado —dijo con voz dura.

La sonrisa de Fianna desapareció al instante. La duda cruzó su mirada, pero asintió y lo condujo hasta el despacho que una vez perteneció a su padre. Entró detrás de él y cerró la puerta.

—No deberías haber venido —dijo ella en un susurro cargado de preocupación—. Temo por tu salud, apenas has tenido tiempo de

recuperarte.

Magnus soltó un resoplido, cruzándose de brazos.

—¿Mi salud? —Su tono fue un filo de acero—. ¿De verdad te preocupa mi salud, Fianna? Porque desde donde yo lo veo, me abandonaste en el lecho y te embarcaste tu sola en esta batalla.

Fianna frunció el ceño, su postura se volvió rígida.

—No tenía tiempo de esperar a que despertaras, Magnus. Hice lo que debía hacer.

—¿Lo que debías hacer? —repitió, con su tono impregnado de veneno—. Me arrebataste lo que era mi deber. Era yo quien debía liderar esta guerra, no mi esposa.

Fianna sintió que la rabia le encendía la sangre.

—¿Eso es lo que te molesta? ¿Tu maldito orgullo? —espetó con incredulidad—. ¡No podía quedarme de brazos cruzados! No después de lo que hicieron, no después de lo que te hicieron a ti.

Magnus avanzó un paso, con su rostro sombrío y su voz cargada de resentimiento.

—¿Lo hiciste por mí? —preguntó con dureza—. ¿O fue la venganza lo que te movió? Porque desde aquí parece que recuperar tu hogar te importaba más que cualquier otra cosa.

Fianna sintió el impacto de sus palabras como un golpe en el pecho. Sus labios se entreabrieron, pero ninguna palabra salió de ellos.

—Dime, Fianna —continuó Magnus con la voz baja, peligrosa—. ¿Qué es lo que realmente querías? ¿Justicia por mí, o el poder de esta fortaleza?

—¡Por ti, maldita sea! —gritó ella, con la voz cargada de desesperación—. ¡Lo hice por ti, porque no permitiría que nadie se saliera con la suya después de dejarte al borde de la muerte!

Magnus la miró fijamente, con su expresión inquebrantable. Su corazón latía con furia, con dolor, con algo que ni él mismo podía describir. Pero no podía permitirse ceder. Su orgullo estaba demasiado herido, su rabia demasiado viva.

—¿Y tú tío? —dijo de pronto, cambiando de tema abruptamente—.

Fianna lo miró con dureza, y con la distancia entre ellos volviéndose insalvable.

—Huyó —respondió con frialdad—. Pero este castillo ya no le pertenece. Ahora soy la señora de la fortaleza MacKendrick.

Magnus soltó una risa amarga, ladeando la cabeza.

—¿Y tú padre?—preguntó con el mentón en alto.

—Muerto.

Magnus la miró deseando encontrar en ella un atisbo de debilidad que le diera a entender que lo necesitaba, pero no fue así.

—No puedes ser la señora de dos clanes —dijo con frialdad—. Así que es mejor que te quedes aquí, Fianna. Has demostrado que no necesitas un marido. Parece que eres más que capaz de manejarlo todo tú sola.

El aire abandonó los pulmones de Fianna. Sus piernas temblaron bajo el peso de aquellas palabras.

—No puedes estar hablando en serio —susurró, con la incredulidad pintada en su rostro.

—Sí, lo estoy —afirmó él, con su tono carente de emoción—. Te dejo con lo que realmente querías.

Fianna sintió que el suelo se abría bajo sus pies, y la angustia anidándose en la boca de su estómago.

—Eres un egoísta —le espetó, con la voz quebrada—. Todo lo que hice fue por ti, y me castigas por ello.

Magnus la observó un segundo más antes de girarse y caminar hacia la puerta. No miró atrás, no se permitió titubear. Caminó hacía las puertas del castillo con determinación dejando allí a su esposa.

Fianna sintió cómo su mundo se desmoronaba. Se permitió unos minutos para recomponerse, y cuando por fin corrió tras él, y llegó al patio, Magnus y sus hombres ya estaban montando sus caballos.

—¡Magnus! —lo llamó, pero él no se detuvo.

Sin tan siquiera volver a mirarla, espoleó su caballo y partió con su clan, dejando tras de sí un vacío imposible de llenar.

Fianna se quedó de pie, sintiendo el frío de la noche calarle hasta los huesos, y viendo cómo la figura de su esposo se alejaba en la distancia.

Capítulo 28

Moira llegó a la fortaleza de los MacKendrick al amanecer, escoltada por varios miembros del clan MacGregor. Su corazón latía con fuerza, encogido por la preocupación. Magnus le había contado lo sucedido, y aunque su hermana siempre había sido fuerte, sabía que esta vez la herida iba mucho más allá de una simple disputa.

Los guerreros que la acompañaban se aseguraron de que llegaba sana y salva antes de girar sus caballos y regresar a su clan sin demora. Moira los observó alejarse con un nudo en la garganta.

Apenas desmontó, una figura familiar emergió de la entrada. Paige, la mujer que las había cuidado desde que eran niñas, se acercó con paso rápido, y en cuanto Moira la vio, sus ojos se llenaron de lágrimas casi al instante.

—Mi niña… —dijo Paige antes de abrazarla con fuerza.

La mujer de cabellos cenicientos recogidos en un moño suelto, con un rostro surcado de arrugas que hablaban de años de sacrificio y ternura, sintió una gran emoción al volver a ver a su pequeña.

Moira contempló sus ojos, de un verde claro y cálido, ojos que siempre habían sido su refugio en la infancia. Sus brazos fuertes, aunque envejecidos por el tiempo, aún eran capaces de envolverla con la misma protección que cuando era pequeña.

—¿Dónde está? —preguntó Moira con urgencia, separándose apenas lo suficiente para mirarla de frente.

Paige suspiró con tristeza y acarició su mejilla.

—En su alcoba. No ha querido levantarse desde anoche.

El corazón de Moira se encogió aún más. Sin perder tiempo, corrió escaleras arriba, recorriendo los pasillos que una vez habían

sido su hogar. Empujó con suavidad la puerta de la alcoba que hasta hace poco había sido su estancia, y allí la encontró.

Fianna estaba hecha un ovillo bajo las sábanas, con el cabello revuelto y los ojos hinchados de tanto llorar. La habitación estaba en penumbra, con las cortinas cerradas, y el aire pesado con el silencio de su tristeza.

Moira se acercó y se sentó en el borde de la cama.

—Fianna…

Su hermana se removió apenas, pero no se giró. Su voz salió rota, apenas un susurro.

—Me ha abandonado, hermana… eso es lo que ha hecho.

Moira jamás la había visto así, tan vulnerable, tan rota. Tragó saliva y con suavidad, apretó su mano.

—Tranquila, hermana. Todo se arreglará, ya lo verás.

Fianna no respondió. Se limitó a aferrarse a las sábanas, como si con ello pudiera sostener los pedazos de su alma hecha añicos.

—No sabes cómo me miraba… —susurró al fin—. Las cosas que me ha dicho…

Moira sintió la rabia crecer en su interior, pero mantuvo la calma.

—Peor para él —dijo con convicción—. Si no sabe ver a la mujer que tiene a su lado, es mejor que te deje marchar. Tú no eres como las demás, Fianna, y estoy segura de que eso fue lo que le gustó de ti, y ahora se siente intimidado por tu coraje y tu seguridad.

Fianna cerró los ojos con fuerza, tratando de contener las lágrimas que amenazaban con brotar de nuevo.

—Vamos, levántate y recomponte —insistió Moira, con voz más firme—. Mi hermana Fianna, la furia de las Highlands, como te llamaba nuestra madre, no es esta mujer que tengo delante.

El aire pareció detenerse en la habitación. Fianna abrió mucho los ojos y se incorporó para mirar a su hermana.

—Nuestra madre… —susurró.

Era un nombre prohibido dentro de aquellas paredes. Un recuerdo borrado por la voluntad de su padre, quien había preferido eliminar cualquier rastro de la mujer que tanto había amado y perdido.

Moira asintió con solemnidad.

—Nuestro padre sufrió mucho cuando unas fiebres se la llevaron. Dijo que era lo único que lo hacía débil y quiso apagar todo recuerdo de ella. Pero tú y yo nunca la olvidamos.

Fianna sintió un nudo en la garganta al recordar el rostro de su madre. Era tan parecida a ella, con el mismo cabello rojo como el fuego, la misma piel clara y los ojos llenos de ese espíritu aventurero que recorría a Fianna por dentro. Pero su madre no había sido solo una mujer hermosa; había sido un espíritu indomable, tan osada y rebelde como el viento de las Highlands. Hábil con el arco, cazadora experta, y con una voluntad férrea que desafiaba cualquier norma impuesta por la sociedad.

Su padre siempre decía que era su mayor debilidad, su talón de Aquiles. Por eso, cuando la perdió, intentó borrar su recuerdo, como si así pudiera arrancarse el dolor del pecho. Pero Fianna la recordaba bien. Recordaba sus risas al cabalgar juntas, sus historias junto al fuego y la forma en que la había alentado a no temerle a nada ni a nadie.

Y entonces, un pensamiento oscuro cruzó su mente.

—Te has enterado de lo de padre… ¿verdad? —preguntó en un hilo de voz.

Moira bajó la mirada, pero asintió.

—Sí. Lo siento, hermana.

Por primera vez desde que todo comenzó, Fianna dejó de luchar contra su dolor. Se inclinó hacia Moira y ambas se abrazaron con fuerza, dejando que las lágrimas fluyeran libremente, llorando por su padre, por su madre, por todo lo que habían perdido…

Después de un largo rato, cuando el llanto se convirtió en silencio, Fianna respiró hondo y se separó con cuidado de entre los brazos de su hermana.

—Lo importante es que estamos juntas y saldremos adelante —dijo, limpiándose las mejillas con el dorso de la mano.

Moira sonrió con orgullo y asintió.

—Lo sé, contigo me siento capaz de hacer cualquier cosa.

Capítulo 29

Pasó un mes en el que Fianna y Moira se unieron aún más, si es que eso era posible. Fianna adoptó sin vacilación la posición de líder dentro del clan, y sus palabras y órdenes fueron escuchadas y obedecidas como si provinieran de un mismo *laird*. Incluso algunos guerreros comenzaron a llamarla así, con respeto y orgullo en sus voces.

Su entrenamiento continuó con disciplina, y para sorpresa de muchos, varias mujeres jóvenes del clan pidieron unirse a los guerreros. Fianna les dio la oportunidad que jamás les habrían concedido antes. Juntas, forjaron un grupo de nuevas guerreras que aprendieron a manejar la espada, el arco y a cabalgar con destreza.

Salían de caza con sus hombres, recorrían las tierras, y reforzaban la fortaleza en caso de que Bruce intentara regresar para reclamar lo que ya no le pertenecía.

Durante el día, Fianna se sentía fuerte, inquebrantable, invencible. Pero cuando la noche caía y se tumbaba en su lecho, la soledad la envolvía como un manto helado. En la penumbra, cerraba los ojos y trataba de ahuyentar los recuerdos, pero Magnus siempre regresaba a ella por más que quisiera impedirlo.

No podía olvidar el roce de su piel, el peso de su cuerpo sobre el suyo, la manera en que su voz se volvía ronca de deseo cuando susurraba su nombre. Recordaba cómo su aliento la quemaba cuando se hundía en su cuello, cómo su boca reclamaba la suya con la misma ferocidad con la que conquistaba en el campo de batalla. Su cuerpo ardía con el recuerdo de las noches que compartieron, de

la pasión desbordada y del fuego que la consumía cuando se fundían uno con el otro.

Pero entonces llegaban las palabras frías que él le había dicho, la forma en la que la había apartado de su lado como si ella no significara nada. Su corazón dolía tanto como su orgullo. Lo maldecía por hacerle sentir este vacío en el pecho, por haberla dejado con la certeza de que él jamás la amaría como ella lo amaba a él.

Por otro lado, Magnus se fue recuperando poco a poco. Su cuerpo volvió a ser fuerte, sus heridas sanaron y retomó sus entrenamientos. Pero nada de eso alivió el vacío en su interior. Fianna ocupaba cada uno de sus pensamientos, y su humor se volvió cada vez más oscuro. Los guerreros notaron su cambio, su temperamento irascible, su poca paciencia. Nadie se atrevía a mencionarla en su presencia, pero todos sabían cuál era la razón de su tormento.

La extrañaba con una desesperación que lo volvía loco. Había noches en las que se despertaba bañado en sudor, con su cuerpo tenso y su mente atrapada en recuerdos de ella. Su aroma aún parecía impregnar su piel, su risa resonaba en su cabeza como una dulce tortura. Más de una vez se vio tentado a montar su caballo e ir en su búsqueda, pero su orgullo lo detenía. No podía permitirse parecer débil. No se arrastraría ante una mujer, por mucho que la deseara.

Pero cuando esa idea cruzó su mente, sintió que el aire abandonaba su pecho. Porque la verdad era que no solo la deseaba…

La amaba.

Lo supo en ese instante, con la misma claridad con la que sabía blandir su espada. Y la realidad lo golpeó con una fuerza arrolladora.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Su fiereza, su valentía, su terquedad. Todo en ella lo hacía perder la razón. Y ahora, privado de su presencia, sentía que le faltaba el aire, que algo en su vida estaba incompleto.

Apretó los puños, sintiendo que el control se le escapaba de las manos. El dolor de su orgullo herido no era nada comparado con el dolor de no tenerla a su lado.

—Maldita seas, Fianna… —susurró con furia y desesperación—. ¿Por qué tengo que amarte hasta el punto de perder la cabeza?

Capítulo 30

Bruce apretó los dientes con furia mientras daba un largo trago a su copa de *whisky*. La taberna en la que se había refugiado era un antro de mala muerte, oscura y apestosa, pero le daba igual. Se había hundido en un rincón apartado, observando a los borrachos tambalearse de mesa en mesa, ajenos a la tormenta que rugía dentro de él.

Las llamas de la chimenea bramaban con intensidad, iluminando las paredes mugrientas, y los rostros deplorables de las personas que pasaban a su alrededor, pero Bruce no veía nada de eso. Solo veía el rostro de Fianna cuando lo había derrotado, su expresión altiva mientras él se arrastraba lejos del campo de batalla.

La humillación ardía en su interior como una herida abierta. No podía aceptarlo. No podía permitir que su sobrina lo dejara en ridículo y se quedara con lo que por derecho le pertenecía.

Golpeó la mesa con el puño, derramando parte del licor sobre su túnica desgastada. Un par de hombres giraron la cabeza para mirarlo, pero al ver su expresión asesina, rápidamente apartaron la vista. No era la primera vez que un hombre se refugiaba en esa taberna buscando escapar de su desgracia, pero Bruce no pensaba ahogarse en alcohol.

No, él tenía un plan.

Si Fianna había conseguido vencerlo, si había logrado hacer que sus propios hombres la siguieran, entonces él encontraría a alguien con más poder para deshacerse de ella.

Una sonrisa torcida se dibujó en su rostro. Solo había un hombre en toda Escocia capaz de arrebatarle lo que había conseguido: el

rey.

Si Jacobo IV se enteraba de que una mujer gobernaba la fortaleza de los MacKendrick, y que se había alzado como líder de un clan, no lo permitiría. Estaba seguro.

No importaba lo fuerte que fuera Fianna, ni lo respetada que fuese por su gente; la corona jamás permitiría que una mujer desafiara su autoridad. Y Bruce se encargaría de avivar ese fuego en los oídos del monarca.

Se terminó el *whisky* de un solo trago, dejando la copa con un golpe seco sobre la mesa. Se levantó con fuerzas renovadas, y salió de la posada sin mirar atrás.

Si por la fuerza no había podido derrotar a Fianna, la traición y la política serían su mejor arma.



Bruce cabalgó sin descanso hasta Edimburgo, donde el rey Jacobo IV tenía su corte. Durante el trayecto, su mente se enfocó en cada palabra que utilizaría para envenenar los oídos del monarca, en cómo convertiría su desgracia en una causa que el rey no pudiera ignorar.

Cuando finalmente llegó al castillo, fue recibido con cierta reticencia, pues su aspecto desaliñado y el polvo del camino le daban un aire de desesperación que no pasó desapercibido. Pero cuando mencionó que traía información urgente sobre la estabilidad de las Highlands, fue escoltado de inmediato hasta la gran sala del trono.

El monarca lo miró con severidad desde su asiento, con el ceño fruncido y los dedos resonando sobre el brazo de su trono. Vestía con la elegancia propia de un rey, y su expresión fría dejó claro que no toleraría habladurías innecesarias.

—¿Qué asuntos te traen hasta mi presencia, Bruce MacKendrick? —preguntó con voz firme.

Bruce hizo una reverencia forzada y levantó la vista con fingida humildad.

—Majestad, vengo con noticias alarmantes desde el norte. Mi sobrina, Fianna MacKendrick, ha tomado por la fuerza la fortaleza de mi familia y se ha proclamado *laird* de nuestras tierras.

El rey arqueó una ceja con escepticismo.

—¿Una mujer gobernando un clan? —preguntó con burla en su tono—. Me cuesta creerlo.

—No solo gobierna, mi señor, sino que he escuchado que ha convertido a mujeres en guerreras, ha desafiado la autoridad de los hombres y ha instaurado un desorden peligroso en las Highlands —prosiguió Bruce, con voz cargada de veneno—. No podemos permitir que se convierta en un ejemplo para otros clanes. Hoy es Fianna, pero mañana muchas más intentarán tomar el poder. En las tabernas solo se escucha hablar de eso. Fianna les ha otorgado un poder a las mujeres que nosotros los hombres no nos podemos permitir.

El monarca se recostó en su trono, sopesando las palabras de Bruce con una mirada calculadora.

—Curioso… —murmuró—. La última vez que visité Glen Lyon, la señora MacGregor parecía estar muy cómoda en su posición.

Bruce apretó los dientes al escuchar aquello.

—Fianna no es una mujer común, majestad. Es peligrosa, impetuosa y carece de respeto por la autoridad de la corona. Tras la muerte de su padre, me negó aceptar su lugar, y me expulsó, a mí, a su propia familia. ¿Qué pasará cuando decida que tampoco necesita la supervisión del rey?

Jacobo entrecerró los ojos y se inclinó ligeramente hacia adelante.

—¿Y qué hay de su esposo? ¿Dónde está Magnus MacGregor en todo esto?

Bruce sonrió con amargura, sintiendo que tenía la pieza final para asegurar su venganza.

—Lo ha abandonado, majestad. Lo ha dejado atrás para controlar al clan MacKendrick. Su ambición está por encima de su matrimonio. Fianna no es una esposa devota, ni una mujer sumisa. Magnus ya no es su prioridad, el poder sí lo es.

El monarca dejó escapar un leve suspiro, mientras digería la información.

—Interesante —se dijo a si mismo con aire pensativo.

Luego se puso de pie y bajó los escalones con paso pausado, hasta quedar frente a Bruce. Lo observó con detenimiento, como si midiera su valía, y sonrió con frialdad—. Volveré a Glen Lyon, y decidiré por mí mismo si Fianna MacKendrick es una amenaza.

—Le prometo que es una amenaza, majestad.

El monarca lo miró fijamente, evaluándolo.

—¿Y qué quieres a cambio de esta información, Bruce?

El hombre respiró hondo y clavó la vista en el rey con seguridad.

—Quiero recuperar mis tierras, majestad. Son mi legado, mi derecho. Si me ayuda a deshacerme de Fianna, le garantizo mi lealtad a la corona de por vida.

Jacobo IV entrecerró los ojos, sopesando su propuesta. Luego, una lenta sonrisa se dibujó en su rostro.

—Veremos si eres digno de esa promesa, Bruce. Prepárate para viajar conmigo a Glen Lyon. Quiero ver con mis propios ojos el alcance de este problema.

Bruce inclinó la cabeza con satisfacción, sintiendo que había conseguido su cometido.

Capítulo 31

Paige entró en la alcoba de Fianna con paso silencioso, esperando encontrarla aún dormida, pero para su sorpresa, su señora ya estaba despierta. Sentada en el borde de la cama, con la mirada fija en la ventana, observaba el jardín delantero sin moverse. Su expresión era inescrutable, pero sus ojos reflejaban un torbellino de pensamientos.

—Buenos días, querida —saludó Paige con dulzura mientras comenzaba a retirar las sábanas—. Hace un hermoso día fuera, podríamos dar un paseo si lo deseas.

Fianna no respondió de inmediato, seguía perdida en sus pensamientos. Paige la conocía bien, y sabía que algo la inquietaba. Dudó un momento, pero finalmente se acercó y con cautela le dijo:

—Querida… he notado que desde que llegaste no has sangrado. Ya ha pasado más de mes y medio.

Fianna cerró los ojos por un instante, como si intentara protegerse de aquellas palabras. No quería mirarla, pero al final suspiró con resignación.

—Lo sé —admitió en un murmullo—. Creo que estoy en cinta.

Paige se llevó una mano al pecho, conmovida por la noticia. Una sonrisa cálida iluminó su rostro y, sin pensarlo dos veces, se acercó a abrazarla.

—¡Oh, mi niña! —exclamó con emoción—. Es una bendición, ¿te das cuenta? Este pequeño traerá luz a tu vida.

Fianna permitió el abrazo, pero su cuerpo permaneció tenso. No podía compartir la alegría de Paige, no todavía. Con delicadeza, se

separó de la mujer y negó con la cabeza.

—No quiero que nadie lo sepa todavía —pidió en un tono serio—. Promételo, Paige.

La mujer frunció el ceño, notando la angustia en los ojos de Fianna. Se sentó a su lado y tomó su mano con ternura.

—Deberías contárselo a tu esposo, querida. Quizás esto pueda arreglar lo que ocurrió entre vosotros. Si sabe que vas a darle un hijo, volverá a buscarte.

Fianna sintió un nudo en la garganta y apartó la mirada.

—Si no me quiso por lo que soy, no permitiré que me quiera solo por este niño —afirmó con tristeza en el rostro.

Paige la miró con compasión, acariciándole el cabello con ternura. Sabía que Fianna tenía un carácter fuerte, pero en ese momento, vio el dolor y la vulnerabilidad de una mujer que había amado con todo su ser y había sido rechazada.

—Tómate tu tiempo, mi niña —le dijo con suavidad—. Pero recuerda que no estás sola.

Fianna asintió en silencio, mientras su mano se posaba instintivamente sobre su vientre.



Fianna y Moira estaban terminando de desayunar cuando uno de sus hombres irrumpió en el salón con el rostro tenso.

—Mi señora, el rey está llegando al castillo.

Fianna sintió que su espalda se erguía automáticamente. Moira dejó su copa en la mesa y se miraron en silencio. Sin perder tiempo, se levantaron y fueron a arreglarse.

Se aseguraron de estar impecables antes de dirigirse a la entrada, donde el sonido de cascos y el retumbar de los escudos anunciaban la llegada del monarca.

Cuando las puertas de la fortaleza se abrieron, la figura del rey Jacobo IV apareció en el umbral, montado en su imponente caballo. Su séquito lo acompañaba, pero lo que hizo que Fianna perdiera la

compostura fue ver a Bruce cabalgando a su lado. Su sangre se heló un instante antes de hervir con furia. Sus manos se apretaron en puños a ambos lados de su falda.

—Ese traidor no merece pisar mis tierras —voceó sin importarle nada ni nadie.

El rey alzó una mano en gesto conciliador.

—Tranquilizaos, señora MacGregor—dijo con voz firme—. He venido a hablar, no a pelear. Os insto a que conversemos en privado.

Fianna cerró los ojos un instante, obligándose a controlar su temperamento. No podía desafiar al monarca en su propia casa. Inspiró hondo y alzó la barbilla.

Bruce sonrió desde lo alto de su montura con ese aire de superioridad al que ya se había acostumbrado Fianna. Lo hubiese estrangulado en aquel mismo instante con sus propias manos si no hubiese llegado junto al monarca.

Le dedicó una mirada cargada de odio, y apretó sus puños de forma inconsciente antes de hablarle a sus hombres:

—No le quiten el ojo de encima —ordenó señalando a Bruce. Luego, miró a su hermana con seriedad—. Moira, retírate a tus aposentos. No quiero que te acerques a él.

Moira asintió y se retiró en silencio, mientras Fianna guio al rey hasta el despacho que una vez perteneció a su padre. Dentro, Jacobo IV tomó asiento, observándola con detenimiento.

—Decidme, Fianna, ¿qué ha sucedido realmente aquí?

Ella se cruzó de brazos.

—Bruce atacó a mi esposo a traición. Intentó asesinarlo. Después de eso vine a hablar con mi padre, pero era demasiado tarde. Él había muerto en circunstancias sospechosas, y supe que solo mi tío podía ser el responsable. Así que lo insté a que depusiera las armas. Cuando Bruce se negó a entregarse, lo enfrenté… y huyó como el cobarde que es.

Jacobo la escuchó con atención, y tras unos segundos preguntó:

—¿Y qué hay de Magnus MacGregor? ¿Por qué no está aquí contigo?

Fianna sostuvo su mirada sin pestañear.

—Se está recuperando en las tierras MacGregor. Cuando todo esté bajo control aquí, regresaré a su lado —mintió.

El rey la escrutó con los ojos entrecerrados. Fianna se mantuvo firme. Finalmente, Jacobo se inclinó hacia adelante.

—¿Y quién gobernará el clan MacKendrick?

Fianna respondió sin dudar. Ella era astuta, y de pensamiento rápido, así que se permitió improvisar sobre la marcha.

—Mi hermana Moira. Ella se casará con uno de nuestros primos de un clan aliado, los Mackenzie. Gavi MacKenzie tomará el puesto como *laird*.

El rey pareció considerar su respuesta y, tras un momento, asintió. Sabía que el clan MacKenzie era grande y poderoso, y lo último que deseaba era que se revelase contra él, por haber impedido aquel matrimonio que parecía estar ya pactado. Por otra parte, le beneficiaría tener el apoyo de dicho clan. ¿Y qué podía ofrecerle Bruce? Nada.

Bruce lo arrojaba directamente a un conflicto contra los MacGregor, los MacKendrick y los MacKenzie. Y el monarca no estaba dispuesto a propiciar una guerra contra la corona. El no era ningún insensato, no.

—Parece que tenéis todo planeado. —Se acomodó en su asiento antes de continuar—. Y qué hay de los rumores de que estáis entrenando a mujeres para la guerra.

Fianna sostuvo su mirada con firmeza.

—Es cierto. Son más eficientes en muchos sentidos. No buscan la gloria, solo la protección de sus hogares. Las mujeres pueden ser tan letales como cualquier hombre en la batalla.

Jacobo inclinó la cabeza, pensativo, y tras un momento, sonrió.

—Interesante. Me gustaría que instruyerais a algunas mujeres en mi reino.

Fianna arqueó una ceja, no podía creer lo que acababa de escuchar de boca del monarca, y vio la oportunidad que necesitaba:

—Aceptaré, pero con una condición.

El monarca le hizo un gesto para que continuara.

—Debéis juzgar a mi tío aquí, ante todos los miembros que una vez fueron de su clan.

El rey la observó un instante antes de asentir. Sabía que le debía mucho a Fianna. Le había salvado la vida, lo había protegido de una humillación pública, y ahora demostraba que tenía la mente de una líder.

—Muy bien, Fianna. Dentro de tres semanas, regresaré para realizar el juicio. Hasta entonces, Bruce permanecerá en una celda bajo vuestro resguardo, sano y salvo.

—Por supuesto, majestad. Le doy mi palabra de que Bruce será bien tratado hasta entonces.

—Cuando regrese, espero poder conocer al prometido de su hermana, y comprobar con mis propios ojos la recuperación de su esposo.

—Aquí estarán.



Cuando salieron del despacho, el aire en el patio se tensó. Bruce mantenía su postura arrogante, pero cuando Fianna dio la orden para que lo apresaran, todo cambió.

Bruce perdió la compostura. Sus ojos se desorbitaron y su cuerpo se agitó en un frenesí desesperado.

—¡No! ¡No podéis hacerme esto! —vociferó, retrocediendo torpemente.

Pero a pesar de sus gritos, los guerreros avanzaron hacia él con expresión seria y disciplinada.

Al verlos acercarse, intentó apartarse, pero las manos firmes de los soldados lo apresaron por los brazos. Forcejeó como un animal acorralado, sus pies patalearon contra el suelo, y sus gritos se volvieron cada vez más desesperados.

—¡Soy el legítimo *laird*! ¡Vosotros sois mis hombres! —rugió con voz quebrada, pero nadie le hizo caso.

Fianna lo observó en silencio. Ese hombre que había sembrado terror y traición ahora no era más que una sombra patética de sí mismo.

—Llevadlo a la torre norte. Permanecerá allí hasta su juicio —ordenó Fianna esta vez sin levantar la voz.

Los soldados asintieron y arrastraron a Bruce por el patio, mientras este maldecía y gritaba con rabia. Sus alaridos se escucharon incluso cuando las puertas de la torre se cerraron tras él.

El rey observó la escena con interés, antes de volver su atención a Fianna.

—¿Se quedará en el castillo unos días, majestad? —preguntó ella con tono diplomático.

Jacobo negó con la cabeza.

—Os lo agradezco, pero debo partir al clan Gordon. Tengo asuntos que atender.

Con un último intercambio de palabras, el monarca montó en su caballo y partió con su séquito.

Capítulo 32

Fianna avanzó con paso decidido por los pasillos de la fortaleza hasta llegar a la alcoba de Moira. Golpeó suavemente la puerta y, al no recibir respuesta, entró sin esperar.

Moira estaba sentada junto a la ventana, con la mirada perdida en el horizonte.

—¿Cómo estás? —preguntó Fianna con suavidad, acercándose a ella.

Moira giró la cabeza y la miró con expresión cautelosa.

—Intentando asimilar lo que acaba de ocurrir —respondió—. No pensé que vería al rey entrar a este castillo con nuestro tío cabalgando a su lado.

Fianna suspiró y tomó asiento frente a ella. Aún sentía la adrenalina corriendo por sus venas, pero debía concentrarse.

—No te preocupes más por él Moira. Bruce está encerrado y dentro de tres semanas será juzgado. He conseguido solucionar eso con el rey —dijo con firmeza—. Pero hay algo más que debes saber y que te concierne a ti.

Moira ladeó la cabeza, frunciendo el ceño ante el tono de su hermana.

—¿De qué se trata?

Fianna desvió la mirada por un instante antes de soltar la verdad.

—Le he mentido al rey.

Moira parpadeó, sorprendida.

—¿Qué? ¿Qué le has dicho?

—Le aseguré que ya tienes un prometido —confesó Fianna—. Que te casarás con nuestro primo Gavin MacKenzie, y que él asumirá el liderazgo del clan cuando llegue el momento. Es lo primero que se me ocurrió. No deseaba que perdiésemos las tierras de nuestra familia.

Moira abrió la boca, pero no salió ningún sonido. Por un instante pareció debatirse entre la incredulidad y la rabia.

—Fianna… —comenzó, pero su hermana la interrumpió.

—No había otra opción, Moira. Pero lo arreglaré. No tenemos mucho tiempo, pero pensaré en algo.

Moira se pasó una mano por el rostro, intentando asimilar la situación.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó finalmente—. No podemos deshacer una mentira de este calibre.

Fianna negó con la cabeza.

—No. Tenemos tres semanas para encontrar una solución —dijo con determinación—. Pero…

Moira dejó escapar un suspiro y la interrumpió.

—No hay solución, Fianna. Me casaré con Gavin.

La afirmación sorprendió a su hermana.

—¿Estás segura? —preguntó con cautela—. Jamás te pediría algo que yo misma no cumpliría.

Moira asintió lentamente.

—Es lo mejor para todos. Además, Gavin era el más divertido de todos nuestros primos. Solo espero que siga siendo así. —Ella sonrió levemente—. No dejaré que nuestro legado se pierda hermana, y tú no puedes quedarte aquí por siempre, no eres la señora del clan MacKendrick, si no del clan MacGregor.

Fianna sintió un nudo en la garganta. No quería que su hermana sacrificara su libertad por un matrimonio concertado, pero entendía la lógica detrás de su decisión.

Se quedaron en silencio por un momento, asimilando lo que aquello significaba.

Finalmente, Fianna inspiró profundamente y se puso de pie.

—Entonces escribiremos dos misivas —dijo—. Una al *laird* del clan MacKenzie, padre de Gavin, para hacer oficial la propuesta, y la

otra a Magnus, su deber es estar a mi lado en todo esto, aunque no me soporte.

Moira la observó en silencio por un instante antes de asentir. Juntas se sentaron en la mesa de la estancia, encendieron una vela y tomaron la pluma.

El destino de ambas estaba a punto de definirse, y no había marcha atrás.

Capítulo 33

A la atención del Laird Murray MacKenzie:

Reciba un cordial saludo desde la fortaleza MacKendrick. Me dirijo a usted con gran respeto y con noticias que sin duda le sorprenderán. Mi padre, el laird MacKendrick, ha fallecido repentinamente, y mi tío Bruce ha sido encarcelado por traición tras intentar usurpar el liderazgo del clan y atentar contra la vida de mi esposo, el laird MacGregor. Ante esta situación, recae sobre mí la responsabilidad de velar por la estabilidad de nuestro pueblo y tomar las decisiones necesarias para su bienestar.

Por ello, le escribo con una propuesta que creo que beneficiará a ambas familias. La unión de nuestros clanes siempre ha sido fuerte, y considero que este es el momento de reforzarla aún más. Le propongo que su hijo, Gavin MacKenzie, se despose con mi hermana, Moira MacKendrick, sellando así una alianza que traerá prosperidad y seguridad a nuestras tierras. Moira ha aceptado esta responsabilidad con honor y confianza.

Le invito a usted y a su hijo a la fortaleza MacKendrick a la mayor brevedad posible para discutir los términos del compromiso y proceder con la ceremonia en cuanto sea oportuno. Espero que encuentre favorable esta propuesta y que podamos trabajar juntos por el bienestar de nuestros clanes.

Quedo atenta a su pronta respuesta.
Con respeto,
Fianna MacGregor

Líder del Clan MacKendrick

Murray MacKenzie dejó la carta sobre la mesa de su despacho y se reclinó en su asiento, frotándose el mentón con gesto pensativo. Sus ojos recorrieron el pergamino una vez más, analizando cada palabra. La noticia lo tomó por sorpresa. No tenía idea de la muerte del *laird* MacKendrick ni de la traición de Bruce, y aquello lo dejó perplejo.

Se puso de pie y caminó hacia la ventana. Desde allí podía ver los entrenamientos en el patio de armas, donde su hijo Gavin, practicaba con la espada contra dos hombres. El joven se movía con agilidad y destreza, bloqueando y contraatacando con precisión calculada. Murray no pudo evitar sentir un destello de orgullo al observarlo.

Gavin, su hijo mediano, había sido entrenado por los mejores maestros —al igual que lo había sido su hermano mayor, futuro heredero del clan MacKenzie—, tanto en combate como en estrategia. Era fuerte, audaz y, lo más importante, un hombre de honor. Siempre había aceptado su destino con la frente en alto, y ahora no sería diferente.

Decidido, Murray se giró y caminó de regreso a su escritorio, tomando la carta de nuevo en sus manos. Luego, sin perder más tiempo, salió del despacho y se dirigió al patio, donde su hijo acababa de derrotar a uno de sus oponentes con un giro veloz de su espada.

—¡Buen golpe, muchacho! —exclamó uno de los guerreros, dándole una palmada en la espalda.

Gavin sonrió con modestia antes de que la voz de su padre lo llamara.

—Gavin —dijo el *laird* con firmeza mientras se acercaba—. Ve haciendo tu equipaje. Pronto partirás a la fortaleza MacKendrick.

El joven bajó su espada y frunció el ceño, curioso.

—¿A qué se debe el viaje, padre?

Murray extendió la misiva frente a él.

—Dentro de poco, te convertirás en *laird*. Vas a casarte con Moira MacKendrick.

Gavin tomó la carta y la leyó en silencio. Su rostro permaneció impasible mientras asimilaba la noticia. Cuando terminó, levantó la vista y asintió sin dudar.

—Si esto fortalece nuestros clanes, entonces aceptaré mi destino.

Murray le palmeó el hombro con orgullo.

—Sabía que lo harías, hijo. Prepárate. Partiremos al amanecer.

Gavin asintió una vez más antes de girarse para ir a ordenar sus cosas. El laird lo observó por un momento, sintiendo una extraña mezcla de satisfacción y nostalgia. Su hijo estaba listo para asumir su deber, y el futuro de los MacKenzie estaba asegurado entonces más que nunca.

Capítulo 34

A la atención del Laird Magnus MacGregor:

Espero que esta misiva le encuentre bien y en plena recuperación. Me dirijo a usted con asuntos de suma importancia que requieren su pronta atención en la fortaleza MacKendrick.

El rey ha visitado nuestras tierras y ha sido informado sobre traición de Bruce MacKendrick, y ha accedido a su captura. Como ya sabe, mi tío es responsable de la emboscada que casi acaba con su vida, así como de otros crímenes contra el honor de nuestra familia y nuestro clan. Su juicio ha sido fijado para dentro de tres semanas, y el rey ha solicitado su presencia en la fortaleza para asegurar que el veredicto sea justo y definitivo.

Asimismo, le informo que, para garantizar la estabilidad de mi gente, he acordado el compromiso de mi hermana, Moira MacKendrick, con Gavin MacKenzie, hijo del laird del clan MacKenzie. El compromiso será llevado a cabo en el mismo plazo, y la presencia del laird MacGregor es requerida para validar la unión entre clanes y evitar cualquier inconveniente con la corona. De no asistir, el rey podría considerar que no hay interés en mantener su favor, lo cual podría acarrear consecuencias para su posición y la de su gente.

Le insto a que parta lo antes posible hacia la fortaleza MacKendrick para cumplir con sus deberes como líder y esposo.

Quedo a la espera de su pronta llegada.

Con respeto,

Fianna MacGregor

Líder del Clan MacKendrick

«¡¿Así que líder del clan MacKendrick?!» «¡Maldita mujer!».

Magnus releyó la carta con el ceño fruncido y los dientes apretados. Su mirada recorrió cada palabra, intentando encontrar algún indicio de la mujer que había dejado atrás, la que alguna vez ardía de pasión entre sus brazos. Pero no había nada. Ningún rastro de emoción, ninguna señal de la Fianna que conocía. Sólo órdenes y una formalidad provocadora. Era como si aquella misiva se hubiese escrito para sacarlo de quicio, y bien que lo había conseguido.

Arrugó el papel con rabia, y sus nudillos palidecieron por la presión de su puño.

Su corazón había dado un vuelco minutos antes de leerla al ver su nombre en aquella carta, pero en cuanto lo hizo, su furia creció como un incendio avivado por el viento. ¿Quién demonios se creía que era para dirigirse a él de esa manera, después de casi dos meses sin verse?

Se puso de pie de golpe, derribando la silla en el proceso. Ewan, que estaba a pocos pasos observándolo en silencio, arqueó una ceja con aire divertido.

—Veo que tu esposa sigue teniendo el don de sacarte de quicio —comentó con sorna.

Magnus le dirigió una mirada asesina, pero no respondió. Tomó su espada y su manto con movimientos bruscos y salió de su despacho, seguido de su mano derecha.

—Prepara los caballos. Partimos de inmediato —gruñó.

—¿A dónde vamos? —preguntó Ewan, aunque ya sospechaba la respuesta.

Magnus lo fulminó con la mirada y apretó los dientes.

—¡A poner a mi esposa en su maldito lugar!

Capítulo 35

Fianna contemplaba su reflejo en el gran espejo de su alcoba. Sus dedos recorrieron con delicadeza su vientre todavía plano, con una caricia inconsciente cargada de emociones encontradas. Debería sentirse dichosa, y en cierta forma lo estaba, pero la sombra del abandono de Magnus oscurecía su felicidad. No podía compartir su alegría con él, y eso la desgarraba por dentro.

Así que había decidido odiarlo. Odiarlo por marcharse, por no haber regresado a buscarla, por haberla dejado sola cuando más lo necesitaba.

Con un suspiro, apartó aquellos pensamientos de su mente y comenzó a vestirse. Se colocó un vestido oscuro, sobrio, acorde a su estado de ánimo, y recogió su cabello con esmero. Aún quedaban asuntos que atender antes del desayuno.

Antes de que el juicio llegara, quería ver con sus propios ojos en qué estado se encontraba su tío.

Al salir de su alcoba, se encontró con Moira en el pasillo. Su hermana arqueó una ceja al ver la expresión de Fianna.

—¿A dónde vas tan temprano? —preguntó con curiosidad.

—A la torre norte —respondió sin titubear—. Quiero ver cómo se pudre el traidor en su celda.

Moira dudó por un instante, pero luego asintió con firmeza.

—Te acompaño.

Juntas atravesaron la fortaleza hasta llegar a las mazmorras. El aire allí era denso y húmedo, impregnado del hedor de la desesperación y la derrota. La tenue luz de las antorchas apenas

iluminaba los pasillos de piedra, y el sonido de sus pasos retumbaba en las paredes como un presagio de lo que estaba por venir.

Cuando el guardia abrió la puerta de la celda, Bruce levantó la vista con el rostro cubierto de mugre y una barba descuidada que lo hacía parecer más un animal acorralado que un hombre. Sus ojos, en otro tiempo llenos de arrogancia, ahora reflejaban cansancio y rabia contenida.

Fianna lo observó con desprecio.

—Es una pena que hayas acabado aquí, Bruce. Todo por tu ambición desmedida y tu traición.

Él soltó una carcajada áspera, carente de humor.

—No quiero hablar contigo. La única traidora aquí eres tú.

Moira dio un paso al frente, fulminándolo con la mirada.

—¡Nos traicionaste a todos! —espetó con furia—. A nuestro padre, a tu propio clan… a mí. Fui una tonta al creer que alguna vez te preocupaste por nosotras.

Bruce alzó el mentón con altivez.

—Tu padre era débil. Y el puesto de *laird* es solo para los fuertes. Se dejó doblegar por Magnus, y eso lo convirtió en un líder incapaz. Yo hice lo que era necesario.

Fianna sintió que la sangre le hervía en las venas. Apretó los puños con tanta fuerza que sus uñas se clavaron en la palma de su mano.

—Lo asesinaste —dijo en un susurro gélido—. No intentes disfrazarlo con excusas. No fuiste más que un cobarde que lo eliminó mientras dormía.

Bruce la miró con una mueca burlona.

—¿Y qué harás al respecto? ¿Me matarás con tus propias manos, sobrina? Eso te hace igual que yo, ¿no lo ves? Te críe como a una guerrera para que te sentases a mi lado como señora de este castillo, ¿y así me lo pagas? Es mejor que me mates ahora y terminemos con esto.

Fianna dio un paso adelante, con su rostro a solo centímetros del suyo. Sus ojos ardían con el mismo fuego que había llevado a la victoria a su clan.

—No. No lo haré. No te lo pondré tan fácil. Pero estaré allí cuando te cuelguen por tu crimen —susurró con veneno—. Y me aseguraré de que todos recuerden tu nombre no como un *laird*, sino como un traidor y un cobarde.

Bruce la observó con una sonrisa ladina, pero por primera vez en su mirada hubo un destello de duda.

Moira, aún temblando de ira, lo miró con asco antes de tomar a su hermana del brazo y alejarla.

—Vamos, Fianna. No vale la pena desperdiciar palabras con él.

Fianna respiró hondo, obligándose a apartar la vista del hombre que les había arrebatado tanto. Se giró sobre sus talones y salió de la celda sin dignarse a mirar atrás.

Moira la siguió, con su rostro todavía pálido por la revelación.

—No veo la hora de que llegue el día en que pague por todo lo que ha hecho —murmuró.

Fianna no respondió, pero en su interior sabía que haría todo lo posible para que así fuera.

Capítulo 36

Magnus llegó al castillo MacKendrick con el ceño fruncido y el corazón latiendo con fuerza. Su furia ardía como el acero al rojo vivo, pero en cuanto cruzó las puertas y sus ojos encontraron a Fianna en el patio de armas, su rabia vaciló por un instante.

Ella estaba entrenando con su hermana y varias de sus guerreras, su cabello estaba recogido en una trenza desordenada, su cuerpo ágil y fuerte se movía con destreza mientras blandía la espada con una confianza feroz.

Había cambiado. Su silueta parecía más definida, más poderosa, más mujer. Un pensamiento involuntario cruzó su mente: estaba más hermosa que nunca. Pero en cuanto ella se giró y sus miradas se encontraron, su enfado regresó con toda su intensidad.

El impacto de verlo golpeó a Fianna con la misma fuerza que un huracán, y su pecho se contrajo con una oleada de emociones que no supo cómo controlar. Su corazón se aceleró, como si quisiera escapar de su cuerpo, y sus manos, aún firmes en la empuñadura de su *claymore*, temblaron levemente. Había soñado con ese momento más veces de las que se atrevía a admitir, había imaginado cómo sería volver a verlo, escuchar su voz, sentir su presencia imponente llenando el espacio. Pero nada la había preparado para la intensidad de ese instante.

No quería que él lo notara. No quería que Magnus viera cuánto lo había extrañado, cuánto lo necesitaba y cuánto la había herido su ausencia. Así que se obligó a mantener el rostro impasible, a ocultar la emoción tras una máscara de serenidad. Lentamente, entregó su

arma a una de sus guerreras y lo observó con calma, mientras limpiaba el sudor de su frente con el dorso de la mano.

Magnus desmontó con brusquedad y sacó la misiva de su limosnera, avanzando hacia ella con pasos firmes.

—Bienvenido, esposo —dijo con voz tranquila, sin alterar su expresión.

Pero Magnus no estaba dispuesto a recibir cortesías.

—¿Qué demonios es esto, mujer? —espetó, extendiendo la misiva arrugada frente a ella.

Fianna sostuvo su mirada sin inmutarse y tomó la carta con delicadeza, como si no comprendiera la ira que emanaba de su esposo.

—Una carta, por lo visto —respondió con neutralidad, plegando el pergamino entre sus dedos.

Ewan, que había presenciado la escena con los brazos cruzados y una sonrisa divertida, chasqueó la lengua.

—Esto será interesante —murmuró para sí, mientras se apartaba para no interrumpir.

Magnus apretó la mandíbula con fuerza, sintiendo que su paciencia se desgastaba como un hilo a punto de romperse.

—No juegues conmigo, Fianna. Casi dos meses sin vernos, y cuando al fin recibo noticias tuyas, es para darme órdenes como si fuera uno de tus soldados. ¿Dónde demonios quedó la mujer que me juró lealtad?

Fianna alzó una ceja, divertida por su enfado, pero sin demostrarlo abiertamente.

—Me alegra que la carta llegara a su destino —dijo con aparente calma—. Pero este no es lugar para discutir. Ven, hablaremos en el despacho.

Sin darle oportunidad de protestar, se giró y comenzó a caminar hacia el interior del castillo. Magnus soltó una maldición y la siguió, con los hombros tensos y la furia ardiendo en su interior.

La mujer lo volvía loco, lo desesperaba con su actitud imperturbable, y lo que más le molestaba era que aún la deseaba con la misma intensidad que el primer día.

Cuando llegaron al despacho, Fianna cerró la puerta con suavidad y se cruzó de brazos.

—Ahora dime, ¿qué es lo que tanto te enfurece? ¿Acaso no era mi deber informarte de lo sucedido?

Magnus dejó la misiva sobre la mesa con un golpe seco.

—¿Informarme? No, Fianna. Lo que hiciste fue tratarme como un extraño. Como si no fuera tu esposo. Como si todo lo que hemos vivido juntos no significara nada.

Fianna apretó los labios por un instante, pero se mantuvo firme.

—¿Y qué esperabas? ¿Qué me arrojara a tus brazos después de que me abandonaras? —Su voz se tornó más fría—. No Magnus, no te daré ese placer.

El *laird* se acercó con pasos decididos, acortando la distancia entre ellos hasta que apenas quedaban unos centímetros entre sus cuerpos.

—¿Qué te abandone? Creo que no recuerdas que fui yo quien despertó solo en su lecho mientras mi esposa tomaba mi lugar como líder de su clan. —Su voz era un gruñido contenido—. Tenía que haber sido yo quien enfrentara a Bruce, pero no… tenía que ser la Fianna, la furia de las Tierras altas, la mujer que no necesita a nadie. No creas que no he escuchado como te llaman.

Fianna sintió la ira arder en su pecho.

—¡Lo hice por ti! —soltó, con los ojos brillando de rabia—. Porque casi mueres por culpa de ese hombre, porque alguien debía hacer justicia mientras te recuperabas, y porque si me quedaba quieta, Bruce habría intentado destruir lo poco que nos quedaba.

Magnus la miró fijamente, con respiraciones pesadas.

—Y ahora que tienes todo bajo control, ¿qué piensas hacer? —preguntó con voz ronca—. ¿Seguir gobernando aquí y olvidarte de que eres mi esposa?

Fianna sintió un nudo formarse en su garganta, pero no iba a mostrar debilidad.

—Hice lo que debía hacer, Magnus. No me arrepiento.

El *laird* apretó los puños a sus costados, con su mirada recorriendo su rostro con intensidad. De pronto, sin previo aviso, cerró la distancia entre ellos y la atrapó entre su cuerpo y la mesa.

—No sabes cuánto he deseado volver a verte —susurró con voz grave—. Pero maldita seas, Fianna, no puedo perdonarte por apartarme de tu lado.

Fianna sintió que los nervios se anidaron en su estómago. Sus manos temblaron, pero no retrocedió.

—No necesitas perdonarme —susurró—. Porque no hice nada que no fuera necesario.

Magnus la miró por un largo instante antes de soltar un resoplido y apartarse bruscamente, dándole la espalda.

—No puedo estar cerca de ti ahora —dijo con voz tensa—. Necesito aire.

Y sin decir nada más, salió de la estancia, dejando a Fianna con el corazón latiendo desenfrenado y los ojos ardiendo con emociones que no quería admitir

Capítulo 37

Después de su acalorada discusión con Magnus en el despacho, Fianna salió con paso firme, conteniendo la tormenta de emociones que la embargaba. Recorrió los pasillos con rapidez hasta encontrar a Paige en la gran sala, donde supervisaba a las criadas. La mujer la vio acercarse y notó la tensión en sus facciones.

—Prepara una estancia para mi esposo —ordenó con voz firme—. No pienso compartir mi alcoba con él.

Paige parpadeó, sorprendida, pero no hizo preguntas. Asintió con rapidez y se retiró para cumplir con la instrucción.

Magnus, que justo entraba a la sala en ese instante, no ocultó su desagrado por las palabras que acababa de oír de la boca de su esposa.

Frunció el ceño, al mismo tiempo que su mirada se oscurecía y se teñía de incredulidad.

—¿Así me recibes después de todo este tiempo? ¿Me destierras a otra habitación como si fuera un desconocido? —su voz era un gruñido bajo y peligroso.

Fianna se cruzó de brazos, desafiante.

—¿Esperabas otra cosa? —su tono fue cortante—. No soy la misma mujer que dejaste atrás, Magnus.

El *laird* la miró con el ceño fruncido, pero no replicó. Se limitó a observarla con ojos gélidos antes de girarse y marcharse sin decir una palabra.

Los días que siguieron fueron incómodos. En cada comida, el aire se volvía espeso, las conversaciones eran cortas y las miradas fugaces. Moira intentaba animar la mesa con algún comentario trivial, pero nadie podía ignorar la tirantez palpable entre su hermana y Magnus. Ewan y Bailey intercambiaban miradas incómodas, conscientes de que cualquier palabra podría detonar otra pelea entre los esposos.

Finalmente, una tarde, Magnus la encontró sola en la biblioteca. La observó en silencio por un instante antes de acercarse con paso decidido.

—Necesitamos hablar —dijo con firmeza.

Fianna cerró el libro que tenía en las manos y lo dejó sobre la mesa. Sabía que este momento llegaría tarde o temprano.

—Adelante —respondió con calma, alzando la barbilla en un gesto de provocación.

Magnus apoyó ambas manos en la mesa y la miró fijamente.

—Háblame del compromiso de Moira —pidió con voz grave.

Fianna suspiró, pero mantuvo su compostura.

—Le escribí al *laird* MacKenzie y acordamos que su hijo Gavin se casará con Moira. Así el clan tendrá un líder legítimo y la estabilidad se mantendrá.

Magnus la observó con detenimiento, analizando cada palabra.

—Eso significa que el clan MacKendrick ya tiene una nueva señora —dijo en voz baja—. ¿Entonces cuál es tu lugar ahora, Fianna?

Ella mantuvo la mirada fija en él.

—Mi lugar está junto a mi esposo —afirmó—. Pero eso no significa que deba actuar como tu esposa en todos los sentidos. Dormiremos en habitaciones separadas. No esperes que todo vuelva a ser como antes.

El *laird* sintió que la sangre le hervía en las venas.

—¿Eso crees? —Su voz era un gruñido peligroso.

En un movimiento veloz, la sujetó por los brazos y la atrajo hacia él con fuerza. Fianna intentó liberarse, pero Magnus era más fuerte. Antes de que pudiera protestar, sus labios se apoderaron de los de ella en un beso feroz, cargado de frustración y deseo contenido.

Fianna logró apartarse, y casi sin pensarlo, alzó la mano y le propinó una bofetada que resonó en toda la estancia.

Magnus apenas reaccionó. En lugar de alejarse, la miró con intensidad y volvió a besarla, esta vez con más pasión, con más necesidad. Su mano se deslizó por su espalda, sujetándola con fuerza mientras ella luchaba entre el deseo y la ira que la consumían.

Y entonces, lo sintió. Un calor abrasador recorriéndola por dentro, instalándose entre sus piernas, amenazando con doblegar su voluntad. Su cuerpo clamaba por él, por su toque, por el fuego de su piel contra la suya. Pero su orgullo era más fuerte.

Con un esfuerzo titánico, Fianna se apartó de golpe, con su respiración entrecortada y el corazón golpeando con fuerza su pecho. Miró a Magnus con una mezcla de rabia y vulnerabilidad, y sin decir una palabra más, se giró sobre sus talones y salió de la biblioteca dejándolo allí solo, con la frustración ardiéndole en las venas.

Capítulo 38

Fianna estaba en su cama, con la mirada fija en el techo y el cuerpo encendido por una necesidad que no podía ignorar. Se removió entre las sábanas, pero nada aliviaba la sensación de ardor que recorría su piel. Su mente la traicionaba con recuerdos de las noches que había compartido con Magnus, con la intensidad de sus caricias, con la forma en que su cuerpo respondía al más mínimo roce de sus manos.

Por más que intentara convencerse de lo contrario, lo extrañaba.

Se incorporó lentamente, respirando hondo para calmarse, pero fue inútil. La decisión se formó en su mente antes de que pudiera resistirse. Cogería lo que era suyo por derecho. Saciaría su cuerpo, al igual que lo podían hacer los hombres. Si lo pensaba bien, ella ya había roto todas las reglas posibles, convirtiéndose en una guerrera y la líder de la fortaleza MacKendrick, y esta era tan solo una absurda regla más que también prensaba romper.

Peinó sus cabellos con los dedos, dejándolos sueltos sobre sus hombros, y se colocó un fino camisón de lino que apenas cubría su piel desnuda. Derramó unas gotas de aceite de rosa en su cuello, disfrutando del dulce aroma, y salió de su alcoba con paso silencioso.

El castillo estaba en calma, las antorchas parpadeaban en los pasillos mientras caminaba con decisión hacia la habitación de su esposo. No debía pensarlo demasiado o cambiaría de opinión. Al llegar, abrió la puerta sin hacer ruido y se deslizó al interior.

Magnus dormía, su respiración profunda y acompasada llenaba la estancia. La luz de la chimenea apenas iluminaba su rostro,

haciéndolo parecer aún más imponente incluso en reposo. Fianna se deshizo de su camisón, se deslizó con sigilo bajo las mantas, y para cuando su cuerpo tocó el de Magnus, él se tensó y abrió los ojos de inmediato.

Su mirada azul la atrapó en la penumbra, y durante un largo instante, ninguno de los dos habló. No era necesario.

—Fianna… —murmuró, con voz ronca por el sueño.

Ella no respondió. En cambio, dejó que sus dedos recorrieran su pecho desnudo, sintiendo el calor de su piel. Magnus entrecerró los ojos, y su cuerpo reaccionó de inmediato a sus caricias.

—¿A qué juegas, mujer? —preguntó, aunque su tono no tenía reproche alguno, sino un deseo palpable.

—No estoy jugando —respondió ella, subiendo sobre él con movimientos lentos y decididos.

Lo besó con ansia, derribando la distancia entre ellos, tomando el control con una fiereza que Magnus no esperaba. Él dejó escapar un gruñido de placer, y con sus manos recorrió su espalda, aferrándose a sus caderas con fuerza y presionándola contra su miembro duro y erecto. Fianna deslizó sus labios por su cuello, su pecho, marcando cada centímetro de su piel como si quisiera reclamarlo solo para ella. Mordió su torso esculpido, y lamió sus pezones arrancando intensos jadeos de su amante.

—Demonios, Fianna… —gruñó Magnus, inclinando la cabeza hacia atrás, dejándose arrastrar por la intensidad de sus caricias.

Ella sonrió contra su piel, satisfecha de ver que tenía el poder de enloquecerlo. Esa noche, ella sería quien dictara el ritmo, quien lo llevaría al borde del abismo.

Su boca descendió lentamente, dejando un reguero de besos ardientes que arrancaron gemidos profundos de los labios de Magnus. Su lengua exploró su pecho y su vientre, provocando escalofríos de anticipación en su esposo, quien la miraba con una mezcla de lujuria y rendición absoluta.

—Me estás volviendo loco —dijo aferrándose a sus caderas con un deseo incontrolable.

Fianna se colocó entre sus piernas, y después sujeto su miembro de forma firme para meterlo en su boca.

Fianna devoró con intensidad a Magnus, mientras sentía que su miembro se hinchaba todavía más entre la humedad de su boca cálida. Él creyó que moriría allí mismo. Que su esposa había llegado para torturarlo, pues bien sabía él que estaba perdiendo toda capacidad de raciocinio.

—Fianna para… para… no puedo más.

Ella alzó la vista y lo miró fijamente mientras recorría cada centímetro de su glande con su lengua.

Después se deslizó sobre él, haciéndolo sentir cada roce de su piel contra la suya, y tras sujetar su dureza con su mano se insertó en él despacio, lento.

Se permitió unos segundos para acostumbrarse, y después se movió con una sensualidad innata, marcando el ritmo, disfrutando del poder que tenía sobre su esposo.

Magnus trató de tomar el control, pero ella lo detuvo, sujetándole las muñecas contra la cama.

—Esta noche mando yo —dijo contra sus labios antes de besarlo con un hambre feroz.

Magnus la dejó hacer, dejándose llevar por la vorágine de placer que ella le ofrecía sin restricciones. Fianna se entregó a la pasión con una fiereza que los consumió a ambos, haciéndolos perderse en un torbellino de sensaciones. Los movimientos se tornaron duros, potentes, y el sonido de sus cuerpos al chocar pronto lleno la habitación. Fianna se permitió jadear tal y como su cuerpo le rogaba. Sintió que su sexo palpitaba, y se restregó contra él dejando que toda ella fluyera.

El *laird* sintió como su esposa se contraía de forma involuntaria, y supo que estaba rozando la cumbre. Besó sus pechos con intensidad e hizo que sus movimientos fuesen más profundos jalándola por las caderas.

Cuando alcanzaron el clímax, lo hicieron juntos, enredados el uno en el otro, aferrándose como si fueran la única verdad en el mundo.

Fianna se dejó caer, apoyó la cabeza en su pecho, y escuchó los latidos acelerados de su esposo. Sintió su brazo envolviéndola con fuerza, como si temiera que desapareciera al amanecer.

Pero ella no pensaba quedarse. Se permitió un momento para recuperarse, y con el mismo sigilo con el que había llegado, Fianna se deslizó fuera de la cama, recogió su camisón y se dirigió hacia la puerta.

Magnus la observó con el ceño fruncido, sin entender qué hacía.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó con voz ronca.

Ella apenas se giró, para mirarlo con una sonrisa enigmática.

—Me voy a mi alcoba.

—¿Por qué? Yo pensaba…

—Es mejor que no pienses, esposo. Esto solo ha sido lo que es: una necesidad primaria.

Magnus sintió un golpe en el pecho ante sus palabras. ¿Solo eso había sido para ella? Pero antes de que pudiera responder, Fianna ya había desaparecido tras la puerta, dejándolo con el cuerpo saciado, pero el alma más vacía que nunca.

Capítulo 39

Pasaron los días, y las noches se llenaban de lujuria y pasión, pero durante el día, Fianna se mostraba fría y distante. Magnus no entendía aquel comportamiento que lo estaba volviendo loco. ¿Qué era lo que quería? ¿Acaso lo estaba castigando, o es que había algo más que se le escapaba de las manos?

Cada vez que intentaba acercarse a ella más allá del deseo carnal, Fianna levantaba un muro imposible de atravesar. Lo quería en su cama, pero en ningún otro aspecto de su vida. Y Magnus, que nunca había sido un hombre paciente, sentía que la situación lo carcomía por dentro. No soportaba la idea de que lo usara solo para saciar su cuerpo y después lo tratara como si no existiera.



La mañana transcurría en calma dentro del castillo MacKendrick. Fianna, Moira y Magnus compartían el desayuno en la gran mesa del salón principal. La atmósfera entre Fianna y Magnus seguía siendo tensa, marcada por las noches de pasión y los días de frialdad absoluta. Moira, por su parte, intentaba ignorar el ambiente cargado entre su hermana y su esposo, aunque no podía evitar sentir la incomodidad de estar atrapada entre ambos.

Un sirviente irrumpió con premura en la estancia, haciendo que los tres levantaran la vista.

—Mi señora —se dirigió a Fianna con una reverencia—. El *laird* Mackenzie y su hijo han llegado.

Moira sintió un vuelco en el estómago. Había aceptado su destino con la cabeza en alto, pero enfrentarlo en ese instante la hizo estremecer. Recordaba a Gavin como el niño con el que había jugado en la infancia, pero habían pasado años desde la última vez que lo vio. Ahora era un hombre hecho y derecho, y en cuestión de días, se convertiría en su esposo.

Fianna se puso de pie de inmediato, con su porte de líder intacto.

—Salgamos a recibirlos —ordenó con firmeza.

Moira tragó saliva, sintiendo el nerviosismo recorrerle el cuerpo. Magnus la observó de reojo y le dedicó una mirada evaluadora, como si intentara descifrar sus pensamientos, pero no dijo nada. Se limitó a ponerse de pie y seguir a su esposa hacia el patio de entrada.

Cuando cruzaron las grandes puertas del castillo, la visión de la comitiva Mackenzie aguardando al pie de la escalinata principal fue suficiente para dejar sin aliento a Moira.

Gavin Mackenzie desmontó con la gracia de un guerrero entrenado. Era alto, de hombros anchos y con una complexión atlética que hablaba de años de entrenamiento. Su cabello rubio caía hasta sus hombros, y su mandíbula cuadrada estaba enmarcada por una ligera sombra de barba. Pero lo que más captó la atención de Moira fueron sus ojos, de un verde intenso, como los mismos prados de Escocia.

Ella sintió el rubor subirle por las mejillas cuando sus miradas se cruzaron. Recordaba al niño que solía tirarle del cabello cuando jugaban de pequeños, pero el hombre frente a ella era alguien completamente distinto. Había madurado, y su sola presencia le imponía. De pronto, su respiración se tornó errática y una extraña sensación se instaló en su pecho.

Gavin, por su parte, recorrió a Moira con la mirada, sorprendido. Había aceptado la propuesta de matrimonio sin demasiadas expectativas. Recordaba a su prima como una niña risueña, con trenzas desordenadas y rodillas raspadas de tanto corretear por el

bosque. Pero la mujer que tenía delante no se parecía en nada a esa imagen de su infancia.

Era hermosa.

Su cabello dorado caía en suaves ondas sobre sus hombros, y sus ojos claros reflejaban una mezcla de nerviosismo y orgullo. Su porte era firme, pero el leve temblor de sus dedos delataba su inquietud. Gavin sintió un inusual deseo de tranquilizarla, de asegurarle que no tenía nada que temer.

El *laird* Mackenzie, un hombre de semblante serio y porte imponente, avanzó primero y se dirigió a Fianna con una leve inclinación de cabeza.

—Señora MacGregor —saludó—. Ha pasado mucho tiempo.

Fianna le devolvió el gesto con cortesía.

—Demasiado, *laird* Mackenzie. Os damos la bienvenida a nuestro hogar. —Él asintió con gentileza—. Deje que le presente a mi esposo, el *laird* Magnus MacGregor.

Ambos se saludaron con cortesía, y tras hacerlo, el *laird* MacKenzie giró la vista hacia Moira, quien mantenía la cabeza en alto a pesar de su evidente nerviosismo.

—Moira… —su tono se suavizó—. Has crecido mucho.

—Gracias, señor —respondió ella con voz serena, aunque su corazón parecía desbocado.

Gavin decidió intervenir en ese momento. Dio un paso adelante y extendió la mano en señal de cortesía.

—Moira —dijo simplemente, con su voz profunda y segura.

Moira sintió latigazo recorrerle el cuerpo antes de colocar su mano en la de él. Su contacto fue firme, pero no brusco, y por un instante, la calidez de su palma la hizo sentir extrañamente protegida.

—Gavin —respondió ella, obligándose a sostenerle la mirada.

Gavin sintió una punzada de admiración al ver la seguridad en sus ojos. No era una niña temerosa, sino una mujer con fuego en la sangre. Y eso, lejos de molestarle, despertó en él una inesperada curiosidad.

Fianna observó la interacción entre ambos y esbozó una leve sonrisa. Quizá, después de todo, este matrimonio arreglado no fuese

tan difícil de llevar como había imaginado.

Capítulo 40

El día del juicio llegó y con él, la presencia del rey. La gran sala del castillo se preparó para el evento, con largas mesas apartadas a los lados para dejar espacio al juicio. Los habitantes del castillo se reunieron en los márgenes, observando con atención y expectativa el destino de Bruce MacKendrick.

Los guardias arrastraron a Bruce hasta el centro de la sala, y aunque su aspecto era lamentable —delgado, sucio y con la barba desaliñada—, su arrogancia permanecía intacta. Sus ojos recorrieron la sala con desprecio hasta que se posaron en Fianna. Entonces, esbozó una sonrisa burlona.

—Vaya, sobrina —dijo con desdén—. Sigues disfrutando de tu papel de señora. Dime, ¿realmente crees que eres digna de sentarte en el lugar de tu padre?

Fianna no se dejó provocar. Mantuvo la cabeza en alto y le dirigió una mirada gélida.

—Tú no eres nadie para cuestionarlo —respondió con voz firme—. Hoy responderás por tus crímenes.

El monarca avanzó con paso majestuoso hasta el estrado donde presidiría el juicio. Su mirada severa se posó en Bruce antes de tomar asiento.

—Bruce MacKendrick, se te acusa del asesinato del *laird* Tormund MacKendrick, y de haber tendido una emboscada a Magnus MacGregor, *laird* de Glen Lyon. ¿Cómo te declaras? —Su voz resonó con autoridad en toda la sala.

Bruce soltó una carcajada seca y se encogió de hombros.

—No negaré que mi hermano ya no era apto para su puesto, pero ¿quién puede culparme por querer lo mejor para nuestro clan? Solo hice lo necesario. Y en cuanto a Magnus... Digamos que fue un desafortunado malentendido.

Un murmullo indignado recorrió la sala. Magnus dio un paso adelante, con los ojos ardiendo en furia, pero cuando fue a hablar se le adelantó su esposa.

—Intentaste asesinarlo —gruñó Fianna—. Tienes suerte de que conseguiste escapar…

Bruce giró la cabeza hacia ella y sonrió con burla.

—Ah, sí… mi valiente sobrina. Tan obstinada como su madre. Siempre creyendo que puede jugar en el mundo de los hombres. Pero dime, Fianna, ¿realmente crees que lo que hiciste significa algo? Sigues siendo solo una mujer, jugando a ser *laird*.

Fianna no parpadeó ni un segundo. Dio un paso al frente, sin apartar los ojos de su tío.

—Soy más *laird* de lo que tú jamás serás. Tú no querías el bienestar del clan, solo ambición y poder. Mataste a tu propio hermano para alzarte con el mando y casi destruyes a nuestra gente por tu egoísmo. Hoy pagarás por cada una de tus traiciones.

Bruce dejó de sonreír y la rabia nubló su rostro.

El rey alzó una mano, imponiendo silencio en la sala.

—He escuchado suficiente. Se ha probado tu culpabilidad, Bruce MacKendrick. Has traicionado a tu propia sangre, has asesinado al *laird* legítimo y has puesto en peligro la estabilidad del clan MacKendrick. Tu ambición desmedida ha causado el derramamiento de sangre. Por ello, tu sentencia es la muerte.

Un rugido de furia escapó de la garganta de Bruce cuando los guardias lo tomaron por los brazos. Pataleó, forcejeó con todas sus fuerzas, pero su destino estaba sellado.

—¡No podéis hacerme esto! —bramó, con su voz desgarrada por la desesperación—. ¡Esa mujer no es nada! ¡Soy el legítimo *laird*!

Pero su voz solo resonó contra las paredes de piedra sin encontrar apoyo alguno.

Fianna lo miró sin pestañear, sin remordimiento alguno.

—No, Bruce. Tu tiempo ha terminado.

Bruce MacKendrick sería ejecutado al amanecer.

Mientras la multitud murmuraba y se dispersaba, Fianna sintió un peso levantarse de sus hombros. Por fin se impartiría justicia, y su tío pagaría las consecuencias.

Capítulo 41

Bruce MacKendrick estaba sentado en el suelo de su celda, con la espalda apoyada contra la fría pared de piedra y las muñecas encadenadas. El aire húmedo y enrarecido del calabozo hacía que su rabia se tornara aún más insoportable. Había sido humillado, traicionado y derrotado por su propia sobrina. Cada noche se repetía la misma promesa: encontraría la forma de escapar y recuperar lo que era suyo.

El sonido de pasos firmes interrumpió sus pensamientos. Levantó la cabeza con el ceño fruncido cuando vio a un hombre alto y robusto, vestido con los colores del clan Fraser, detenerse frente a su celda. A su lado, un guardia del castillo le lanzaba una mirada nerviosa.

Bruce sonrió con burla. Si un Fraser estaba allí, significaba que aún tenía aliados.

—Parece que mi suerte está a punto de cambiar —dijo con arrogancia.

El hombre del clan Fraser se inclinó ligeramente hacia los barrotes y lo observó con una expresión inescrutable.

—El *laird* Fraser no está complacido con esta situación —dijo con voz grave—. El rey deseaba que Magnus MacGregor contrajera matrimonio con una de las hijas de mi *laird* para crear una alianza entre ambos clanes. Pero en su lugar, eligió a esa mujer… y ahora todo ha cambiado.

Bruce entrecerró los ojos, interesado.

—Así que también queréis verlo caer —dijo con una sonrisa torcida.

—No solo verlo caer —aclaró el hombre—. Queremos destruirlo. Si te ayudamos a recuperar el control de los MacKendrick, tu clan se unirá al nuestro contra Magnus. Te daremos recursos y apoyo, pero a cambio, cuando todo termine, te casarás con una de las hijas del laird Fraser. Es hora de sellar una nueva alianza.

Bruce soltó una carcajada ronca.

—Si eso es lo que hace falta para recuperar mi posición y vengarme de esos bastardos, así será.

El guerrero le lanzó una llave al guardia, quien, tembloroso, la tomó y se acercó para abrir la celda. Bruce lo miró con desprecio.

—Nunca confíes en un hombre que traiciona tan fácilmente —susurró mientras pasaba junto a él.

El guardia apartó la mirada y Bruce lo ignoró. Siguió a su rescatador por un estrecho pasillo iluminado por unas pocas antorchas que parpadeaban con cada corriente de aire.

Caminaban rápido, pero en silencio, sin que sus pasos resonaran demasiado en la piedra húmeda del suelo. Conocía esos pasillos secretos; de niño, los había recorrido con su hermano en busca de aventuras. Quién hubiera dicho que un día serían su única salvación.

Llegaron a una pequeña puerta de madera que apenas se distinguía en la penumbra. El guerrero Fraser la abrió y le indicó que pasara. Bruce se encontró de inmediato en el bosque, donde la luna iluminaba tenuemente la arboleda.

Junto a un gran roble, dos caballos negros esperaban impacientes, atados a una rama baja.

—Debemos darnos prisa —dijo el hombre—. Nadie sabe cuánto tardarán en descubrir tu ausencia.

Bruce no necesitaba que se lo repitieran dos veces. Montó con agilidad, y antes de partir, lanzó una última mirada hacia el castillo que hasta hace poco había sido suyo.

—Volveré, Fianna —murmuró con una sonrisa oscura—. Y esta vez, no cometeré errores.

Sin más, espoleó su caballo y desapareció en la espesura de la noche, acompañado por su nuevo aliado y la promesa de venganza

resonando en su mente.

Capítulo 42

El estruendo de las campanas de alarma rompió la quietud del amanecer, haciendo que la fortaleza MacKendrick se sumiera en el caos. Los soldados corrían de un lado a otro, las órdenes se gritaban sin descanso y el estrés se sentía en cada rincón del castillo.

Fianna bajó las escaleras a toda prisa, aún con la bata ceñida a su cuerpo, con su melena pelirroja suelta y el rostro crispado por la preocupación. En cuanto pisó el patio, sus ojos buscaron desesperadamente a Magnus, y cuando sus miradas se encontraron, supo que estaba furioso.

—¿Cómo ha sucedido esto? —rugió Magnus, su tono parecía el de un trueno en medio de una tormenta.

Ewan, con el ceño fruncido, sacudió la cabeza.

—No lo sabemos aún. La celda estaba vacía y no hay rastro de él en los alrededores. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—¡Maldita sea! —masculló Magnus, golpeando una de las mesas cercanas con el puño, haciendo que un par de soldados dieran un respingo.

El rey, que aún no había partido, irrumpió en la escena con el rostro endurecido. Sus ojos fríos recorrieron a los presentes antes de hablar con la voz de un monarca traicionado.

—Bruce MacKendrick es ahora un fugitivo de la corona. Todo aquel que lo oculte será castigado por traición. Se enviarán mensajes a cada clan leal para que se le dé caza sin tregua. —Su sentencia cayó como una losa sobre todos los presentes.

Los guerreros asintieron y partieron con rapidez para transmitir la orden. Fianna sintió un escalofrío recorrerla por dentro. Bruce era

escurridizo, y si había logrado escapar, no lo había hecho solo. Alguien dentro de su propia fortaleza había facilitado su huida.

El rey, sin más que hacer allí, partió hacia sus tierras esa misma tarde, dejando la responsabilidad de la captura en manos de Fianna y Magnus.

La distancia e incomodidad entre ambos era palpable, pero al menos compartían un mismo objetivo.

—Debemos dividir nuestras fuerzas —sugirió Gavin, quien había estado en silencio hasta el momento. Su voz grave atrajo la atención de todos—. Podemos organizar patrullas alrededor de las tierras MacKendrick y asegurarnos de que Bruce no intente regresar.

Magnus asintió con severidad.

—Ewan y yo nos encargaremos del norte y el este —decidió—. Bailey tomará el oeste. Gavin, tú y tus hombres podéis rastrear el sur.

—Yo también iré —intervino Fianna con firmeza.

Magnus giró el rostro hacia ella con una mirada peligrosa.

—No. Tú te quedarás aquí, asegurándote de que Bruce no tenga aliados dentro de la fortaleza. —Su tono fue autoritario, pero Fianna no se inmutó.

—Soy tan capaz como cualquiera de vosotros de atraparlo. No pienso quedarme de brazos cruzados mientras vosotros…

—No pienso discutir esto ahora. —La cortó con frialdad—. Bruce pudo escapar porque alguien de aquí lo ayudó, y necesito a alguien en quien confiar dentro de estas murallas. Te toca a ti, Fianna. No aceptaré un no por respuesta.

Fianna apretó los dientes, sintiendo que la ira y la frustración la quemaban por dentro. Quería discutir, quería desobedecer, pero sabía que Magnus tenía razón. Con rabia contenida, asintió bruscamente y se cruzó de brazos.

Con un plan establecido, los guerreros se dispersaron en todas direcciones, cada uno con una misión clara. Fianna permaneció en el patio, observando las figuras de los hombres perderse en el horizonte y su cuerpo se tensó.

Bruce podría haber escapado, pero no por mucho tiempo. Juró que esta vez, cuando lo atraparan, no habría misericordia.

Capítulo 43

El sol comenzaba a ocultarse tras las montañas cuando Magnus regresó a la fortaleza MacKendrick. Su rostro estaba marcado por el cansancio y la frustración. Habían rastreado los alrededores sin descanso, pero no había rastro de Bruce. No sabía cómo, pero aquel maldito traidor había conseguido desaparecer como un fantasma.

Nada más poner un pie en el castillo, vio a Fianna esperándolo en el patio con los brazos cruzados y una expresión que dejaba claro que no esperaba buenas noticias.

—¿Y bien? —preguntó ella, con el ceño fruncido.

Magnus descendió de su caballo con brusquedad y la fulminó con la mirada.

—No hemos encontrado nada. Ni un rastro, ni una huella. Es como si se hubiera esfumado en el aire.

Fianna torció el gesto y su expresión de descontento solo avivó la ira contenida en Magnus. ¿Acaso creía que había disfrutado de aquella humillación?

—Si tienes algo que decir, hazlo de una vez —gruñó Magnus.

—No, mi señor. Solo pienso en cómo habría sido si me hubieras permitido salir también con los hombres —dijo con una falsa cortesía que le crispó los nervios.

El rostro de Magnus se tensó. Sabía que aquello no terminaría allí, así que, sin decir más, le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera al interior de la fortaleza.

—Vamos —ordenó con voz cortante.

Fianna alzó la barbilla con desafío, pero lo siguió sin rechistar. Una vez dentro, Magnus cerró la puerta tras ellos con un golpe seco.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —preguntó, acercándose a ella con paso firme—. Desde que partí, te has dedicado a mirarme con ese maldito reproche en los ojos. ¡Si tienes algo que decir, dilo de una vez!

Fianna lo enfrentó sin miedo, sus ojos brillaban con la misma furia que ardía en los de Magnus.

—¿Quieres saber qué me pasa? Que siempre me apartas —espetó ella—. Nunca me escuchas, nunca confías en mí. ¿Crees que no me habría sido útil ahí fuera? ¡Yo conozco estas tierras mejor que cualquiera de tus hombres! ¿Sabes lo que he hecho mientras tú no estabas? Descubrí quién dejó escapar a Bruce.

Magnus entrecerró los ojos.

—¿Y quién fue?

—Uno de los guardias de las celdas permitió el paso de un guerrero que lo amenazó con matar a su familia si no lo dejaba pasar. No tuvo más remedio que obedecer. Ahora está encerrado en los calabozos —dijo con orgullo, cruzándose de brazos—. Así que dime, Magnus, ¿quién ha sido más útil?

Magnus sintió su rabia bullir bajo la piel. Odiaba admitirlo, pero ella tenía razón. Se pasó una mano por el cabello, frustrado.

—¿Y sabes quién era ese guerrero? —preguntó, tratando de aferrarse a lo poco que le quedaba de control.

Fianna negó con la cabeza, su rabia aún latente.

—No. El guardia no pudo identificarlo. Pero lo averiguaré. Aunque claro, supongo que tampoco querrás que me involucre en eso.

Magnus soltó un gruñido bajo, sintiendo que su paciencia pendía de un hilo.

—No se trata de apartarte, Fianna. ¡Eres mi esposa! No quiero ponerte en peligro.

—Ese es precisamente tu problema —espetó ella, dando un paso al frente, encarándolo—. No me tratas como a un igual, sino como si fuera inferior. Como si mi vida fuera menos valiosa que la tuya. Tú fuiste quien propició este matrimonio. Me necesitabas, y sigues haciéndolo, solo que no lo aceptas.

Magnus sintió como cada palabra lo golpeaba con fuerza. Quería gritarle, quería sacudirla y hacerla entender que su única intención era protegerla, pero algo dentro de él se rompió al ver la decepción en su mirada.

—Fianna…

—No. —Ella levantó una mano, negándose a escucharlo—. Estoy cansada, Magnus. Cansada de luchar no solo contra mis enemigos, sino también contra ti. —Sus ojos se llenaron de una tristeza que lo desarmó—. Si no puedes verme como tu igual, como tu compañera, entonces dime, ¿para qué demonios me necesitas?

Magnus abrió la boca para responder, pero Fianna ya había girado sobre sus talones y se marchó, dejando la puerta abierta tras de sí.

Por primera vez, Magnus comenzó a ver las cosas como las veía ella. Y no le gustaba en absoluto lo que veía.

Capítulo 44

Ya era casi el mediodía cuando Fianna y Moira decidieron salir a pasear por los alrededores del castillo. La brisa fresca agitaba sus cabellos, y el sonido de los pájaros les ofrecía una serenidad que, al menos por un rato, les permitía olvidar las tensiones y preocupaciones que pesaban sobre sus hombros.

—No falta mucho para la boda —comentó Fianna con una sonrisa ladeada, observando a su hermana de reojo.

Moira, que iba con la mirada perdida en el horizonte, suspiró con cierto nerviosismo.

—Lo sé. Y cuanto más se acerca, más nerviosa estoy —confesó en voz baja.

Fianna frunció el ceño y se detuvo para mirarla mejor.

—¿Acaso dudas de tu decisión? —preguntó con suavidad.

Moira negó con la cabeza rápidamente.

—No… no es eso. Es solo que… esto es real. Voy a convertirme en esposa, en señora de un clan. Y aunque Gavin me agrada, he de admitir que tengo miedo de no estar a la altura.

Fianna le tomó las manos con ternura.

—No tendrás problemas, Moira. Te he visto cómo lo miras, y sé que te gusta. Y lo mismo sucede con él. Si hay algo que he aprendido, es que un matrimonio basado en el respeto mutuo tiene muchas más posibilidades de ser fuerte que uno basado en obligaciones impuestas. Debes pasar más tiempo con él antes de la boda. Háblale, conócelo mejor. Deja que vea quién eres realmente. Eres una guerrera, Moira, una futura líder. No una mujer que se

quedará en casa para esperar a su esposo. Debes asegurarte de que él lo entienda antes de dar el paso. Así no habrá sorpresas después.

Moira la miró con admiración, pero luego su sonrisa se tornó pícara.

—¿Eso es lo que te pasa con Magnus? ¿Que no te respeta?

Fianna soltó una carcajada amarga y sacudió la cabeza.

—No es eso, Moira. Su problema es que no acepta lo que soy. —Exhaló un suspiro profundo, como si al hacerlo intentara liberar la carga que llevaba dentro—. Y mientras no lo haga, nunca podremos ser realmente felices. Lo amo, muchísimo, pero no dejaré que ningún hombre me diga lo que hacer. —Por primera vez, se permitió confesarlo en voz alta. Y sintió que, al hacerlo, su corazón se apretaba más de lo que esperaba.

Moira ladeó la cabeza, evaluando sus palabras.

—¿Quizás su problema es que no te ama lo suficiente?

Fianna sintió un nudo en la garganta, pero se obligó a mantenerse firme.

—Quizá…

—¿No te lo ha dicho? —insistió su hermana.

—Todavía no —admitió, apartando la mirada.

Moira suspiró y le apretó la mano con fuerza.

—A veces, no hace falta decirlo, Fianna. Solo tienes que mirarlo.

Fianna torció el gesto, con una sombra de dolor en sus ojos.

—Ya lo veo. Y no me gusta lo que veo.

Desde la distancia, oculto tras un muro de piedra, Magnus había escuchado cada palabra. Su pecho se encogió y sintió un peso abrumador en el estómago. Aquellas palabras lo golpearon con la fuerza de un puño invisible, dejándolo paralizado en su sitio.

Fianna lo amaba. Lo había dicho sin tapujos, sin barreras. Pero también había admitido que su amor no era suficiente, que su obstinación y su orgullo la alejaban de él. Se le revolvió el estómago al pensar que, después de todo lo vivido, ella creía que él no la amaba lo suficiente.

La verdad era que la amaba con cada fibra de su ser, pero… ¿cómo demostrárselo? Su instinto siempre había sido protegerla,

pero quizás en su intento por hacerlo, la había sofocado, la había hecho sentirse menos.

La vio alejarse junto a Moira, sin notar su presencia, y por primera vez, sintió que el suelo bajo sus pies se tambaleaba.

Capítulo 45

El sol se alzaba en el cielo cuando Gavin llegó a la fortaleza montado en su caballo. Desde la distancia, vio a Moira paseando junto a Fianna por los jardines, su risa suave flotaba en el aire como una melodía encantadora. Inspiró hondo y se dirigió hacia ellas con decisión.

—Moira —llamó con voz firme mientras se acercaba—. ¿Me acompañarías a cabalgar por los alrededores?

Moira lo miró con sorpresa, y su corazón se aceleró ante la propuesta. No esperaba que él diera el primer paso, pero algo dentro de ella se agitó con una mezcla de emoción y nerviosismo. Miró a su hermana, quien le dedicó una sonrisa cómplice.

—Claro —respondió ella—, pero montaré mi propio caballo.

Gavin sonrió con aprobación. Aquello le gustaba. Su futura esposa no era una mujer sumisa, sino alguien con carácter, alguien que sabía tomar sus propias decisiones.

Juntos caminaron hasta las caballerizas, donde ensillaron otro caballo. Moira sintió cómo su pecho se llenaba de una emoción extraña cuando Gavin le ofreció ayuda para subir a la montura, pero ella lo rechazó con una sonrisa, colocando el pie en el estribo y montando con agilidad.

Cabalgaron a través de las colinas, sintiendo la brisa fría contra sus rostros. Moira, incapaz de contenerse, lo retó a una carrera.

—A ver si eres tan rápido como parece —se burló antes de espolear su caballo y salir disparada.

Gavin rio con diversión y no dudó en seguirla. Galoparon a toda velocidad por los campos, esquivando los árboles con habilidad.

Moira sintió la adrenalina recorrer su cuerpo, disfrutando del momento. Sin embargo, Gavin logró alcanzarla justo cuando llegaron al río.

Ambos desmontaron, ataron sus caballos a un árbol cercano y caminaron hacia la orilla. El agua cristalina reflejaba los rayos dorados del sol, y el sonido del río corriendo era una melodía tranquila. Moira se quitó las botas y hundió los pies en el agua helada, dejando escapar un suspiro de alivio.

—Esto es agradable —comentó ella con una sonrisa, cerrando los ojos por un instante.

—Lo es —asintió Gavin, sentándose a su lado—. No imaginé que encontraría tanta paz en este lugar.

Moira lo miró de reojo y rio suavemente.

—¿Acaso pensabas que aquí todo era guerra y sangre?

—Quizás —admitió él con una sonrisa—. Pero me alegra haberme equivocado.

Por un momento, el silencio los envolvió de manera cómoda. Moira se permitió mirarlo con detenimiento. Gavin ya no era el niño que recordaba de la infancia. Ahora era un hombre hecho y derecho, con rasgos duros, y una presencia imponente que le hacía sentirse segura.

—Siempre fuiste la niña que no temía ensuciarse las manos —dijo él de repente, sacándola de sus pensamientos—. Lo recuerdo bien. Jugábamos en los campos y tú eras la única que no se quejaba cuando caía en el barro.

Moira rio con nostalgia.

—Tú siempre me seguías en todas mis locuras. Nunca te importó que fuera una niña.

—Porque siempre has sido más valiente que muchos hombres que conozco —murmuró él.

Moira sintió que el aire abandonaba sus pulmones por un instante. Sus ojos se encontraron con los de Gavin, y su estómago se revolvió con una sensación desconocida. No era miedo, ni nerviosismo, era algo más.

Gavin levantó una mano y apartó un mechón de su cabello dorado que caía sobre su rostro. El simple roce de sus dedos en su

piel hizo que Moira contuviera la respiración.

—Eres hermosa —susurró él, con la voz más grave de lo habitual.

Moira sintió un calor ascender por su cuello y ruborizar sus mejillas. Nunca antes un hombre la había mirado de aquella manera, como si fuera lo único que existía en su mundo. Su corazón palpitó i con fuerza, como un tambor en plena batalla.

Sin pensarlo más, Gavin inclinó el rostro y rozó sus labios con los de ella en un beso suave, contenido, pero cargado de ternura.

El calor de su boca sobre la suya la hizo estremecerse. Al principio, fue un roce tímido, como si él le estuviera pidiendo permiso. Pero en cuanto Moira respondió con torpeza, Gavin profundizó el beso con una pasión contenida que la hizo sentir un cosquilleo en la piel. Sus dedos se deslizaron lentamente por su mejilla hasta sostener su nuca, atrayéndola más a él.

Moira se dejó llevar. Se sintió rodeada por su calidez, por su aroma, por la sensación de sus labios firmes moldeándose contra los suyos. La forma en la que Gavin la tocaba, con dulzura y reverencia, la hizo sentirse deseada de una manera que nunca antes había experimentado.

Cuando se separaron, Gavin la miró con intensidad, con sus pupilas dilatadas por la emoción.

—Lo siento Moira, tenía que hacerlo —confesó en un murmullo ronco—. Y ahora que ha sucedido, no tengo dudas. No solo quiero que seas mi esposa, deseo que lo seas con todo mi ser.

El corazón de Moira se encogió con una emoción arrolladora. Su mente le gritaba que era demasiado pronto, que apenas estaban descubriéndose. Pero su corazón, su corazón ya había encontrado en él un refugio seguro.

—No lo sientas, te prometo que a mí también me ha gustado —dijo ella con una sonrisa.

Gavin sonrió y acarició su mejilla con el dorso de sus dedos, y Moira rio, sintiendo que en su interior algo florecía por primera vez. Quizás su destino no era tan incierto como había creído.

Capítulo 46

El día de la boda amaneció radiante, con el sol iluminando la fortaleza y el aire impregnado de un suave aroma a flores silvestres. Desde temprano, los sirvientes corrían de un lado a otro, ultimando los detalles de la celebración. La capilla había sido adornada con guirnaldas de hiedra y rosas blancas, y los estandartes de los clanes ondeaban con orgullo en lo alto de las torres.

Moira estaba deslumbrante. Su vestido de un blanco impoluto ceñía su figura de forma delicada y elegante, con bordados en hilo dorado que reflejaban la luz con cada movimiento. Su cabello rubio caía en suaves ondas sobre su espalda, adornado con pequeñas perlas que realzaban su belleza natural. Mientras se miraba en el espejo, sintió un leve temblor en sus manos. Su corazón latía con fuerza, mezcla de emoción y nerviosismo.

—Estás preciosa, Moira —le dijo Fianna, colocándole un mechón de cabello tras la oreja.

—¿Crees que saldrá bien? —preguntó la joven con un hilo de voz.

—Gavin es un buen hombre. No tienes nada que temer —respondió Fianna con seguridad—. Además, he visto cómo te mira, y créeme, te adora.

Moira sonrió con timidez y respiró hondo antes de encaminarse hacia la capilla.

Magnus, de pie entre los invitados, observó cómo la ceremonia transcurría con solemnidad. Pero su mirada, más que en los novios, se posó en Fianna. Vestida con un atuendo elegante en tonos esmeralda, irradiaba una belleza arrebatadora. Sin embargo, lo que

más lo conmovió fue la emoción en sus ojos al ver a su hermana prometerse en matrimonio. El corazón se le encogió en el pecho. Aquello lo transportó a su propia boda con ella, a los votos que habían intercambiado, a todo lo que habían vivido desde entonces.

Cuando el sacerdote pronunció a Moira y Gavin marido y mujer, los aplausos resonaron en la capilla, y los recién casados se fundieron en un beso tierno y lleno de emoción. La felicidad en los rostros de los asistentes era palpable.

Después de la ceremonia, el castillo se sumió en una gran celebración. Largas mesas rebosaban de manjares y vino, la música llenaba el aire, y la risa de los invitados resonaba en cada rincón. Moira y Gavin bailaban juntos, envueltos en su propio mundo, mientras Fianna los observaba con una sonrisa nostálgica.

Magnus la encontró apartada, observando la escena con la mirada perdida. Su pecho se tensó al verla así. No había habido calidez entre ellos desde hacía semanas, y lo cierto era que no soportaba más la distancia.

Cuando Fianna decidió retirarse temprano, Magnus la siguió sin pensarlo dos veces. Subió las escaleras tras ella y alcanzó la puerta de su habitación justo cuando ella estaba a punto de cerrarla.

—Fianna —dijo con firmeza, sujetando la puerta.

Ella se giró con el ceño fruncido, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Si has venido por lo que creo, no te hagas ilusiones.

Magnus dejó escapar un suspiro, agotado por la barrera que ella había construido entre ellos.

—No es por eso —respondió con voz ronca—. Necesitamos hablar. No soporto más esta distancia.

Los ojos de Fianna se endurecieron, pero Magnus no dejó que se alejara. Dio un paso hacia ella, con su mirada clavada en la suya.

—Te echo de menos —confesó—. Y te amo.

Fianna sintió cómo su corazón se detenía un instante. Su cuerpo entero se tensó y un escalofrío la recorrió al escuchar aquellas palabras que tanto había esperado. Sin embargo, no iba a permitir que fueran tan fáciles de decir entonces después de tanto dolor.

—¿Y es ahora cuando lo dices? —murmuró con voz temblorosa—. ¿Después de todo este tiempo?

—Sé que no tengo derecho a pedir nada —continuó Magnus, con su voz ronca y llena de emociones encontradas—, pero déjame explicarme. Me equivoqué, Fianna. Me equivoqué al querer que fueras menos de lo que eres para yo poder sentirme más fuerte. Me he dado cuenta de que he sido un egoísta, y que sin ti, no soy nada.

Las lágrimas nublaron la visión de Fianna. No quería ceder, pero el amor que sentía por él la desbordaba.

—¿Lo dices en serio? —susurró, con su voz apenas en un aliento.

—Siento haberme comportado como un estúpido, y no haberte comprendido como te mereces. Eres una guerrera Fianna, valiente y osada, tanto que has puesto tu vida en peligro por mí y por tu clan, y yo en lugar de alabarte, me sentí abrumado. Hasta que comprendí que eso es lo que me ha llevado a enamorarme de ti, pequeña.

Fianna sintió que todas las barreras que había creado contra Magnus caían de golpe, mientras no podía contener las lágrimas. Verlo allí ante ella abriendo su corazón y declarando sus sentimientos de aquella manera, la embargó de una felicidad que apenas le cabía en le pecho.

Magnus avanzó hacía ella, eliminando la distancia entre ellos y con delicadeza, tomó su rostro entre sus manos y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Te amo Fianna MacGregor, y lamento profundamente no haberme dado cuenta antes. —afirmó con convicción—. Y si aún no me crees, déjame demostrártelo.

Antes de que ella pudiera responder, Magnus inclinó su cabeza y atrapó sus labios con un beso desesperado, hambriento y lleno de sentimientos reprimidos. Fianna sintió que sus piernas temblaban. Sus brazos se envolvieron alrededor del cuello de Magnus y se aferró a él con fuerza.

El beso fue una mezcla de amor y deseo contenido, una súplica y una promesa. Magnus la sostuvo contra su cuerpo, como si temiera que pudiera desaparecer. Cuando sus labios se separaron,

ambos respiraban con dificultad, pero sus frentes permanecieron pegadas, sin querer romper el momento.

Fianna dio un par de pasos atrás, deslizó sus manos por su cintura y, con un suave movimiento, retiró la tela de su vestido. Sus dedos quedaron inmóviles sobre la curva de su vientre. Magnus la miró, y sintió que su respiración se detuvo.

—Fianna… —susurró con la voz impregnada de emoción. Se acercó a ella, y acarició con ternura la curva incipiente de su vientre—. ¿Estoy en lo cierto?

Fianna mordió su labio inferior, con los ojos vidriosos, y asintió.

—Sí, Magnus. Vas a ser padre.

La felicidad que lo embargó fue indescriptible. Con un gruñido de emoción, la estrechó contra su pecho y besó cada centímetro de su rostro. Sus labios se encontraron en un beso cargado de amor.

Se amaron con urgencia y ternura, con la pasión contenida de semanas de distancia y la alegría de saber que había algo más profundo que los unía. Magnus la adoró con cada caricia, con cada beso, asegurándose de que ella sintiera lo importante que era para él.

Esa noche, más que pasión, hubo entrega absoluta. Un reencuentro de almas que nunca debieron separarse.

Capítulo 47

La mañana era fría y clara cuando Fianna y Moira se detuvieron ante las imponentes puertas del castillo MacKendrick. El sol apenas despuntaba en el horizonte, iluminando la escarcha que cubría los campos como un manto de cristal. La fortaleza, que durante tanto tiempo había sido el hogar de ambas, ahora pertenecía a Moira y a su esposo, Gavin. El clan MacKendrick tenía un nuevo *laird* y una nueva señora, y Fianna debía partir junto a su esposo, regresar a Glen Lyon y ocupar su lugar a su lado.

Las dos hermanas se miraron con emoción contenida. No había necesidad de palabras entre ellas, sus corazones estaban sincronizados en una misma tristeza y alegría.

—Voy a extrañarte, hermana —dijo Moira, con sus ojos claros empañados de lágrimas.

—Y yo a ti —respondió Fianna con una sonrisa triste, tomando sus manos con ternura.

Tomó aire, preparándose para la confesión que tanto había deseado compartir.

—Estoy esperando un hijo, Moira.

Los ojos de su hermana se agrandaron de asombro y luego se llenaron de felicidad. Un sollozo entrecortado escapó de sus labios antes de estrechar a Fianna en un abrazo fuerte y cálido.

—¡Oh, Fianna! —exclamó con la voz quebrada—. Es la mejor noticia que podrías darme. Vas a ser madre…

Fianna asintió, sintiendo su propia emoción desbordarse.

—Sí, y no sabes cuánto desearía que estuvieras conmigo durante el embarazo. Pero sé que este es tu lugar ahora.

—Iré a verte en cuanto pueda, te lo juro —prometió Moira, apartándose solo lo suficiente para mirarla a los ojos—. Y tú me escribirás y me contarás todo, ¿lo prometes?

—Lo prometo.

Un carraspeo interrumpió su momento, y ambas se giraron para ver a Magnus aguardando junto a los caballos. Su expresión era serena, pero en su mirada se reflejaba la impaciencia contenida. Aun así, esperó sin interrumpirlas, comprendiendo la importancia de la despedida.

Fianna exhaló con nostalgia y caminó hacia él. Magnus la ayudó a montar con un gesto protector y luego subió a su caballo con la misma destreza. Cuando Fianna miró hacia atrás, vio a Moira de pie en la puerta del castillo, con las manos entrelazadas frente a su pecho y las mejillas húmedas de lágrimas.

—¡Cuídate, hermana! —gritó Moira con la voz llena de emoción.

Fianna apenas pudo responder, porque la emoción le oprimía la garganta. Levantó una mano a modo de despedida y despues tiró de las riendas con suavidad.

Sus ojos siguieron clavados en la figura de Moira hasta que desapareció en el horizonte, y solo entonces permitió que una lágrima resbalara por su mejilla.

Su hogar estaba ahora en Glen Lyon, junto a su esposo y el hijo que crecía en su vientre. Pero su corazón, sin importar la distancia, siempre estaría ligado a su hermana.

Capítulo 48

Meses después...

El sol iluminaba el patio de armas de la fortaleza MacGregor, donde Magnus entrenaba con su claymore junto a Ewan, mientras el resto de los guerreros lo observaban con respeto.

Desde la sombra de un árbol, Fianna lo contemplaba en silencio, sosteniendo a su pequeña Bonnie entre sus brazos. La niña tenía apenas unos meses, pero sus ojos brillaban con la intensidad de su padre y la fiereza de su madre. Fianna acarició con ternura la suave cabecita de su hija y sonrió para sí misma.

Su felicidad era completa. A veces, pensaba que no podía ser real. Después de todo lo que habían pasado, de todas las batallas que habían librado, Magnus y ella habían encontrado la felicidad. Un hogar. Una familia.

Magnus terminó su entrenamiento y, al darse la vuelta, su mirada se encontró con la de Fianna. Su expresión se suavizó, y con pasos firmes se acercó hasta ellas. Sin decir una palabra, la besó con ternura en los labios y luego acarició la mejilla de su hija.

—Nunca me cansaré de veros así —susurró.

Fianna sonrió, pero antes de que pudiera responder, un sonido de cascos en la lejanía captó su atención.

Un mensajero del clan MacKendrick irrumpió en el patio a toda velocidad. Su caballo estaba cubierto de sudor y el hombre descendió de un salto, con el rostro sombrío.

—¿Fianna MacKendrick? —preguntó, con voz ronca.

Fianna sintió cómo la calma que la rodeaba se desmoronaba de golpe. Con el corazón acelerado, entregó a Bonnie a una de las doncellas y avanzó hacia el hombre.

—Soy yo. ¿Qué sucede?

El mensajero sacó un pergamino de su limosnera y se lo tendió.

Fianna lo tomó con manos temblorosas y rompió el sello de cera. Sus ojos recorrieron las palabras apresuradas con creciente angustia. Su rostro perdió el color y apretó los labios con fuerza.

Magnus notó su cambio de expresión y se acercó con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa, Fianna? —preguntó con gravedad.

Ella tardó unos segundos en responder. Cuando alzó la vista, su mirada estaba llena de preocupación.

—Mi hermana nos necesita, Magnus. Debemos partir de inmediato. —Su voz apenas fue un susurro.

Magnus sintió un escalofrío recorrerle la espalda, y sin hacer más preguntas, giró sobre sus talones y comenzó a dar órdenes a sus guerreros

—Preparad los caballos, salimos de inmediato a las tierras de los MacKendrick.

Capítulo 49

El sonido de los cascos resonó con fuerza en el empedrado mientras Fianna y Magnus atravesaban la entrada de la fortaleza MacKendrick. Habían cabalgado sin descanso, impulsados por la urgencia de la misiva. Apenas desmontaron, un guerrero del clan se acercó con el rostro desencajado.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó Fianna con el corazón en un puño.

El hombre bajó la vista, nervioso.

—Ha enloquecido, mi señora. Está en el patio de armas, destrozando todo lo que encuentra a su paso.

Fianna sintió que los nervios se apoderaban de ella.

Sabía que Moira estaría destrozada, pero no esperaba encontrarla así.

—Déjame sola con ella —pidió en un susurro.

Magnus asintió con seriedad y la dejó ir. Fianna corrió por los pasillos, guiada por el sonido del acero golpeando la piedra. Al llegar al patio de armas, la vio.

Moira estaba fuera de sí, su vestido desaliñado y su cabello despeinado. Blandía una espada con furia, golpeando barriles, tablones, cualquier objeto que se cruzara en su camino. Su respiración era errática, y la ira en su rostro era un reflejo del dolor que la consumía.

—¡Moira! —gritó Fianna, pero su hermana no pareció escucharla.

Moira levantó la espada con intención de embestir nuevamente, pero entonces sus ojos encontraron los de Fianna. Su expresión cambió en un instante. Sus dedos soltaron la espada, que cayó al suelo con un ruido seco. Su cuerpo, tenso por la rabia, pareció quebrarse por completo.

—Fianna… —su voz fue un gemido desgarrador antes de desplomarse de rodillas.

Fianna corrió hacia ella y la abrazó con fuerza, acunándola contra su pecho mientras Moira temblaba y sollozaba.

—Tranquila, estoy aquí —le dijo, acariciándole el cabello.

Moira apretó los dientes y se separó apenas lo suficiente para mirar a su hermana con ojos llenos de odio y dolor.

—Ha sido él, hermana. Me ha arrebatado mi felicidad.

Fianna frunció el ceño, sin comprender.

—¿De qué hablas?

Moira tomó aire temblorosamente y señaló un pergamino ensangrentado que yacía en el suelo junto a la espada. Fianna lo recogió con manos temblorosas, desenrollándolo con cautela. Su mirada recorrió las palabras escritas con trazo firme y cruel:

Tu esposo ha caído como un perro en el bosque. Tarde o temprano recuperaré lo que es mío.

Firmado: Laird Bruce MacKendrick.

Fianna sintió un ardor recorrerle el cuerpo. Se le hizo un nudo en la garganta cuando volvió a mirar a Moira, quien intentaba controlar los sollozos, pero su cuerpo entero temblaba por la rabia y el dolor.

—¿Cómo…? —Fianna no pudo terminar la pregunta.

—Una cacería —susurró Moira con la voz quebrada—. Salió con varios hombres al amanecer. La flecha atravesó su corazón antes de que nadie pudiera reaccionar. Cayó de su caballo… y cuando llegaron a su lado, ya estaba muerto. Y esta carta… ¡Esta maldita carta estaba clavada en su pecho con un puñal!

Fianna sintió que la rabia le recorría la sangre como un incendio descontrolado.

—¡Maldito! —gruñó entre dientes.

Moira se aferró a su vestido con desesperación, con la furia desbordando por cada poro de su piel.

—¡Lo mataré, Fianna! ¿Me oyes? —su voz se quebró entre la rabia y el dolor—. ¡Lo mataré, aunque sea lo último que haga!

Fianna la sujetó con fuerza, compartiendo su dolor, su odio, y su sed de venganza.

—No estarás sola en esto, hermana. Juro que Bruce MacKendrick pagará por todo el daño que ha causado.

Moira se aferró con fuerza a los brazos de su hermana, mientras sentía que todo al su alrededor se desmoronaba. No podía comprender un futuro sin él, sin el amor de su vida. Y entonces fue el odio y la rabia lo que pasó a llenarla por completo, y se juró a si misma que no descansaría hasta vengar la muerte se su esposo. Bruce MacKendrick sufriría por mil el daño que le había ocasionado...

Epílogo

El viento soplaba con fiereza en las montañas, arrastrando la brisa helada que barría los valles de las Tierras Altas. En la cima de una colina, con la mirada fija en el horizonte, se encontraba Moira MacKendrick, la mujer que el destino había forjado en fuego y sangre. Su capa ondeaba tras ella, y su melena dorada danzaba al compás del viento, reflejando los últimos rayos del sol poniente. Sus ojos, antes dulces e inocentes, ahora eran duros como el acero, llenos de la rabia contenida que la había acompañado durante los últimos dos años.

Desde la muerte de Gavin, su esposo, Moira había cambiado. Ya no era la joven inocente que soñaba con un matrimonio feliz y una casa llena de niños correteando por el jardín. Ahora, la conocían como *La Indomable de las Tierras Altas*, y su nombre era susurrado con respeto y temor en todos los rincones de Escocia. Había rechazado cada propuesta de matrimonio que le habían ofrecido. Hombres poderosos, *lairds* de clanes aliados y hasta emisarios del rey habían intentado doblegar su espíritu, pero Moira no se inclinaba ante nadie. Su lugar estaba en la batalla, no en el lecho de otro hombre.

El rey mismo había tratado de imponerle un esposo, creyendo que su posición como señora del clan MacKendrick debía ser ocupada por un hombre, pero ella se negó. No permitiría que otro decidiera por ella. Su clan la seguía sin dudarlo, y sus guerreros estaban dispuestos a dar la vida por su causa. Había dirigido batallas, defendido su hogar y castigado a aquellos que osaban desafiarla. Era una líder, una guerrera, y no dejaría que nadie la

convirtiera en otra cosa, aunque tuviera que enfrentarse al mismo rey.

Moira respiró hondo, sintiendo el peso de los años sobre sus hombros. Había aprendido a vivir con el dolor, pero la sed de venganza nunca había desaparecido. Bruce MacKendrick seguía libre, escondido como una rata, esperando el momento de atacar. Sabía que tarde o temprano lo encontraría y cuando ese día llegara, no habría piedad.

Un sonido de cascos en la lejanía la sacó de sus pensamientos. Se giró lentamente y vio a uno de sus hombres cabalgando a toda prisa hacia ella. El jinete detuvo el caballo con brusquedad y saltó al suelo, inclinándose levemente ante su *laird.*

—Mi señora, ha llegado un mensajero del rey. Exige audiencia con usted de inmediato.

Moira entrecerró los ojos. ¿Qué quería ahora el rey? Con el ceño fruncido, asintió y dio media vuelta.

—Entonces no lo hagamos esperar.

Con pasos firmes, descendió la colina, lista para lo que fuera que el destino tuviera preparado para ella.

Continuará…

Mis queridos viajeros y viajeras, gracias por llegar hasta aquí, sin vosotros, esto no sería posible. Gracias por seguir leyendo mis historias, y por vuestros comentarios que me ayudan tantísimo.

Si te ha gustado esta historia te agradecería que me dejaras una valoración en Amazon, con eso me ayudas a difundir mi novela y a llegar a más personas.

También puedes seguirme en mi página de autor de Amazon, donde siempre estarás al tanto de todas mis novedades. Por otra parte, te invito a que visites mis redes sociales de Instagram o Facebook, donde subo contenido sobre mis novelas.

Como otras veces, me gustaría daros una exclusiva como lectores, y es la portada y la sinopsis de mi próximo trabajo. Espero que os guste.


LADY MACNOBLE
MOIRA MACKENDRICK
La Indomable de las Tierras Altas
Moira

MacKendrick ha forjado su destino con sangre, acero y determinación. Gobernando su clan sin un esposo que le dicta el camino, ha demostrado que una mujer puede ser tan temida como cualquier guerrero. Pero cuando una orden real la obliga a presentarse en la corte, Moira se verá envuelta en una red de intrigas, alianzas peligrosas y un enemigo que acecha en las sombras, esperando su caída.

En un mundo donde la lealtad se compra con oro y las se rompen con una espada, Moira deberá enfrentarse al mayor desafío de todos: un hombre que no teme su fiereza y que está dispuesto a demostrarle que el amor puede ser una batalla tan letal como la guerra.

¿Será capaz de resistirse o descubrirá que, incluso la más indomable, puede arder en las llamas de la pasión?


LADY MACNOBLE
FIANNA MACKENDRICK
La furia de las Tierras Altas

Escocia, 1503. Fianna MacKendrick nunca ha sido una mujer dócil ni sumisa, pero ni siquiera su espíritu rebelde la preparó para lo que estaba a punto de suceder.

Obligada a casarse con Magnus MacGregor, un laird tan temido como admirado, se encuentra atrapada en un matrimonio con el hombre al que su familia considera un enemigo. Sin embargo, Magnus no es lo que ella esperaba. Es peligroso, implacable… y también terriblemente fascinante.

Fianna se resiste a rendirse ante el hombre que la ha reclamado como suya, pero Magnus, tan feroz en la guerra como en la intimidad, está dispuesto a conquistarla en cuerpo y alma.

Mientras la pasión entre ellos se intensifica, los enemigos acechan por todas partes.

El tío de Fianna, sediento de venganza, trama su caída, y la inminente visita del rey amenaza con desbaratar el frágil equilibrio entre sus clanes.

Con el deber, la traición y el deseo enfrentándose en cada mirada, Fianna y Magnus deberán decidir si su unión es una condena, o la única oportunidad de amor que jamás tendrán.

Un romance cargado de tensión, pasión y giros inesperados, donde el amor es la batalla más peligrosa de todas.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

Saga viajeras del tiempo


LADY MACNOBLE
Una Sassenach en las Highlands
Viajeras del tiempo I


LADY MACNOBLE
Conquistando Inverness
Viajeras del tiempo II


LADY MACNOBLE
La maldición de la isla de Skye
Viajeras del tiempo III

Bilogía los hermanos MacDonald


Mi Bestia de las
HIGHLANDS
Los hermanos MacDonald I
LADY MACNOBLE


El
LAIRD pirata
Los hermanos MacDonald II
LADY MACNOBLE

Comedia romántica con fantasía

